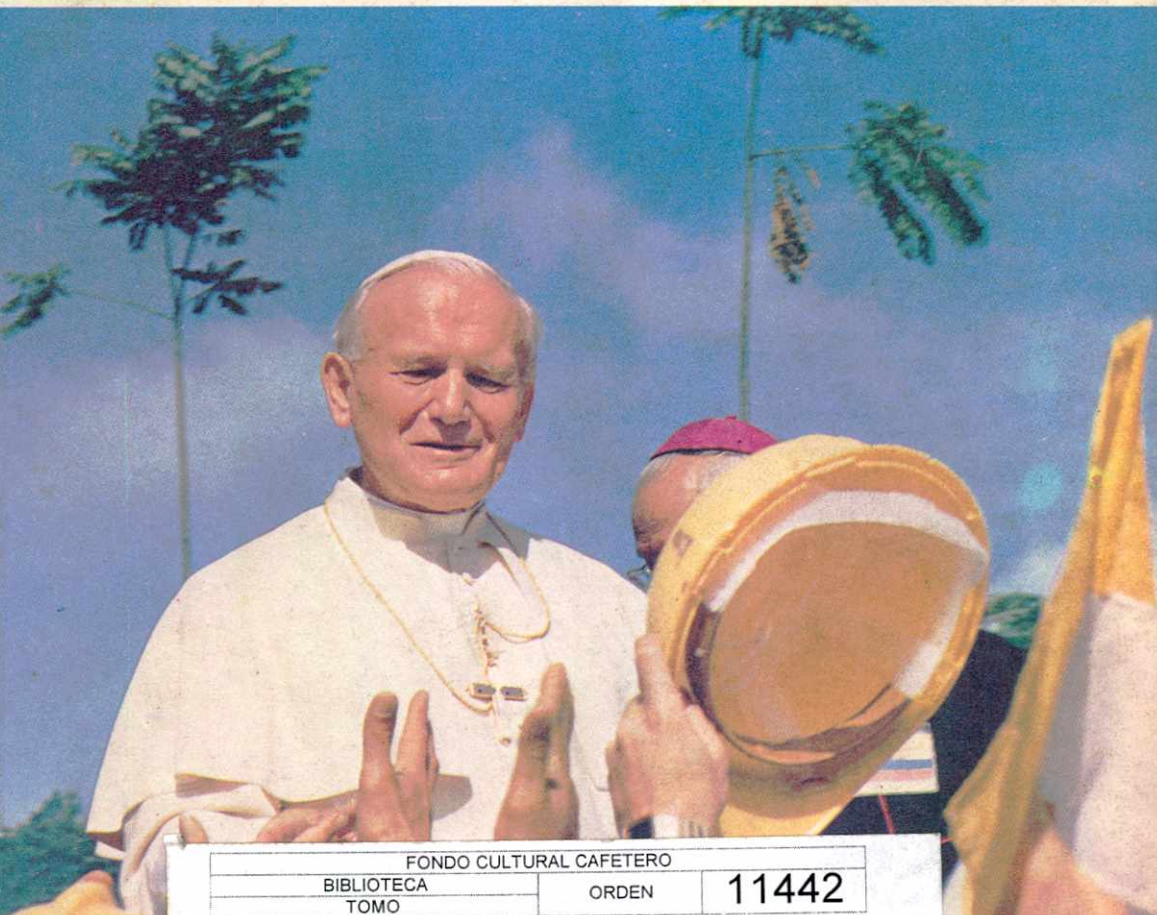
ISSN 0120-2278

FONDO CULTURAL CAFETERO
BIBLIOTECA

REVISTA CAFETERA DE COLOMBIA

No. 193 Julio 1986 Tarifa Postal No. 160



FONDO CULTURAL CAFETERO
BIBLIOTECA ORDEN 11442
TOMO

REVISTA CAFETERA DE COLOMBIA

VOLUMEN 35 JULIO 1986 193

Organo de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia

Dirección:
EL GERENTE GENERAL DE LA FEDERACION

Edición y Coordinación:
SECRETARIA GENERAL DE LA FEDERACION

Redacción:
JOSE CHALARCA
Unidad de Publicaciones

Licencia del Ministerio de Gobierno
Resolución No. 00497 del 17 de abril de 1972
Tarifa Postal Reducida No. 160

CONTENIDO

EDITORIAL 7

Discurso de llegada. Bogotá. Aeropuerto Internacional "El Dorado". (01.07. 1986) 9

La fidelidad en el ministerio al servicio del pueblo de Dios. Bogotá. Catedral Primada de Colombia. (01.07.1986) 12

Saludo a los habitantes de Bogotá y de Colombia. Bogotá. Plaza de Bolívar. (01.07.1986) 19

Discurso a los dirigentes. Bogotá. Casa de Nariño. (01.07.1986) 22

Homilía: La paz de Cristo en el contexto colombiano. Bogotá. Parque Simón Bolívar. (02.07.1986) 27

Discurso al cuerpo diplomático. Bogotá. Nunciatura Apostólica. (02.07.1986) . . 33

Mensaje a los privados de libertad. Bogotá. (02.07.1986) 36

Saludo a la Presidencia y miembros de la CLAR. Bogotá. Nunciatura Apostólica. (02.07.1986) 38

Saludo a los Obispos colombianos. Bogotá. SPEC. (02.07.1986) 41

Discurso a los Obispos del CELAM. Bogotá. CELAM. (02.07.1986) 47

Homilía: Los jóvenes en el presente y futuro de la Iglesia. Bogotá. Estadio "Nemesio Camacho" de "El Campín". (02.07.1986) 51

Homilía: El puesto de María en la historia de la salvación y en la vida de la Iglesia. Chiquinquirá. Parque "Juan Pablo II". (03.07.1986) 57

Plegaria y consagración a la Virgen del Rosario de Chiquinquirá. Chiquinquirá. Basílica de Nuestra Sra. de Chiquinquirá. (03.07.1986) 63

Cristo en el mundo del trabajo. Bogotá. Parque "El Tunal". (03.07.1986) 66

La Iglesia misionera en Colombia. Tumaco. Cancha "San Judas Tadeo". (04.07.1986) 71

Homilía: Piedad popular. Misión de la Iglesia con los indígenas. Popayán. Carretera Panamericana. (04.07.1986) 77

Santa Misa y Coronación de la Virgen. Cali. Estadio de la unidad Deportiva Panamericana. (04.07.1986) 82

Encuentros con los niños. Cali. Seminario. (04.07.1986) 89

Saludo a la población y oración en sufragio por las víctimas de Chinchiná. Chinchiná. Explanada de Cenicafé. (05.07.1986) 91

Homilía: Fidelidad a la vocación sacerdotal. Medellín. Aeropuerto "Olaya Herrera". (05.07.1986) 96

Servicio a los pobres desde el Evangelio. Medellín. Estadio "Atanasio Girardot". (05.07.1986) 101

Discurso a las religiosas y miembros de Institutos Seculares Femeninos. Medellín. Catedral. (05.07.1986) 107

Discurso a los intelectuales y al mundo universitario. Medellín. Seminario. (05.07.1986) 111

Breve saludo y oración en sufragio de las víctimas. Armero. (06.07.1986) 116

Breve discurso a la hora del Angelus. Bucaramanga. Capilla del Seminario. (06.07.1986) 120

Homilía: Vocación y misión de los laicos en la Iglesia. Bucaramanga. Ciudadela Real de Minas. (06.07.1986) 121

Quinientos años de evangelización. Cartagena. Campo de Chambacú. (06.07.1986) 126

Saludo a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Cartagena. Santuario de San Pedro Claver. (06.07.1986) 132

Cristo nuestra reconciliación. Barranquilla. Plaza de la Paz. (07.07.1986) 134

Discurso de despedida. Barranquilla. Aeropuerto "Ernesto Cortissoz". (07.07.1986) 140

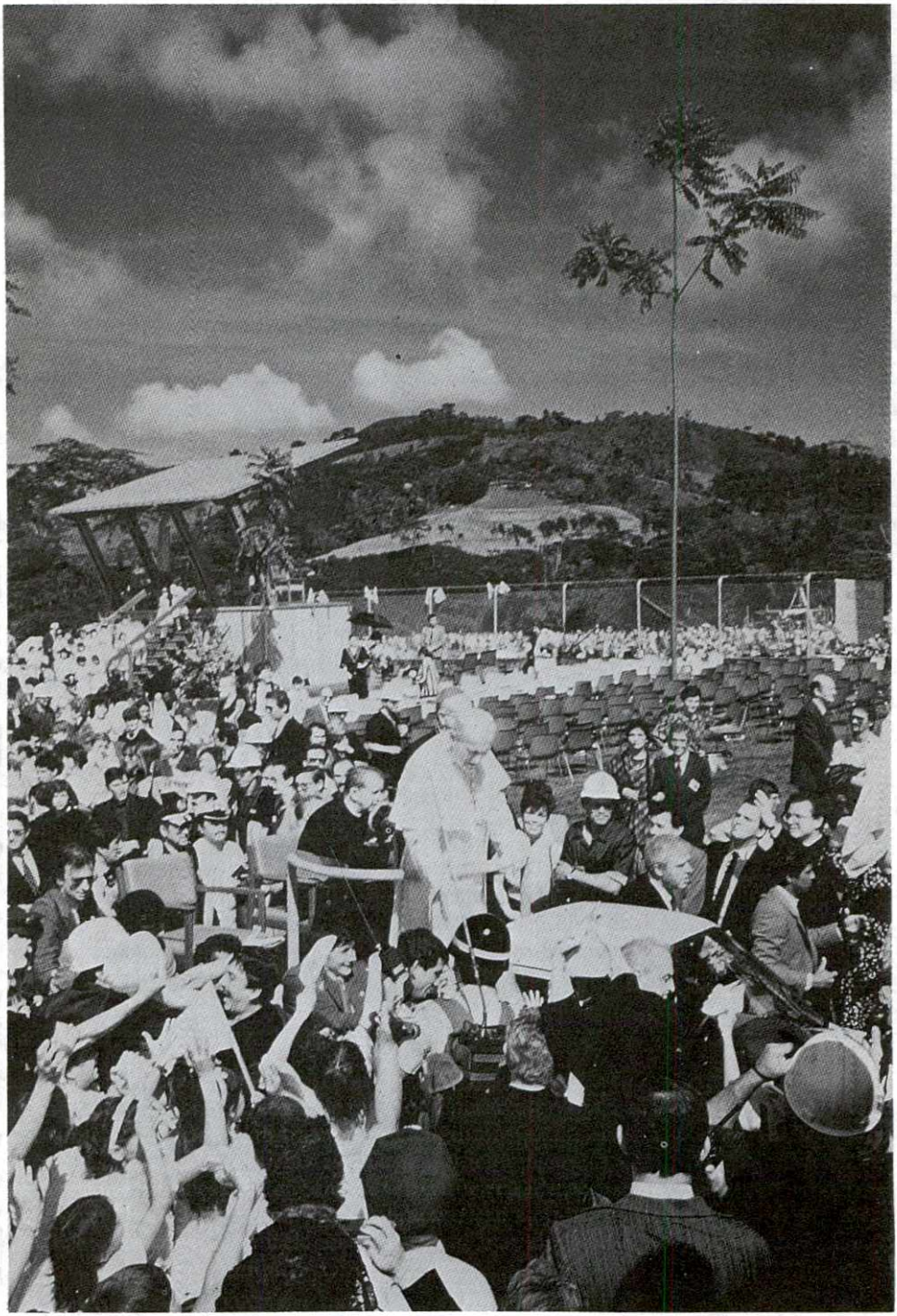
EDITORIAL

El Comité de Gerencia de la Federación de Cafeteros de Colombia, una vez concluida la visita apostólica que realizó a Colombia Su Santidad el Papa Juan Pablo II del 1o. al 7 de julio de 1986, decidió dedicar un número de la Revista Cafetera de Colombia para recoger la palabra del Pontífice pronunciada en los distintos encuentros que tuvieron lugar en el transcurso de su peregrinación.

Para cumplir este empeño recibió la colaboración del señor Nuncio Apostólico, Su Santidad Monseñor Angelo Acerbi quien facilitó el libro "Así nos habló, Mensajes de Su Santidad Juan Pablo II a los colombianos", publicado por el Secretariado Permanente del Episcopado de Colombia y el Comité Ejecutivo Nacional de la Visita Apostólica.

La Federación y el Gremio Cafetero han querido con esta publicación, poner al alcance de la población caficultora del país y del pueblo cristiano de Colombia, el importante mensaje de Su Santidad el Papa Juan Pablo II.

LUIS CARLOS VILLEGAS ECHEVERRY



DISCURSO DE LLEGADA

BOGOTA (01.07 1986)

AEROPUERTO INTERNACIONAL "EL DORADO"

Señor Presidente,
Amados Hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
queridos hermanos y hermanas:

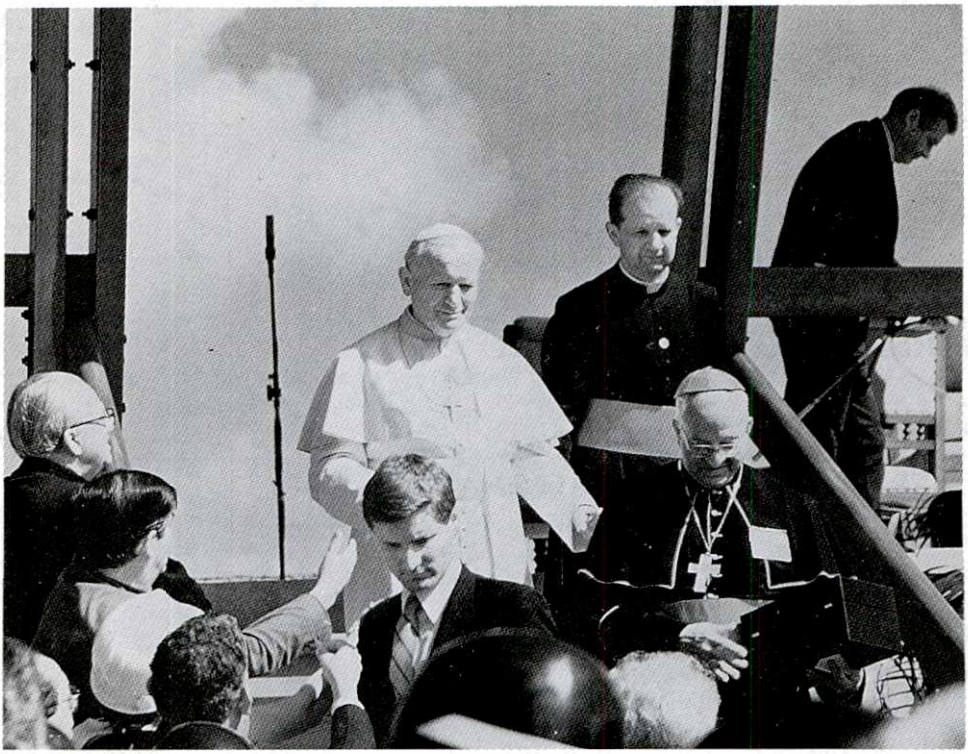
1. ¡Alabado sea Jesucristo!

Vengo a vuestro noble País, amado pueblo de Colombia, como Mensajero de Evangelización que enarbola la cruz de Cristo, deseando que su silueta salvadora se proyecte sobre todas las latitudes de esta tierra bendita.

Acabo de besar el suelo como *signo de consideración al País* y como *señal de afecto* a todos y cada uno de sus habitantes. Es un *gesto de adoración* al Creador (cf. *Salmo* 95/94), *de respeto, lleno de admiración*, hacia el mundo creado por Dios (cf. *Salmo* 8, 4), quien en estas regiones ha sido tan pródigo en derramar sus dones; es además, *una expresión de simpatía* hacia todos los amados colombianos, a quienes desde el momento de mi llegada quiero abrazar, con este "ósculo santo" (cf. *1 Tes* 5, 26), en Cristo Jesús.

Esta tierra privilegiada acogió con cariño filial, hace ahora 18 años a mi predecesor de inolvidable memoria, Pablo VI, quien el 23 de agosto de 1968 llegó a esta ciudad de Bogotá, para presidir las celebraciones del trigésimo noveno Congreso Eucarístico Internacional e inaugurar aquí la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Vosotros evocáis ahora, sin duda, con gratitud y alegría aquel gran acontecimiento eclesial, que fue el primer encuentro del Vicario de Cristo con este pueblo y este continente.

2. Esta segunda visita de un Papa a Colombia constituye un nuevo eslabón, altamente significativo, que se añade a la cadena de vuestra ya larga historia religiosa.



He acariciado desde hace tiempo el deseo de visitaros y me siento feliz al ver que finalmente mi esperanza se hace hoy realidad: estoy en medio de vosotros para *orar* en común, para celebrar comunitariamente nuestra fe y meditar juntos la palabra de Dios. Quiero ser sembrador de *las enseñanzas de Jesús*, de *la doctrina perenne de la Iglesia*, en esta ciudad capital y en las otras ciudades y lugares que, con la ayuda de Dios, me propongo visitar. Mi deseo es sentirme y que me sientan cercano todas las personas de cualquier clase o condición, pero particularmente los que sufren, los pobres y los más abandonados, si bien mi corazón está abierto a todos, según la expresión del Apóstol San Pablo: "me hago todo para todos, para salvarlos a todos. Todo lo hago por el Evangelio" (*1 Cor* 9, 22-23).

Desde cualquier punto donde me encuentre, mi palabra se dirigirá a todos los colombianos, a todos y cada uno de los sectores del pueblo de Dios que peregrina en esta tierra. Vengo a *compartir* vuestra fe, vuestros afanes, sufrimientos y esperanzas. A todos vaya, desde este primer momento, mi saludo eclesial y mi bendición. Sí, pasaré por todas partes *bendiciendo*, porque sé que vosotros, como todos los hijos de este amado continente latinoamericano, estáis convencidos de que la bendición es expresión connatural de la actitud religiosa, de la proximidad de Dios que efunde su infinita bondad en todos los corazones.

3. Como una respuesta que brota de lo íntimo del corazón, he acogido gustoso la amable y reiterada invitación a visitaros que me hicieran tanto el Señor Presidente de la República, como vuestros Obispos.

Reciba Usted, Señor Presidente, mi más deferente saludo, así como la expresión de mi gratitud por su invitación a realizar esta peregrinación apostólica y por sus amables palabras de acogida cordial. Saludo también y agradezco su presencia a las demás personalidades aquí congregadas: miembros del gobierno, magistrados supremos, altos jefes militares, Cuerpo Diplomático y autoridades locales.

Colombia, país que se distingue por su cultura, por su nobleza de espíritu, así como por su fe en Dios y por sus ideales cristianos, sigue mirando hacia adelante con el propósito de afianzar sus valores y consolidar su empeño por el ansiado don de la paz, de la auténtica paz cristiana que es fruto de la justicia, del respeto mutuo y, sobre todo, del amor, el cual debe reinar entre todos los ciudadanos, hermanos entre sí e hijos de Dios. Pido a Cristo, Príncipe de la paz, que bendiga todos los esfuerzos que Colombia está llevando a cabo para lograr la paz que anhela y que está pidiendo con clamor lleno de esperanza.

4. Saludo con afecto a los amadísimos Hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas, laicos comprometidos y a todo el pueblo colombiano que, a lo largo de los siglos, ha dado tantas muestras de aquilatada fe y amor a Dios, de veneración filial a la Virgen María, de fidelidad a la Iglesia católica, de adhesión sincera al Sucesor de Pedro.

5. Sé que vuestra Nación ha sido probada en los últimos años por duros acontecimientos de diverso orden que han hecho recaer sobre sus habitantes desgracias y dolores a veces inenarrables. Pero sé igualmente que, por la gracia de Dios, vuestro ánimo no ha desfallecido y mantenéis muy alta la esperanza y la decidida voluntad de luchar contra las adversidades, incrementando el esfuerzo personal y colectivo de superación constante, de progreso auténtico y de pacífica convivencia social, inspirándonos en vuestra fe cristiana y en vuestros nobles ideales patrios. Tengamos la certeza de que a cuantos saben aceptar, enfrentar y superar la prueba, les aguarda la recompensa prometida al sacrificio. Dios está siempre con vosotros.

Así, con la confianza puesta en el Señor, sintiéndome, por mi parte, junto con los Obispos colombianos, hermano vuestro y Pastor de vuestras almas, mirando e invocando a la Virgen de Chiquinquirá, cuya imagen, renovada hace cuatrocientos años, vamos a venerar en su Santuario Nacional, doy comienzo gozosamente a mi peregrinación apostólica. Desde este momento el Papa se pone en marcha "con la paz de Cristo, por los caminos de Colombia".

LA FIDELIDAD EN EL MINISTERIO AL SERVICIO DEL PUEBLO DE DIOS

BOGOTA (01.07.1986)

CATEDRAL PRIMADA DE COLOMBIA

1. Cuán profundo es mi gozo, porque los primeros pasos de mi peregrinar "Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia" me traen a este feliz encuentro con vosotros, queridos sacerdotes y seminaristas, diocesanos y religiosos, presididos por vuestros Obispos.

La dicha del Papa, alimentada por tan sincero aprecio, se convierte en acción de gracias al Señor por el crecimiento y vigor de la Iglesia en Colombia que, gracias a vosotros, tiene en su haber numerosas y pujantes iniciativas de celo pastoral y misionero, al servicio de Dios y de los hermanos y al servicio de la misma vida sacerdotal en el Presbiterio, para bien de la Iglesia local y universal.

Especialmente significativo es que este encuentro de fe y amor se lleve a cabo en la Catedral Primada de esta ciudad capital, centro de irradiación y convergencia de la vida de la Iglesia en Colombia, y a los pies de María, la Inmaculada Concepción, a quien está consagrada esta Basílica, esta Arquidiócesis y la Nación entera.

La presencia y el ejemplo de María, la siempre fiel, la Virgen de la Esperanza, en una nación y en un Continente de esperanza para la Iglesia y para el mundo, me llevan a haceros un *llamamiento a la fidelidad* a vuestro ministerio actual y futuro, según las palabras y el programa del Apóstol: "Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien: lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles" (1 *Cor* 4, 1-2).

2. Ser fieles a vuestro servicio sacerdotal significa reavivar cada día la gracia de Dios que está en vosotros desde el momento de la ordenación (cf. *2 Tim* 1, 6). A tal fin, me complazco en evocar la santa memoria de tantos pastores que, fieles a su ministerio, en todos los rincones de la patria, han sido servidores de esta Iglesia. Desde los primeros obispos y sacerdotes, cuya gesta misionera es digna de admiración por su carácter verdaderamente heroico, hasta la no menos admirable constancia de cuantos os han precedido para llevar adelante la obra del Reino de Dios, en un trabajo casi siempre callado y humilde, en parroquias y veredas, en una catequesis tenaz y en todos los servicios de educación, asistencia y caridad.

De esta pléyade de apóstoles de Cristo, la voz de la Iglesia ha exaltado como modelos y protectores, en el amanecer de la evangelización, a san Luis Beltrán, llamado "el padre de los indios", y a san Pedro Claver, el incansable defensor de quienes eran traídos como esclavos; y ¿cómo no recordar al Beato Ezequiel Moreno, abnegado misionero e intrépido Pastor? En esta misma catedral, muy cercano en el tiempo y en el afecto, reposan las cenizas del Siervo de Dios, Ismael Perdomo, ejemplo de fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

3. El gozo y la esperanza del encuentro de esta tarde me llevan, con amor de padre y de pastor, a preguntaros: ¿Qué estáis haciendo hoy, carísimos hermanos sacerdotes, para proseguir esta obra santificadora y evangelizadora? ¿Cómo os estáis preparando, queridos seminaristas diocesanos y religiosos, para ser dignos sucesores de tan esclarecidos ejemplos? ¿Os preparáis todos para una nueva etapa de evangelización y para agradecer a Dios los cinco siglos de cristianismo en vuestras benditas tierras?

No ignoro las dificultades por las que hoy atraviesa vuestra patria. Pero ciertamente lo que el pueblo cristiano pide de cada uno de vosotros, lo que la Iglesia espera, es que seáis íntegramente sacerdotes: "Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (*1 Cor* 4, 1).

Se os pide lo que verdaderamente podéis dar: la Palabra de salvación, los sacramentos, el amor y la gracia de Cristo, el servicio de orientar hacia una vida más cristiana, digna y humana. Si sois portadores auténticos de estos dones, veréis que vuestra vida se realiza plenamente y trataréis de adecuaros cada vez más a esta tarea, con el respeto y el amor que debe infundir en vosotros la conciencia clara de que el Señor, a pesar de nuestra fragilidad, ha puesto en nuestras manos un tesoro de incalculable valor (cf. *2 Cor* 4, 7).

Vuestra fidelidad a Cristo se enmarca en el *misterio* de la Iglesia, en la que Jesús está presente y operante para la salvación de todos. La vivencia responsable del *misterio* de la Iglesia se concentrará necesariamente en el amor a la misma Iglesia, como *comunión* de hermanos guiados por quienes representan a Cristo Cabeza en la comunidad eclesial.

4. Cristo nos ha llamado a ser sus ministros; nos consagró en forma peculiar y nos envía, ante todo, a predicar (cf. *Mt* 28, 19; *Mc* 3, 13-14). Este ministerio de la Palabra es nuestro primer deber, nuestra más apremiante obligación, "lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal" (Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, 68), puesto que "el pueblo de Dios se congrega primeramente por la Palabra de Dios" (*Presbyterorum ordinis*, 4).

Predicáis, queridos hermanos, el mensaje de Cristo que vive en vosotros y os acompaña continuamente: "Como mi Padre me envió, así os envío yo" (*Jn* 20, 21). Y a ejemplo de san Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Tesalónica, podréis decir al término de vuestra jornada: "No cesamos de dar gracias a Dios porque al recibir la Palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como en realidad es, Palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes" (*1 Tes* 2, 13).

Podréis repetir la plegaria del Apóstol con tal de que vuestro ministerio de evangelización, de catequesis, de predicación, sea verdaderamente Palabra de Dios y no palabra de hombre, confundida quizá con afirmaciones y razonamientos pobremente

humanos, enturbiada acaso por premisas cambiantes de sabor exclusivamente sociológico, político, terreno, más cercana a veces al saber técnico, o producto exclusivo de erudición y no fruto de la fe que proclama a Cristo, el Señor resucitado. El Concilio Vaticano II pide a los presbíteros un espíritu de contemplación, "porque, buscando cómo puedan enseñar más adecuadamente a los otros lo que ellos han contemplado, gustarán más profundamene *la inescrutable riqueza de Cristo* (Ef 3, 8)" (*Presbyterorum ordinis*, 13).

Os exhorto, pues, a cuidar especialmente de que vuestra predicación se inspire en la Palabra de Dios, tal como es propuesta por el Magisterio de la Iglesia. Es Palabra revelada por Dios, inspirada por el Espíritu Santo, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, vivida por los santos y convertida por vosotros mismos en materia de contemplación, para iluminar los acontecimientos de la historia cotidiana.

Procurad, por ello, que la Palabra de Dios sea asumida piadosamente en la oración y contemplación, que sea materia de estudio y experiencia de vida compartida con los hermanos. Hablad con valentía, predicad con fe profunda y con tono de esperanza, como testigos del Señor Resucitado, que ha transformado y sigue transformando la creación y la historia. No os consideréis maestros al margen de Cristo (cf. *Mt* 23, 8), sino testigos y servidores que creen lo que anuncian, viven lo que creen, predican lo que viven, según la perentoria consigna del Pontifical Romano.

5. Sed fieles también a vuestro ministerio de santificación. Habéis recibido "la fuerza del Espíritu Santo" (cf. *Act* 1, 8), para ser testigos de Cristo e instrumentos de la vida nueva.

En esta tarde de gracia, al recordar los elementos esenciales de vuestra fidelidad, quiero alentaros a conocer y estudiar el Concilio Vaticano II más amplia y profundamente, hacerlo materia de oración, asimilarlo con amor y llevarlo a la práctica en vuestra vida personal y en la comunidad cristiana.

Sin minimizar en modo alguno las numerosas posibilidades de servicio pastoral abiertas actualmente al sacerdote, el Concilio no duda en declarar sus absolutas prioridades. Y lo hace con insistencia. *La misión esencial del sacerdote* se halla en la *Eucaristía*. Vuestra identidad se encuentra definitivamente determinada por la celebración eucarística. Los sacerdotes, dice el Concilio: "ejercen su sagrado ministerio sobre todo en el culto eucarístico" (*Lumen gentium*, 28); "la Eucaristía aparece como la fuente y la cumbre de toda la evangelización" (*Presbyterorum ordinis*, 5).

Lo que el mundo realmente nos pide, lo que necesita de verdad, es que el misterio de la Redención sea accesible a todos los hombres de nuestro tiempo, especialmente a los pobres, los enfermos, los niños, los jóvenes, la familia. Es precisamente a través de la Eucaristía como la Redención de Cristo toca el corazón de cada hombre transformando la historia del mundo.

A partir de la Eucaristía descubriréis mejor la importancia de todos los sacramentos y encontraréis fuerza para dedicaros a la *confesión* y a la dirección espiritual, a ejemplo del cura de Ars, del que celebramos este año el segundo centenario de su nacimiento. Quisiera recordaros que, para cumplir adecuada y gozosamente este ministerio, es imprescindible vuestra misma experiencia personal del *sacramento de la reconciliación*, por medio de vuestra confesión frecuente. "Es necesario que el sacerdote se acerque también regularmente a este sacramento" (*Carta del Jueves Santo de 1986*, No. 7).

Considerad que vuestra vitalidad espiritual y vuestra eficacia pastoral están siempre en relación estrecha con la sinceridad y autenticidad con que celebréis el misterio eucarístico, sin olvidar "el cotidiano coloquio con Cristo Señor en la visita y culto personal" *Presbyterorum ordinis*, 18). Haced, pues, de la Misa, celebrada con fervor, el centro de vuestra vida y de vuestro ministerio. De la Eucaristía dimanará para vosotros y para vuestras comunidades eclesiales, el esfuerzo cotidiano por configurarse con Cristo, el estilo apostólico y contemplativo de vuestra plegaria y predicación, la eficacia de la misión, la oportunidad y constancia de la entrega y celo pastoral.

6. De la Eucaristía, auténticamente celebrada y vivida, recibiréis la fuerza para enseñar a los demás fieles a ofrecerse al Padre, como vosotros, "con sus trabajos y todas sus cosas en unión con Cristo" (*Presbyterorum ordinis*, 5). Así, la infinita riqueza de la Eucaristía —debe desembocar— en un espíritu de entrega, crecientemente generosa, al servicio de los demás, "porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (*Rom* 5, 5). Nos hemos ofrecido con Cristo, y lo hemos recibido en su cuerpo entregado y en su Sangre derramada, para que, por nuestra parte, nos convirtamos en signo vivo de su entrega incondicional al Padre por los hombres. Así la vida cristiana aparece como un sacrificio de caridad, *el Espíritu Santo, por Cristo, al Padre* (cf. *Ef* 2, 18; *Lumen gentium*, 4).

7. Sabéis muy bien que todo cristiano, y en particular quienes anuncian autorizadamente la palabra de Dios, han de testimoniar en su vida cotidiana la necesaria unión que debe existir entre el mandato de amar a Dios por encima de todo, con el amor al prójimo, como manifestación del amor a Dios. Por esto, la Iglesia siempre ha enseña-



do que, en la debida distinción entre promoción humana y evangelización, no puede existir separación sino integración, puesto que la dignidad humana, en todos sus aspectos, "es un valor evangélico que no puede ser despreciado sin grave ofensa al Creador" (*Discurso inaugural de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla*, III, 1).

Esta insoslayable tarea, en las circunstancias actuales de vuestra patria, hace urgente, hoy de modo especial, la búsqueda de una promoción social de las muchedumbres desposeídas que tienen derecho a vivir dignamente, como hombres e hijos de Dios. Hacia este campo es preciso que orientéis también vuestras preocupaciones pastorales, especialmente en la presentación clara y auténtica de la *doctrina social de la Iglesia*.

Pero las opciones e iluminación que necesitan los cristianos en el ámbito de la promoción y liberación, particularmente de los más necesitados, sólo puede hacerse según el ejemplo de Jesús y a la luz del Evangelio, que prohíbe el recurso a métodos de odio y de violencia. El amor y la opción preferencial por los pobres —como he dicho repetidamente— no puede ser exclusiva ni excluyente (cf. *Alocución a los Cardenales*, 21 de diciembre 1984). Ello no significa considerar al pobre como clase, y menos como clase en lucha o como Iglesia separada de la comunión y obediencia a los Pastores puestos por Cristo, sino que ha de realizarse mirando al ser humano considerado en su vocación terrena y eterna. La tarea de la Iglesia, de contribuir a la liberación social, ha de llevarse a cabo con la conciencia clara de que la primera liberación, que ha de procurarse al hombre, es la liberación del pecado y del mal moral que anida en su corazón (cf. *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, 37-38).

Queridos sacerdotes y futuros sacerdotes, en este campo de la actuación pastoral quiero subrayar que, para vivir un recto amor y una opción preferencial por toda clase de pobres y marginados, es necesario *un corazón de pobre*, según el espíritu de las bienaventuranzas; es necesaria *una vida sacerdotal pobre*, a imitación del Señor, de los Apóstoles y de los santos sacerdotes de todos los tiempos. Sin una actitud de *fe contemplativa* y de *pobreza evangélica* no se haría más que conducir a los pobres hacia otro tipo de opresión.

8. La fidelidad a Dios nuestro Padre y al hombre nuestro hermano estará más asegurada cuando cada miembro del Pueblo de Dios se sienta y actúe conscientemente como miembro vivo y necesario de un único Cuerpo que es la Iglesia; cuando entre todos se viva la *comunión* en el amor que lleva a la *participación* alegre y responsable. La misión apostólica está enraizada en la presencia de Cristo resucitado que vive en su Iglesia; por esto la Iglesia es misterio, comunión y misión.

Gozo particular experimento por la comunión y por el sentido de Iglesia universal del Episcopado Colombiano, que lo mantiene en viva y afectuosa unión con el Sucesor de Pedro y lo lleva a trabajar corresponsablemente como Conferencia Episcopal, dando esclarecido ejemplo y testimonio de unidad que edifica y alienta la vida de las comunidades eclesiales.

Todos vosotros, sacerdotes y seminaristas diocesanos y religiosos, debéis seguir fomentando la conciencia de que la comunión con vuestros Obispos y Superiores es y será parte esencial de vuestro ministerio, al igual que vuestra vinculación fraterna con los demás Presbíteros. Recordad que formáis en el Presbítero de cada diócesis una "fraternidad sacramental" (*Presbyterorum ordinis*, 8), que hay que construir armoniosamente, ejerciendo la vida apostólica por medio de una ayuda fraterna en todos los

campos de la vida y del ministerio sacerdotal (cf, *Lumen gentium*, 28; *Christus Dominus*, 28).

Sois próvidos cooperadores del ministerio episcopal y formáis parte principal de una Iglesia particular o local, la diócesis, que es la forma concreta donde existe y vive la Iglesia universal. El presbítero ha sido escogido y enviado directamente para construir la Iglesia en el ámbito de la diócesis presidida por el Obispo. De ahí la necesaria referencia de todo presbítero al Obispo, sin el cual no hay Iglesia, porque él es principio de unidad.

Es en esta realidad de Iglesia particular y diocesana donde descubriréis también vuestra responsabilidad evangelizadora respecto a la Iglesia universal (cf. *Presbyterorum ordinis*, 10), buscando cauces concretos para llevar a la práctica la necesaria y urgente ayuda misionera (cf. *Lumen gentium*, 23 y 28). Ha llegado para toda América Latina la hora de emprender una evangelización sin fronteras.

La dimensión necesariamente diocesana y misionera del presbítero hace que con el Obispo y los demás clérigos —sean ellos diocesanos o religiosos— forme un solo cuerpo: el Presbítero (cf. *Lumen gentium* 28; *Presbyterorum ordinis*, 7-8). Es ahí donde encuentra sólido fundamento la apremiante llamada de la Iglesia a todos los religiosos, para que continúen integrándose plenamente en la acción pastoral parroquial y diocesana, con la aportación específica y valiosísima de su propio carisma y de su experiencia peculiar de vida apostólica.

Principio fundamental de esta comunión es la fidelidad al Magisterio de quienes han sido puestos por Dios para ser maestros de la verdad: el Papa y los Obispos (cf. *Lumen gentium*, 25). Con esta guía estaréis integrados en la única Iglesia de Cristo. En el seguimiento de fe y sincera obediencia a vuestros Pastores está el secreto de la bendición divina y del éxito apostólico.

9. Mi palabra, junto con mi afecto, se dirige ahora especialmente a vosotros, seminaristas diocesanos y religiosos, que habéis escuchado la llamada del Señor a entregaros más plenamente a la construcción del Reino de Dios.

Me llena de esperanza y de consuelo comprobar el florecimiento que hay en Colombia de vocaciones sacerdotales y religiosas. En Medellín tendré la alegría de ordenar a un numeroso grupo de sacerdotes y podré referirme nuevamente a este tema tan central para la vida de la Iglesia.

Continuad con empeño vuestra preparación en el seminario. El Concilio no duda en afirmar que "los seminarios mayores son necesarios para la formación sacerdotal" (*Optatam totius*, 4), porque el ambiente de seriedad, de piedad litúrgica y personal, de estudio, de disciplina, de convivencia fraterna y de iniciación pastoral que debe caracterizar al seminario, es el modo más apto para la preparación al sacerdocio (cf. *Ibid.*, 4). Considerad, pues, el seminario como vuestro propio y específico hogar, y como la primera escuela de fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

De este modo se hace clara también la urgencia de que las Facultades de Teología y Filosofía, que contribuyen a la capacitación doctrinal de los futuros sacerdotes y de otros animadores de la comunidad eclesial, presten su valioso e imprescindible servicio en unidad estrecha de criterios con los Obispos, en perfecta armonía con la enseñanza del magisterio, y ofreciendo a los alumnos la doctrina segura, sin ceder al

fácil atractivo de teorías o hipótesis más o menos fundadas en razones humanas, que siembran la duda y la incertidumbre.

10. Hermanos: Sé que así como habéis preparado con amor esta visita pastoral, me seguiréis también a lo largo de mi peregrinación apostólica, abierto el corazón para recibir el mensaje del que quiero ser portador en la amada Colombia. Acoged ya éste de hoy, como muestra de mi afecto y solicitud por todos vosotros.

Por nuestro ministerio estamos especialmente vinculados a nuestra Madre sacerdotal, la Virgen María, la Virgen fiel, "que guiada por el Espíritu Santo, se consagró toda entera al misterio de la Redención de los hombres" (*Presbyterorum ordinis*, 18). Confiemos pues todos estos anhelos, todas estas aspiraciones e intenciones a la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, vuestra Patrona, en este Año Mariano Nacional.

A todos imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

SALUDO A LOS HABITANTES DE BOGOTA Y DE COLOMBIA

BOGOTA (01.07.1986)

PLAZA DE BOLIVAR

Queridos hermanos y hermanas de Bogotá y de Colombia entera:

1. En mi gozoso recorrido por las avenidas de esta ciudad, desde el aeropuerto "Eldorado", he visto vuestro fervor espiritual y vuestro entusiasmo desbordante; he apreciado vuestra sincera devoción y entrañable amor a Aquel a quien mi pobre persona representa, y he captado vuestros intensos gritos de esperanza: la esperanza que en vosotros suscita *el mensaje salvífico de Jesús.*



Gracias por vuestra cordial acogida y por vuestra hospitalidad. Gracias por haberos reunido en esta histórica plaza para recibir al Papa en clima de fiesta eclesial. Gracias por abrir vuestro corazón al Sucesor de Pedro que viene a confirmar en la fe a la gran familia colombiana.

A todos os saludo. Y quisiera saludaros uno a uno para haceros partícipes, en forma más expresiva, del amor que os profeso. Quisiera acercarme a vuestros hogares, confortar a vuestros enfermos, alentar a los jóvenes, bendecir a los niños. Los señores Cardenales, el Arzobispo Primado, el Presidente de la Conferencia Episcopal y los demás Obispos aquí presentes, son testigos de la solicitud y afecto pastoral que siento por vosotros. ¡Cómo pido a Dios que mi visita pastoral redunde en copiosos frutos de vida cristiana y de renovación social en la querida Colombia!

2. Nos hallamos en la plaza de Bolívar, centro ideal de esta metrópoli de la República de Colombia: *Bogotá*, ilustre desde hace siglos por su cultura. En efecto, tanto la cultura autóctona colombiana como la cultura moderna tienen aquí expresiones muy significativas; por otra parte, sus instituciones universitarias y sus academias han hecho de esta capital un centro de creación y de irradiación. Pero *Bogotá* se ha distinguido además por la nobleza de su gente, protagonista, a lo largo de casi cuatro siglos y medio, de no pocas gestas de alto valor patriótico que tejieron la historia de la Nación y diéronle su fisonomía jurídica, su libertad democrática y su solidez de Estado independiente, señalando su trayectoria hacia grandes empresas y hacia un destino glorioso.

3. Con vosotros, habitantes de Bogotá, comparto el gozo de este encuentro que es, ante todo, un *encuentro de fe*, de esa fe, don de Dios al hombre, que os ha sido transmitida por el ministerio de los Pastores de la Iglesia y que habéis recibido, desde la infancia, de labios de vuestros padres y maestros cristianos.

He venido a vuestro País como *Peregrino de la fe*, y no deja de ser significativo el hecho de que mi itinerario pastoral por los caminos de Colombia comience precisamente en esta ciudad de Santafé.

Hace cuatrocientos cuarenta y ocho años llegaron los españoles a esta altiplanicie y, junto a los cerros de Monserrate y Guadalupe, con perspectiva abierta a la augusta sabana, fundaron la ciudad de Santafé de Bogotá. Una pequeña capilla de paja y doce humildes chozas en honor de los doce Apóstoles marcaron el comienzo de la que hoy es una vasta y pujante metrópoli.

Aquí, en el lugar mismo donde hoy se eleva la catedral, se celebró la primera Misa el 6 de agosto de 1538. En ese espléndido templo que es vuestra catedral metropolitana y primada, se conservan, como tesoro inestimable, el cáliz y las vestiduras litúrgicas del primer Sacrificio eucarístico ofrecido al Padre en acción de gracias y como compromiso de perenne fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

4. Vuestra ciudad nació, pues, bajo *el signo de la fe*, y bajo el signo de la fe trinitaria habéis de vivir siempre.

Fe en Dios uno y trino, Padre providente de nuestras vidas y Señor de nuestros destinos.

Fe en Jesucristo, Salvador y Redentor nuestro, a quien tenéis que conocer y amar más cada día.

Fe en el Espíritu que santifica nuestras vidas e inspira en el alma deseos de paz y de justicia, de concordia y de amor.

Fe también en la Iglesia, Madre y Maestra, aceptando libre y plenamente sus enseñanzas y estrechando cada vez más la comunión entre los hermanos, entre las comunidades, con los Obispos y con el Sucesor de Pedro.

Una fe que ha de traducirse en obras (cf. *Sant* 2, 17); que ha de hacerse *fidelidad*: fidelidad sin sombras, fidelidad constante y en todo: en vuestra vida religiosa, en vuestras relaciones familiares y sociales, en el trabajo, en el descanso..., en todos los momentos de la existencia. Fidelidad a vuestra tradición católica, en la que encontráis luz para el camino del futuro, garantía de vuestra perseverancia, y respuesta a vuestras legítimas aspiraciones.

La fe en Cristo os hace hijos de Dios (cf. *Gál* 3, 26). La fe actúa por la caridad (cf. *Gál* 5, 6); va unida a la piedad (cf. *Tit* 1, 1); obra maravillas (cf. *Jn* 14, 12) y engendra alegría, paz y esperanza (cf. *Rom* 15, 13).

Yo he venido a confirmaros y fortaleceros en la fe. Os exhorto, pues, a avivar vuestra fe. Que la fe cristiana siga siendo vuestro compromiso cotidiano y vuestro timbre de gloria; y que Bogotá, fiel a sus orígenes, siga siendo siempre la Ciudad de la Santa Fe.

Para ello, en prenda de la protección divina, e invocando a María, nuestra Madre amantísima, os imparto efusivamente mi Bendición Apostólica.

DISCURSO A LOS DIRIGENTES

BOGOTA (01.07.1986)

CASA DE NARIÑO

Señor Presidente de la República,
Distinguidos participantes en este encuentro:

1. Os Saludo, ilustres representantes de los sectores dirigentes de Colombia, y agradezco vuestra presencia aquí para asistir a uno de mis primeros encuentros en esta visita apostólica, tan deseada, a vuestra amada patria.

Siento especial gratitud hacia el Señor Presidente de la República, por haber ofrecido la casa presidencial para esta reunión y haber presentado con tan sentidas palabras a este grupo cualificado de personas que detentan responsabilidades de singular relieve en la vida de la Nación.

Deseo expresar mi aprecio y agradecimiento por la campaña de estudio y reflexión que habéis venido realizando sobre mi encíclica "Laborem exercens", en orden a una mayor profundización sobre la doctrina social de la Iglesia.

El hecho mismo de que este acontecimiento se realice aquí, en la Casa de Nariño, sede de los Presidentes de Colombia, constituye una prueba ulterior de la significativa realidad que podríamos llamar la especial vocación cristiana de Colombia, a casi cinco siglos de distancia de la llegada de la Buena Nueva a esta tierra bendecida por Dios.

El noble pueblo colombiano, al que deseáis servir contribuyendo a su verdadero progreso en todos los campos, ha hecho suyo el mensaje evangélico, el cual a través de su gloriosa historia, ha marcado su vida y costumbres.

De este hecho se desprenden para los dirigentes del País, unas determinadas responsabilidades en orden a la que he llamado especial vocación cristiana de Colombia, las cuales han de guiar vuestra vida y funciones como ciudadanos investidos de autoridad y como creyentes.

Mis palabras de esta tarde quieren haceros partícipes de algunas reflexiones que os ayudan a asumir aquellas responsabilidades como colombianos cualificados y como

laicos en la Iglesia, para que esta sociedad se inspire cada vez más en los valores perennes del Evangelio de Cristo y la hagan progresar en el camino de la paz, de la justicia e igualdad de todos los colombianos sin distinción de origen ni condición social.

2. En vuestra trayectoria como dirigentes os habéis esforzado en buscar los caminos, superar los obstáculos y crear las condiciones que permitan el surgir de una sociedad nueva en Colombia. En esta circunstancia vienen a mi mente las palabras de mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, pronunciadas durante su inolvidable visita a esta misma capital: "Percibid y emprended con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea... Y no olvidéis que ciertas crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones, si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación" (Homilía en la Misa del Día del Desarrollo, 23 agosto 1968). Sin duda que habréis reflexionado en ocasiones sobre esta llamada profética.

Conocéis, apreciados dirigentes, la realidad de nuestro mundo y más específicamente la de los Países latinoamericanos, y sois conscientes de que su marcha hacia el progreso suscita no pocos y grandes interrogantes. En la encíclica "Populorum progressio" el Papa Pablo VI señalaba una enfermedad en el mundo, que él identificaba como la falta de fraternidad entre los hombres y los pueblos (cf. No. 66).

A este propósito, en mi encíclica *Dives in misericordia* quise poner de relieve el hecho de que gravita sobre el mundo una *inquietud moral*, que va en aumento, con relación al hombre y al destino de la humanidad (cf. No. 11), sobre todo respecto a las profundas desigualdades entre las naciones y en el interior de las mismas. ¿Cómo no ver tal inquietud en los pueblos de América Latina y en especial entre los jóvenes, que son el número mayoritario en los países de este continente?

Esta inquietud moral se alimenta con los fenómenos de la violencia, el desempleo, la marginación y otros factores que provocan el desequilibrio, amenazando la pacífica convivencia humana.

Mirando sin apasionamiento el panorama de vuestra patria ¿no tenéis también vosotros una clara impresión de la presencia de esta inquietud moral en vuestra sociedad?

La Iglesia, que tiene confianza en vosotros y que os pide seáis los artífices de la construcción de una sociedad más justa, os invita a reflexionar conmigo sobre estos temas de tanta trascendencia.

I. Hacia una civilización del amor

3. Se trata de una sociedad en donde la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y la caridad, sean una realidad.

Una sociedad que lleve el sello de los valores cristianos como el más fuerte factor de cohesión social y la mejor garantía de su futuro. Una convivencia armoniosa que elimine las barreras opuestas a la integración nacional y constituya el marco del desarrollo del país y del progreso del hombre.

Una sociedad en la que sean tutelados y preservados los derechos fundamentales de la persona, las libertades civiles y los derechos sociales, con plena libertad y responsabili-

dad, y en la que todos se emulen en el noble servicio del país, realizando así su vocación humana y cristiana. Emulación que debe proyectarse en servicio de los más pobres y necesitados, en los campos y en las ciudades.

Una sociedad que camine en un ambiente de paz, de concordia, en la que la violencia y el terrorismo no extiendan su trágico y macabro imperio y las injusticias y desigualdades no lleven a la desesperación a importantes sectores de la población y les induzcan a comportamientos que desgarren el tejido social.

Un país, en el que la juventud y la niñez puedan formarse en una atmósfera limpia, en la que el alma noble de Colombia, iluminada por el Evangelio, pueda brillar en todo su esplendor.

Hacia todo esto, que podemos llamar civilización del amor (cf. *Puebla*, No. 8), han de converger más y más vuestras miradas y propósitos.

II. Venciendo los obstáculos

4. Para realizar esta nueva civilización, os encontráis con graves obstáculos, no fáciles de superar, pero que no deben desanimaros en vuestras tareas. Unos provienen del exterior y otros se originan dentro de vuestra misma sociedad.

Entre los primeros habría que mencionar la grave crisis económica por la que está atravesando el mundo en estos últimos años y que se ha cebado especialmente en los países menos afortunados. Las dificultades de los países más desarrollados les han llevado, para resolver sus propios problemas, a medidas que han hecho más crítica aún la situación de los no tan prósperos, incrementando y agravando sus problemas. En repetidas ocasiones la Iglesia ha abogado por la búsqueda y consolidación de una unidad entre los pueblos, de una comunidad internacional, en la que las naciones sean respetadas en su identidad y diversidad y ayudadas solidariamente para el logro del bien común. La cuestión social ha adquirido las dimensiones del mundo, en el cual las relaciones de justicia y solidaridad entre los pueblos ricos y pobres constituyen una prioridad. Sigue, en toda su vigencia, la urgencia de un desarrollo integral, de "todo el hombre y de todos los hombres" (*Populorum progressio*, 14).

Los pueblos pobres no pueden pagar costos sociales intolerables, sacrificando el derecho al desarrollo, que les resulta esquivo, mientras otros pueblos gozan de opulencia. El diálogo entre los pueblos es indispensable para llegar a acuerdos equitativos, en los que no todo quede sujeto a una economía férreamente tributaria de las leyes económicas, sin alma y sin criterios morales. Aquí se inscribe la urgencia de la solidaridad internacional, que tiene hoy especial incidencia en el problema de la deuda exterior, que agobia a América Latina, y a otros países del mundo.

5. Otra serie de obstáculos provienen de la misma sociedad. Algunos no dependen totalmente de vuestra voluntad y su superación requerirá tiempo y esfuerzo, como la insuficiencia de las infraestructuras económicas, la escasez de medios de financiación y de tecnología avanzada, la debilidad del mercado interior. Pero hay también obstáculos que son imputables a la responsabilidad de los ciudadanos y que pueden y deben ser corregidos lo antes posible. Sé que ellos son objeto de vuestra preocupación y que constituyen a la vez retos a la creatividad y a la búsqueda de soluciones. Entre estos factores que dificultan el desarrollo se encuentra la violencia, la inseguridad, el contrabando, la injusta distribución de las riquezas, las actividades económicas ilícitas y además, según se indica, el traslado masivo de capitales al exterior, que son indispensables dentro del País.

Una de las consecuencias de este cúmulo de dificultades es el fenómeno del *desempleo*, que toca el eje del problema social por el derecho al trabajo y la eminente dignidad del mismo, como lo he expresado con mayor amplitud en mi encíclica *Laborem exercens* (cf. No. 18). Sóis conscientes de las dificultades de una sana política de empleo en las presentes circunstancias económicas, pero también sabéis que la creación de nuevos puestos de trabajo y un nivel de salario equitativo, es algo primordial para garantizar el futuro y evitar males ingentes en las familias desprotegidas y en el concierto nacional.

6. Permitidme que a vosotros, queridos empresarios, os dirija una palabra confiada y apremiante. Siendo vosotros empresarios cristianos, no podéis concebir la empresa sino como una comunidad de personas; por consiguiente, el centro de referencia de vuestra actuación económica ha de ser siempre el interés por todo ser humano. Como lo afirmaba hace tres años a los empresarios italianos en Milán: "Incluso en los momentos de mayor crisis, si se quiere realizar realmente una comunidad de personas en el trabajo, es preciso tener en cuenta al hombre concreto, y los dramas no sólo individuales, sino también familiares, a los que llevaría inexorablemente el recurso al despido" (Discurso a los empresarios, 22 mayo 1983). Os invito a aumentar vuestros esfuerzos, con sentido de creatividad, de justicia y desprendimiento para que se multipliquen los puestos de trabajo.

Con estos y otros esfuerzos semejantes, es necesario contribuir eficazmente a cerrar lo más posible la brecha entre *ricos y pobres*, que a veces se amplía en forma alarmante (cf. *Puebla*, No. 1.209).

7. En abierto contraste con la civilización del amor, aparece con características inquietantes el espectro de la violencia que deja sentir su secuela de dolor y muerte en tantas partes del mundo. Asistimos, no sin pesar, a los reiterados ataques a la paz desde las más variadas formas de violencia, cuya expresión extrema y nefasta es el terrorismo, que tiene su raíz en factores políticos y económicos, que se agravan por la interferencia de ideologías, de poderes foráneos y, no pocas veces, por la quiebra de los valores morales fundamentales.

Para el Papa es un deber prioritario abogar por la paz ante una humanidad seriamente amenazada por el flagelo de la violencia. Colombia ha hecho esfuerzos generosos para conseguir la paz en su territorio y en países hermanos. Seguid poniendo vuestro empeño en obtener la paz y en consolidarla; por mi parte formulo fervientes votos para que los colombianos obtengan este don tan precioso del que tendré oportunidad de ocuparme en otros momentos de mi visita pastoral.

III. Los medios

8. La tarea que tenéis encomendada es inmensa y será sólo el resultado de un esfuerzo constante y prolongado en el tiempo. Pero si la solución de los problemas materiales no puede ser inmediata, sí es posible hacer, desde ahora, una sociedad más justa. Sí es posible hacer una distribución más justa de los esfuerzos y de los sacrificios necesarios. Sí se puede establecer un orden de prioridades que tengan en cuenta que el hombre es el sujeto y no el objeto de la economía y de la política. Tenéis el medio más importante para conseguir estos objetivos. La mayor riqueza y el mejor capital de un país son sus hombres y Colombia es un país rico en humanidad y en cristianismo.

Existe entre vosotros un gran número de dirigentes con elevada competencia profesional y son muchos más quienes están en proceso de preparación. Contáis con una

probada tradición democrática, con no pocos años de experiencia. Tenéis un país potencialmente rico, con variados recursos y posibilidades de diversa índole. Poned todo esto al servicio de una patria que os necesita, dejando de lado el egoísmo y superando los antagonismos políticos que impiden la consecución solidaria del bien común.

Tenéis también el mayor tesoro, la mayor riqueza que puede tener un pueblo: los sólidos valores cristianos arraigados en vuestro pueblo y en vosotros mismos, que es preciso reavivar, rescatar y tutelar. Valores profundos de respeto a la vida, al hombre; valores de generosidad y solidaridad; valores de capacidad de diálogo y búsqueda activa del bien común. Son como resortes que sabéis tensar en momentos de especial peligro, o cuando las calamidades por desastres telúricos os han golpeado.

¡Cómo se siente, en tales momentos, la fuerza de la fraternidad! ¡Cómo se dejan de lado otros intereses para acudir a la necesidad del hermano!

9. Si en momentos de especial gravedad sabéis poner en acto esas reservas humanas y espirituales, quiere decir que lo único que necesitáis son motivaciones fuertes para hacer lo mismo con la tarea menos espectacular, pero no menos urgente de reconstruir y hacer más próspera y más justa vuestra Nación. Y ¿qué mayor motivación puedo proponer que recordaros a este respecto la doctrina contenida en la Constitución Pastoral "Gaudium et spes" del Concilio Vaticano II?

Tratando de la dignidad de la persona humana, el Concilio nos propone a Cristo como restaurador y prototipo de nuestra propia dignidad. "El que es *imagen de Dios invisible* (*Col* 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la *semejanza divina*, deformada por el primer pecado. En él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual... El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe las *primicias del Espíritu* (*Rom* 8, 23)" (*GS* 22).

Cada vez que os crucéis con un conciudadano vuestro, pobre o necesitado, si le miráis de verdad, con los ojos de la fe, veréis en él la imagen de Dios, veréis a Cristo, veréis un templo del Espíritu Santo y caeréis en la cuenta de que lo que habéis hecho con él lo habéis hecho con el mismo Cristo. El evangelista san Mateo pone estas palabras en boca del Señor: "En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicísteis" (*Mt* 25, 40).

10. Desde esta casa de Nariño, en que nos encontramos, salieron un día las traducciones de los Derechos del Hombre y las ideas que fueron simiente de vuestra nacionalidad. Sed también vosotros pioneros en ese respeto integral a los derechos del hombre, imagen de Dios.

De esta cita histórica, amados dirigentes de Colombia, ojalá salgáis más firmes y confiados en vuestro compromiso cristiano con una sociedad que os ha dado tanto y que tanto espera de vosotros.

Recibid estas consideraciones como expresión de mi afecto de Pastor y de la esperanza que la Iglesia pone en vosotros para un porvenir más justo y prometedor para todos.

Invoco sobre vosotros, sobre vuestros colaboradores, sobre vuestros hogares y sobre esta querida Nación, las bendiciones y las gracias de Aquél que se hizo nuestro hermano, para que vivamos como hijos de un mismo Padre.

HOMILIA: LA PAZ DE CRISTO EN EL CONTEXTO COLOMBIANO

BOGOTA (02.07.1986)

PARQUE SIMON BOLIVAR

"Los Confines de la Tierra Verán
la Salvación de Nuestro Dios"
(IS 52, 10)

Queridos hermanos y hermanas:

1. La lectura del profeta Isaías, que hemos escuchado, nos invita a seguir las huellas de Dios que nos salva; de Dios que revela sus designios de salvación hasta los extremos de la tierra; del Señor que derrama a manos llenas sus bendiciones a todos los hombres y a todas las naciones.

Hoy y aquí se está cumpliendo en medio de nosotros esta profecía, que es anuncio de salvación y de paz. Por eso, os invito a participar en la acción litúrgica más santa y solemne que nos ofrece la misericordia del Señor: la celebración de la Eucaristía. Jesús resucitado, pan de vida y príncipe de la paz, se hace presente entre nosotros y hace presente su misterio pascual, para decirnos una vez más, pero siempre con el mismo amor: "La paz os dejo, mi paz os doy, no os la doy como la da el mundo" (*Jn* 14, 27).

Las palabras de Jesús, su presencia real en el sacramento eucarístico que estamos celebrando en este altar sobre el que late en estos momentos el corazón de Colombia, inundan de luz nuestros propios corazones para que apreciemos cada vez más y convirtamos en inspiración de nuestras vidas los bienes que Cristo nos dejó: ¡su herencia de paz!

En este día, en que nos hemos congregado en el Parque "Simón Bolívar" para celebrar la Eucaristía, doy gracias a Dios, junto con todos vosotros, amados hijos e hijas de Colombia, por el don de la salvación cristiana, que vuestra tierra recibió hace ya casi cinco siglos.

2. Como peregrino de paz, saludo con especial afecto a mis hermanos en el Episcopado, los Obispos de Colombia y los Obispos representantes de los Episcopados de América Latina, que participan en la reunión de coordinación del CELAM. Saludo igualmente a los amados sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de las Provincias eclesiásticas de Bogotá e Ibagué; a las diócesis de Espinal, Facatativá, Garzón, Neiva, Villavicencio y Zipaquirá.

Por los caminos de Colombia que ahora comienzo a recorrer, deseo ser para vosotros el mensajero de los bienes mesiánicos de salvación y, concretamente, del don por excelencia: la paz.

La paz que Cristo nos promete (*Jn* 14, 27) y nos comunica es "la salvación de nuestro Dios" (*Is* 52, 10). La gracia del bautismo nos configura con Cristo, nos hace semejantes a él, nos reviste de él, hasta participar en su misma filiación divina, como nos ha enseñado San Pablo: "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo" (*Gál* 3, 26-27). Y si todos somos hijos de Dios, hermanos de Cristo Jesús, por haber recibido el mismo bautismo y el mismo Espíritu, y por haber participado en el mismo "pan de vida" (*Jn* 6, 48), ¿no es verdad que la paz debe ser una realidad en todos los corazones, en todas vuestras familias y en toda vuestra patria?

3. La salvación que Dios mismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ofrece a la humanidad en Jesucristo Redentor es una *vida nueva*, que es *la medida y la característica de los hijos adoptivos de Dios*. Es la participación, mediante la gracia santificante, en la filiación divina de Cristo, Hijo de Dios hecho hombre por nosotros. En efecto, el Hijo de Dios, encarnándose en el seno de la Virgen María, "se ha unido, en cierto modo, con todo hombre" (*Gaudium et spes*, 22). Con la fuerza el Espíritu, que nos ha comunicado Jesús, muerto y resucitado, después de su vuelta al Padre, desea Jesús mismo extender a todos y cada uno el don de esta filiación divina, que es la gracia para nuestra naturaleza humana y el fundamento de la paz personal y social. De este modo participamos en la misión de la Iglesia que es "sacramento universal de salvación" (*Lumen gentium*, 48) y "el corazón de la humanidad" (*Dominum et Vivificantem*, 67).

También nosotros estamos "revestidos de Cristo" (*Gál* 3, 27), puesto que por el bautismo hemos sido transformados en imagen suya y participamos de la filiación divina. Cristo une fraternalmente entre sí a quienes reciben su vida divina. Los dones diferentes, que recibimos de Dios, son para servir mejor a todos los demás hermanos. La economía de la fe implica una liberación contrapuesta a toda forma de discriminación. La imagen, presentada por San Pablo, del nuevo ser cristiano "revestido de Cristo" tiende a superar todo tipo de discriminación humana. En efecto, todo lo que divide y separa artificialmente a los hombres, por ejemplo, la injusta distribución de los bienes o la lucha de clases, no pertenece al nuevo ser cristiano.

Por el bautismo "pertenecemos a Cristo", y, por ello mismo, nos hacemos "herederos de Dios". Este bien de la herencia divina es el bien de la salvación, actualizado incesantemente en vosotros por el Espíritu Santo, obrador de la gracia y de la vida eterna. Por eso, Jesucristo llamó al Espíritu Santo "Paráclito", es decir, "consolador", "intercesor", "abogado". La paz que nos da Jesús está fundamentada en este don que transforma al hombre y a la sociedad desde el corazón del hombre mismo. Es el don que, "mediante el misterio pascual, es dado de un modo nuevo a los apóstoles y a la Iglesia y, por medio de ellos, a la humanidad y al mundo entero" (*Dominum et Vivificantem*, 23).

4. Durante la última Cena, que nosotros conmemoramos ahora, Jesús al prometernos como herencia su paz y su salvación, nos indicó el requisito que hemos de poner por parte nuestra: *el amor*. Este amor es un don suyo y es también colaboración nuestra. En realidad, es *el fruto del Espíritu Santo enviado por Jesús* de parte del Padre. Oigamos las palabras del Señor, que ahora repite para cada uno de nosotros: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él... El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo" (*Jn* 14, 23-26).

Sí, amadísimos hermanos, el bien de la salvación —que es paz, gracia y perdón— brota, como de un manantial inagotable, de esa inhabitación de Dios en nosotros *por el amor*. El "dulce huésped del alma", inundando los corazones de su gracia y de su amor, anticipa ya en ellos el comienzo de la vida eterna, que consiste en la paz duradera dentro de las personas, de las familias y de los pueblos. *La vida eterna*, en efecto, *es la presencia feliz y la permanencia del hombre en Dios mediante el amor*. A esta vida eterna estamos llamados en Jesucristo, a ella nos conduce interiormente el Espíritu Santo Paráclito mediante su acción santificante.

5. En mi reciente encíclica sobre el Espíritu Santo, invito a todos a orar por la paz y a construir la paz: "La paz es fruto del amor: esa paz interior que el hombre cansado busca en la intimidad de su ser; esa paz que piden la humanidad, la familia humana, los pueblos, las naciones, los continentes, con la ansiosa esperanza de obtenerla en la perspectiva del paso del segundo milenio cristiano" (*Dominum et Vivificantem*, 67). Así, pues, "la salvación de nuestro Dios" en todos los confines de la tierra, entre todos los pueblos y culturas, se despliega *mediante el corazón pacificado del hombre*. Entonces participa de esta paz y salvación toda la comunidad de los hombres, en primer lugar *la familia*, la cual tiene un cometido primordial e insustituible en la obra de la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo a la humanidad entera. La familia es entonces evangelizada y evangelizadora, recibe la paz y transmite la paz. "Por ello la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por toda la humanidad y del amor de Cristo Señor a la Iglesia su esposa" (*Familiaris consortio*, 17).

En mi solicitud pastoral por toda la Iglesia no he cesado de poner de relieve el puesto que ocupa la familia como fundamento de la sociedad humana y cristiana, de cuya unidad, fidelidad y fecundidad dependen la estabilidad y la paz de los pueblos. Colombia no puede renunciar a su tradición de respeto y de apoyo decidido a los valores que, cultivados en el núcleo familiar, son factor muy significativo en el desarrollo moral de sus relaciones sociales, y forman el tejido de una sociedad que pretende ser sólidamente humana y cristiana.

Sé que vuestros Pastores os han puesto repetidas veces en guardia contra los peligros a que hoy está expuesta la familia. Me uno a ellos en esta urgente y noble tarea pastoral de procurar a la familia una formación adecuada para que sea agente insustituible de evangelización y base de la solidaridad y de la paz en la sociedad. Damos gracias a Dios porque "hay familias, verdaderas 'iglesias domésticas', en cuyo seno se vive la fe, se educa a los hijos en la fe y se da buen ejemplo de amor, de mutuo entendimiento y de irradiación de ese amor al prójimo en la parroquia y en la diócesis" (*Puebla*, 94). ¡Sí! "la familia cristiana es el primer centro de evangelización" (*Puebla*, 617), es también la "escuela del más rico humanismo" (*Gaudium et spes*, 52), y, como tal, es inagotable cantera de vocaciones cristianas y formadora de hombres y mujeres, constructores de la justicia y de la paz universal en el amor de Cristo.

6. América Latina es amante de la paz. Sabe que este don supremo es condición indispensable para su progreso. Pero, a la vez, es consciente de los múltiples peligros que atentan contra una paz estable: "Baste pensar en la carrera armamentística y en el peligro, que la misma conlleva, de una autodestrucción nuclear. Por otra parte, se hace cada vez más patente a todos la grave situación de extensas regiones del planeta, marcadas por la indigencia y el hambre que llevan a la muerte" (*Dominum et Vivificantem*, 57).

Si cada cristiano y cada comunidad eclesial se convirtieran en ardientes mensajeros de paz, ésta sería pronto una realidad en la comunidad humana. Colombianos



todos: ¿por qué no hacer de este serio compromiso por la paz un fruto de la visita del Papa a vuestro País? Quisiera poder aplicar a cada uno de los aquí presentes y a todos los que me escuchan, las palabras del profeta Isaías: "Qué hermosos sobre los montes *los pies del mensajero que anuncia la paz*, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación, que dice a Sión: 'ya reina tu Dios' (*Is.* 52, 7).

La Buena Nueva de este Reino de Dios es un mensaje de libertad: Dios ha liberado a su pueblo. Y por eso, habrá siempre apóstoles y misioneros, que anuncien al pueblo de la Nueva Alianza la venida y la presencia del Reino. Estos "mensajeros" proclaman la verdad revelada sobre Dios, sobre el mundo y sobre el hombre, a la luz del mensaje de Jesús crucificado y resucitado, por más que su mensaje resulte duro y molesto a los oídos de quienes prefieren los "ídolos" de este mundo. El mensajero de la paz evangélica está dispuesto a dar testimonio con sus palabras y con la ofrenda "martirial" de su propia vida.

7. Al comienzo de mi visita pastoral por tierras colombianas doy gracias a Dios, desde lo más hondo de mi corazón, por todos *los mensajeros de la Buena Nueva*, que a lo largo de casi cinco siglos han injertado en vuestros corazones el Evangelio, como fuente de paz para los individuos, las familias y la sociedad.

Doy también infinitas gracias a Dios por todos los mensajeros que en nuestros días consagran calladamente su vida y sus energías a anunciar el mensaje evangélico de la paz. El mensajero que "anuncia la paz" es el mismo que "trae buenas nuevas, que anuncia la salvación", como dice el profeta Isaías (*Is* 52, 7). Pero esta paz es ahora la paz que Cristo nos prometió y nos dejó en herencia. Es su propia paz, en contraposición a la falsa paz que prometen los ídolos de este mundo (cf. *Jn* 14,

27). ¡Ojalá cada uno de vosotros y cada una de vuestras comunidades y familias goce de la paz que Cristo nos regala! Y que todos seáis sembradores de la paz, sin fronteras de tiempo y lugar.

Esta paz, fruto del amor entre Dios y los hombres, y obra de la justicia, es el bien mesiánico por excelencia; la primicia de la salvación y de la liberación definitiva que todos anhelamos.

La paz de Cristo es diversa de la del mundo, que se desvanece y agota en el bienestar efímero, en alegrías y placeres pasajeros (cf. *Jn* 16, 20). La paz de Cristo no ahorra en verdad pruebas y tribulaciones, pero es siempre fuente de serenidad y de felicidad, porque lleva consigo la plenitud de vida, que mana a raudales de la presencia del Señor en los corazones. Si el nacimiento de Cristo fue el evento de paz para los hombres (cf. *Lc* 2, 14), su "vuelta" o "paso" hacia el Padre, por la muerte y resurrección, se convirtió en la fuente de este don que es exclusivo de Cristo: "La paz os dejo, mi paz os doy" (*Jn* 14, 27). He aquí el don que el Señor comunica a todos los hombres de buena voluntad.

8. Habéis querido que mi visita pastoral a vosotros esté marcada por el sello de la paz: "Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia". Sé que este lema coincide con la aspiración a la paz, anhelo arraigado en el corazón de este pueblo. Los largos y crueles años de violencia que han afectado a Colombia no han podido destruir el deseo vehemente de alcanzar una paz justa y duradera. Sé que ha habido generosas iniciativas encaminadas a fomentar el diálogo y la concordia para conseguir una paz estable. En este sentido no puedo menos de alentaros, a todos los colombianos sin excepción, a proseguir sin descanso por derroteros de paz, conscientes de que ésta, sin dejar de ser tarea humana, es primordialmente un don de Dios. Reducirse pues a promover sólo proyectos limitados y humanos de paz, equivaldría a ir en pos de fracasos y desilusiones. Para llevar a cabo esta tarea inmensa de lograr la paz —que exige perdón y reconciliación—, el primer paso, que estoy seguro que daréis cada uno de vosotros, es el de desterrar de los corazones cualquier residuo de rencor y de resentimiento. Los años de violencia han producido heridas personales y sociales que es necesario restañar. La violencia que ciega tantas vidas inocentes tiene su origen en el corazón de los hombres. Por esto un corazón que reza de verdad el "Padre nuestro" y que se convierte a Dios, rechazando el pecado, no es capaz de sembrar la muerte entre los hermanos.

9. ¿Quién puede negarse a perdonar cuando sabe que él mismo ha sido ya perdonado repetidas veces por la misericordia de Dios? "La paz comienza en el corazón del hombre que acepta la ley divina, que reconoce a Dios como Padre y a los demás hombres como hermanos" (*Alocución a los Obispos colombianos* en la visita "ad Limina", 22 febrero 1985).

"Bienaventurados los constructores de la paz porque se llamarán hijos de Dios" (*Mt* 5, 9): La paz es una obra ingente, que requiere un perpetuo quehacer por parte de todos los colombianos. Y porque supone un perpetuo quehacer, realmente superior a las solas fuerzas humanas, vuestros templos y santuarios, dedicados muchos de ellos a Cristo y a la Santísima Virgen, deben convertirse en centros de oración comunitaria y comprometida por la paz.

10. Por desgracia, muchos hombres en el mundo contemporáneo se han dejado seducir por la tentación de la violencia armada, hasta llegar en muchas partes a los extremos insensatos del terrorismo que sólo deja tras de sí desolación y muerte. Desde esta ciudad de Bogotá hago un llamado vehemente a quienes continúan por el camino de la guerrilla, para que orienten sus energías —inspiradas acaso por ideales de justicia— hacia acciones constructivas y reconciliadoras que contribuyan verdaderamente al progreso del país. Os exhorto a poner fin a la destrucción y a la muerte de tantos inocentes en campos y ciudades.

Hermanos y hermanas queridísimos, gracias a vuestro compromiso de haceros constructores de la paz, la salvación de Cristo ya empieza a ser realidad: "Porque los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios" (*Is* 52, 10).

Doy gracias al Señor, junto con vosotros, por la obra de salvación, que se ha realizado aquí a lo largo de los cinco siglos de evangelización. En el cuarto centenario de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, encomiendo el futuro de la Iglesia y de la sociedad a María, fiel a los designios salvíficos del Padre, Madre virginal de Cristo, instrumento de gozo en el Espíritu Santo y Reina de la Paz. Como Jesús os digo: "La paz os dejo, mi paz os doy... No se turbe vuestro corazón ni se acobarde" (*Jn* 14, 27).

¡Pueblo de Dios: "Ya reina tu Dios" en esta tierra (cf. *Is* 52, 7). *¡Tu Dios reina! Así sea.*

DISCURSO AL CUERPO DIPLOMATICO

BOGOTA (02.07.1986)

NUNCIATURA APOSTOLICA

Excelencias, señoras, señores:

1. Es un motivo de satisfacción poder celebrar este encuentro, en la sede de la Nunciatura Apostólica, con un grupo cualificado de personas como es el Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno de Colombia. Ante todo, deseo presentaros mi más deferente saludo, que en vosotros hago extensivo a los Gobiernos y pueblos a los que representáis.



En repetidas ocasiones la Santa Sede ha demostrado su alta estima por la tarea llevada a cabo por los Representantes Diplomáticos, sobre todo cuando ésta se pone al servicio de la gran causa de la paz, del acercamiento y colaboración entre los pueblos y de un intercambio fructífero para el progreso de la comunidad internacional.

2. Una misma preocupación nos une ciertamente y nos hace trabajar juntos: el bien de la humanidad y el porvenir de cada pueblo, especialmente de aquellos que se esfuerzan por ver reconocida y respetada su dignidad. Esta preocupación os llama a ser artífices del entendimiento entre las naciones, a favorecer la seguridad internacional, así como la paz y la concordia entre todos los hombres.

Las sociedades humanas, nacionales e internacionales, serán juzgadas en este terreno de la paz por la contribución que hayan dado al desarrollo del hombre y al respeto de sus derechos fundamentales. Si toda sociedad debe buscar y garantizar el derecho de cada individuo a una existencia digna, este derecho no se podrá separar de otra exigencia, también fundamental, que podríamos llamar el derecho a la paz y a la seguridad.

En efecto, todo ser humano aspira a una paz que le permita su plena realización personal, al amparo de cualquier tipo de violencia que puede provenir de acciones terroristas, que conducen a la desestabilización social e incluso a conflictos armados.

3. Se deben buscar pues incansablemente todos los medios que pueden conducir a la paz. Ya en mi viaje a Irlanda dije, y lo repito aquí "que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución a los problemas, que la violencia no es digna del hombre". (Drogheda, 29 septiembre 1979, No. 8). Igual que entonces, quiero ser también aquí mensajero incansable de un ideal que excluye la violencia, un ideal —la paz— fundado sobre la fraternidad y que tiene su origen en Dios.

En esta perspectiva siento el deber de reafirmar, al mismo tiempo, que una paz auténtica ha de tener sus raíces bien fundadas en la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables. No puede existir verdadera paz si no existe un compromiso serio y decidido en la aplicación de la justicia social. En efecto, la justicia y la paz no pueden disociarse: una paz que no tuviera en cuenta la justicia sería sólo un sucedáneo.

Trabajar por la paz significa, por tanto, comprometerse en la promoción de la justicia y en la defensa y tutela de los derechos fundamentales del hombre, en el respeto mutuo, en el amor fraternal.

Permitid al Papa, peregrino de la paz por los caminos de Colombia, que os diga con el corazón abierto: no dudéis en comprometeros personalmente, por la paz mediante gestos de paz, cada uno en su ámbito y en su esfera de responsabilidad. Dad vida a realizaciones audaces que sean manifestaciones de respeto, de fraternidad y de justicia. De este modo empeñaréis todas vuestras capacidades personales y profesionales al servicio de la gran causa de la paz. Yo os aseguro que por el camino de la paz encontraréis siempre a Dios que os acompaña.

4. El hombre se afirmará a sí mismo por ese camino, y no por la ambición de un poder ilusorio y frágil. El hombre tiene también derecho a que el Estado, responsable del bien común, le eduque en la práctica de los medios para la paz. La Iglesia ha enseñado siempre que "el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad... En nombre de estas premisas concernientes al orden ético objetivo, los

derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre... Sin esto se llega a la destrucción de la sociedad, a la oposición de los ciudadanos a la autoridad, o también a una situación de opresión, de intimidación, de violencia, de terrorismo, de los que nos han dado bastantes ejemplos los totalitarismos de nuestro siglo" (*Redemptor hominis*, 17).

5. Todo esto, junto con una distribución equitativa de los frutos del progreso, me parece que constituye las condiciones para un crecimiento y un desarrollo más armonioso de esta tierra que con tanto gozo visito estos días, así como de América Latina. Que Dios quiera sostener los esfuerzos de los responsables, tanto a escala nacional como internacional, para que Colombia y todas las Naciones de este gran continente puedan desempeñar el papel que les corresponde en el concierto de la gran familia latinoamericana y de la comunidad internacional.

Señoras y señores: os reitero mi profunda complacencia por haber podido saludaros y expresaros algunas de las inquietudes que llevo en mi corazón. Con mis mejores deseos por las altas funciones que desempeñáis, pido al Todopoderoso que os bendiga con sus dones, así como a vuestras familias y colaboradores.

MENSAJE A LOS PRIVADOS DE LIBERTAD

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Mi visita pastoral a Colombia, en el marco del Año Mariano Nacional que conmemora el IV Centenario de la Renovación de la venerada imagen de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, no podrá excluir a quienes se encuentran en las instituciones penitenciarias. Por ello, hoy quiero llegar hasta vosotros de un modo particular, para manifestaros mi afecto de Pastor de toda la Iglesia y alentaros en vuestra actual situación.

¡Cómo desearía en esta hora hacerme presente en todos los lugares de Colombia donde se halle un grupo de personas privadas de libertad! ¡Cuánto quisiera poder escuchar vuestras penas y daros personalmente mi palabra de aliento y de consuelo! pero, ante la imposibilidad de hacerlo físicamente, quiero aseguraros que os tengo muy presente en mi pensamiento y en mi corazón. A cada uno en particular dirijo este mensaje y espero así poder llegar a lo más íntimo de vosotros para compartir vuestros anhelos y esperanzas, vuestras tristezas y desilusiones, pero sobre todo para iluminar y fortalecer con la palabra de Dios el ansia de verdadera libertad que brota de lo más profundo de todo ser humano.

2. En la Carta Apostólica que dirigí a toda la Iglesia "sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano" recordaba que Jesucristo ha proyectado una nueva luz sobre la realidad del dolor: "El sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo. Y a la vez ésta ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo... La Cruz de Cristo se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva" (*Salvifici doloris*, 18). ¡El amor vence el dolor! He aquí todo un programa de vida, una fuente constante de reflexión que ilumina y da sentido a todo aquello que nos hace sufrir. Vosotros, queridos hermanos y hermanas, podéis buscar esa luz en vuestra situación presente. Muchos de vosotros seguramente conserváis con cariño una imagen de Cristo crucificado: ¡Cristo clavado en la cruz! Sí, él es la suprema manifestación del amor divino, él es el que vence el sufrimiento con el amor; él es la expresión más radical del hombre a quien han quitado su libertad, pues allí clavado no

tiene siquiera la mínima libertad de movimiento. Sin embargo, él, en ese momento, está realizando el acto más libre y liberador que jamás se haya realizado en la historia del hombre: está ofreciendo libremente su vida para salvar a toda la humanidad.

3. Contemplando a Cristo crucificado, que nos liberó del pecado y de la muerte, se comprende mejor el verdadero sentido de la libertad humana. Con el auxilio de la gracia divina el hombre puede vencer la esclavitud a que le somete el pecado, y ser reconciliado con Dios y con los hermanos. ¡Abrid de par en par las puertas de vuestro corazón y de vuestra alma a la gracia de Cristo! Y si vuestra conciencia os indica que habéis incurrido en alguna falta contra el Señor, contra vuestros hermanos los hombres o contra la sociedad, vuestra situación presente os ofrece la posibilidad de reparar eventualmente las ofensas cometidas, sin perder por ello vuestra dignidad de personas, que ha de ser salvaguardada siempre.

4. Deseo de corazón que mi visita pastoral a Colombia os haga sentir parte viva e integrante de vuestra querida y bella patria cristiana, junto con vuestras familias. Ojalá que este tiempo de privación de libertad no debilite los afectos familiares ni el amor a vuestro país, sino que acreciente en vosotros el deseo de unirse a los demás colombianos en la construcción de una patria laboriosa, pacífica, justa y fraterna.

Elevo mi oración al Padre que está en los cielos, pidiéndole que mitigue vuestras penas, vuestra soledad, vuestras desesperanzas y la ausencia de vuestros seres queridos, a la vez que invoco sobre todos vosotros y vuestras familias la protección de la Virgen María, vida, dulzura y esperanza nuestra.

A todos os bendigo de corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

SALUDO A LA PRESIDENCIA Y MIEMBROS DE LA CLAR

BOGOTA (02.07.1986)

NUNCIATURA APOSTOLICA

1. Con gozo saludo a la Presidencia y a los representantes de las cuatro Regionales de la CLAR, que habéis querido venir a visitarme a la Nunciatura Apostólica, con motivo de mi estancia en Bogotá, donde se encuentra también la sede de vuestra Confederación.

Aprovecho la ocasión para saludar en vosotros a todos los que representáis, es decir a todas las Conferencias Nacionales de Superiores Mayores de Religiosos de América Latina y a través de ellas a toda la inmensa multitud de religiosos y religiosas que viven su consagración y su servicio en este gran continente de la esperanza, y de quienes depende tanto la presencia eficaz de la Iglesia en el ámbito de la evangelización y de las múltiples obras pastorales y de asistencia.

Junto con este saludo quiero agradeceros la fidelidad al Señor en vuestra consagración religiosa, el trabajo silencioso y eficaz de tantos religiosos y religiosas, así como la presencia y el servicio que prestan en toda América Latina, su disponibilidad para colaborar con los Obispos, su rica y multiforme aportación a la misión evangelizadora, para que resplandezca la comunión eficaz en la variedad de todos los carismas, suscitados por el Espíritu para el bien de la Iglesia.

2. Quiero felicitaros también porque recientemente habéis celebrado los 25 años de la CLAR y habéis recibido, aprobados por la Santa Sede, los Estatutos de vuestra Confederación Latinoamericana de Religiosos, actualizados y acomodados al nuevo Código de Derecho Canónico y a las necesidades presentes de la vida religiosa en América Latina.

En ellos se han fijado con claridad la naturaleza y los objetivos de la CLAR. La Santa Sede ha depositado su confianza en vuestra tarea, al mismo tiempo que pide vuestra colaboración, fidelidad y responsabilidad en unos momentos de gran trascendencia para la evangelización de América Latina y del mundo.

Vuestro servicio de coordinación entre las Conferencias Nacionales de Superiores Mayores de Religiosos, os hace instrumento singular de esa comunión y participación

que tenéis que vivir y promover en sintonía plena con toda la Iglesia en América Latina.

Los religiosos, por la dimensión eminentemente comunitaria de vuestra vida consagrada, tenéis que ser testimonio de comunión eclesial, dentro de la variedad y complementariedad de vuestros propios carismas y de vuestras tareas específicas de apostolado.

3. Estáis llamados a promover la comunión eclesial con el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) y con cada una de las Conferencias Episcopales, con el debido respeto y sumisión a los Pastores de las Iglesias particulares, a quienes el Señor ha confiado el gobierno de cada porción de la Iglesia, que son las diócesis en las que los religiosos han de estar integrados en comunión con los otros miembros del pueblo de Dios.

De la misma manera os incumbe la labor de coordinación entre las diversas Conferencias Nacionales de Superiores Mayores, a fin de favorecer el conocimiento mutuo, la colaboración y la formación de tantos religiosos y religiosas en América Latina, lo cual redundará en un enriquecimiento de vida espiritual y de experiencias apostólicas.

La confianza que en vosotros ponen los religiosos y religiosas de este continente es motivo de responsabilidad para que la CLAR manifieste en todo una firme adhesión al Magisterio del Papa, a las directrices de la Santa Sede y de los obispos, y promueva la autenticidad de la vida religiosa y de los diversos carismas, respetando y favoreciendo en el diálogo común la índole propia de cada instituto.

4. Es inmenso el potencial evangélico y eclesial que la vida religiosa ha desarrollado en la evangelización de América Latina. Cuando ya se ha iniciado la novena de preparación de las celebraciones del quinto Centenario de la Evangelización conviene recordar la responsabilidad que incumbe a los religiosos en esta nueva evangelización del continente, poniendo delante de vosotros el amor de vuestros fundadores y Fundadoras por la Iglesia, por su expansión misionera, por su presencia salvadora en todas las latitudes y en todos los estamentos de la sociedad.

En esta nueva evangelización a la que la Iglesia en América Latina está convocada, escribid nuevas páginas de santidad y de entrega a vuestro ideal evangélico de pobreza, castidad y obediencia, en todos los lugares y medios en los que estáis presentes. Sea la oración la fuente vital de vuestra permanente consagración. Como lo he expresado en la encíclica "Dominum et Vivificantem", "nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración" (No. 65). Con vuestra plegaria contribuiréis de modo eficaz a la renovación de la vida espiritual que, sin duda, redundará en la autenticidad evangélica de vuestro testimonio en favor de los más necesitados, "en labor callada y humilde" (cf *Puebla*, 733).

5. Sabéis bien que vuestra misión es la del servicio y que el servicio eclesial tiene siempre el sello inconfundible de la comunión y de la participación para la misión. Estad siempre al servicio de la vida religiosa para que no decaiga nunca la ilusión de ser "seguidores de Jesús", signos de la presencia de la acción del Espíritu, hijos fieles de la Iglesia y colaboradores en la difusión del Evangelio, entre todos los religiosos y religiosas de América Latina.

Vosotros que sois expertos en vida evangélica escribid con vuestra vida el Evangelio de Jesús en esta tierra y en esta época, haciendo presente a Cristo en la múltiple y variada

expresión de su amor al Padre y a los hermanos. Que vuestro apostolado sea una consecuencia de vuestro encuentro, imitación y configuración con el Señor.

Que os ayude en esta tarea la Virgen María, tan querida por todos los pueblos latinoamericanos. Ella es el modelo cabal de la fidelidad y del servicio, de la comunión con Cristo y de la abnegada cooperación con toda su existencia a la obra de la salvación. A ella os encomiendo, para que su recuerdo sea siempre para todos vosotros motivo de fidelidad en vuestra consagración y de generoso servicio evangélico en comunión plena con la misión de la Iglesia.

Con mi Bendición Apostólica.

SALUDO A LOS OBISPOS COLOMBIANOS

BOGOTA (02.07.1986)

SPEC.

"AMADÍSIMOS HERMANOS EN EL EPISCOPADO
"GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ
DE PARTE DE DIOS PADRE Y DE
CRISTO JESÚS (2 Tim 1, 2)

1. Con estas palabras del apóstol San Pablo me dirijo a vosotros, para expresaros desde el primer momento la íntima comunión en el Espíritu Santo, que se realiza en este encuentro entre el Sucesor de Pedro y sus hermanos, sucesores de los Apóstoles, Pastores de la Iglesia en Colombia.

Expresión de mi sincero "afecto en la caridad" quiere ser mi saludo cordial a los Señores Cardenales, Arzobispos, Obispos, Vicarios Apostólicos y Prefectos Apostólicos que presidís las Iglesias particulares en esta noble y católica Nación colombiana y sois o habéis sido miembros de la Conferencia Episcopal. Para todos, mi saludo de paz y de comunión apostólica, mientras doy gracias al Señor por vuestro edificante testimonio de unidad.

Este encuentro en la sede de vuestra Conferencia Episcopal quiere ser una viva demostración de la estrecha comunión de los Obispos de Colombia con el Sucesor de Pedro y con la Santa Sede, que caracteriza vuestro ministerio episcopal y la fe católica de vuestro pueblo.

A lo largo de mi visita pastoral tendré ocasión de llevar a toda la Iglesia en Colombia un mensaje de fe y de esperanza sabiendo de antemano que el Episcopado sabrá acogerlo y profundizar en él, con la misma responsabilidad pastoral con que ha preparado al pueblo colombiano para su encuentro con el Papa. Por eso, en la especial circunstancia que nos congrega, vamos a reflexionar juntos sobre algunos aspectos fundamentales de la misión del Obispo hoy en Colombia.

2. Dios os ha constituido Pastores de la Iglesia en medio de este pueblo que se ha distinguido desde los albores de su evangelización por su ejemplar fe católica, profundamente arraigada gracias a la labor de destacados misioneros como San Luis Beltrán o San Pedro Claver. En el alma colombiana anida, por así decirlo, un sentido connatural de la trascendencia

de Dios y de confianza en la Providencia. Es digna de admiración y de encomio la acendrada devoción de vuestras gentes a la Virgen María, su hondo sentido de los misterios de la Pasión gloriosa del Salvador, su amor y respeto hacia el Papa y hacia los Pastores de la Iglesia.

Sois pues Pastores, de una Iglesia que cuenta con un inmenso potencial de fe y religiosidad, para enfrentar esperanzadamente los problemas que se plantean en la vida cotidiana de vuestras comunidades y en la situación social que atraviesa vuestro País.

Pero, ante todo, en cuanto Obispos de la Iglesia, contáis con una gracia y una misión sobrenatural que permanece siempre como la fuente inspiradora de vuestra actividad pastoral. Como Obispos de la Iglesia sois el punto de convergencia y propulsión de la *vida de comunión* que es una idea "fundamental y central" de la eclesiología del Vaticano II, como justamente recordó el reciente Sínodo Extraordinario de los Obispos.

La palabra *comunión* nos lleva hasta el manantial mismo de la vida trinitaria (cf. *1 Jn* 1, 3) que converge en la gracia y en el ministerio del Episcopado. El Obispo es imagen del Padre, hace presente a Cristo como Buen Pastor, recibe la plenitud del Espíritu Santo de la cual brotan enseñanzas e iniciativas ministeriales para que pueda edificar, a imagen de la Trinidad y a través de la palabra y de los sacramentos, esa Iglesia, lugar de donación de Dios a los fieles que le han sido confiados.

El Obispo, en virtud de su agregación al Colegio episcopal, heredero del único colegio apostólico, debe reflejar de manera nítida su íntima comunión de fe y de vida, así como de acción pastoral, con los demás Obispos de la Iglesia, todos unidos con el Romano Pontífice que es "principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión" que garantiza que el mismo episcopado sea uno e indivisible (*Lumen gentium*, No. 18).

3. Misión primordial de cada uno de los Pastores es presidir y edificar la Iglesia que Cristo le ha asignado. Así lo establece la legislación canónica, que se hace eco de los documentos del Concilio Vaticano II, resumiendo en estas palabras el ministerio del Obispo en perfecta comunión con el Sucesor de Pedro: "La diócesis es una porción del pueblo de Dios cuyo cuidado pastoral se encomienda al Obispo con la colaboración del presbiterio, de manera que unida a su pastor y congregada por él en el Espíritu Santo, mediante el Evangelio y la Eucaristía, constituya una iglesia particular, en la cual verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica" (C.I.C. c. 369; cf. *Christus Dominus*, No. 11).

Allí donde los consagrados al ministerio trabajan por edificar la Iglesia (cf. *Ef* 4, 12), crece compacto el Cuerpo de Cristo, la nueva humanidad, el proyecto de nueva sociedad, la familia de Dios que "se perfecciona en la caridad" (*Ibid.* 16). Por eso, la tarea primordial es conformar nuestra misión a la misión misma de Cristo y del Espíritu, la cual empieza siempre por la edificación de la Iglesia.

Con razón se acentúa la imprescindible presencia del *Evangelio* de Cristo, predicado como anuncio y encarnado como vida, en todas sus dimensiones personales y sociales. Esta presencia continua de Cristo tiene su centro de comunión en la *Eucaristía*, es decir Cristo mismo en su misterio pascual que se hace presente con toda la riqueza de su misterio Redentor. El hace la Iglesia, la edifica, la alimenta y la hace como renacer cada día, desde el misterio de su muerte y resurrección, que se perpetúa en el sacrifcio de la Misa. En la celebración de la Eucaristía el Obispo es el principio de unidad de todas las asambleas, que son "legítimas" en cuanto mantienen esa necesaria comunión con el ministerio episcopal (cf. *Lumen gentium*, No. 26). Con palabras que son conmovedoras para tantas experiencias de vida eclesial en el mundo y también aquí en Colombia, el Concilio nos recuerda: "En estas comunidades, aunque sean frecuen-

temente pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia, una, santa, católica y apostólica" (*Ibid.*).

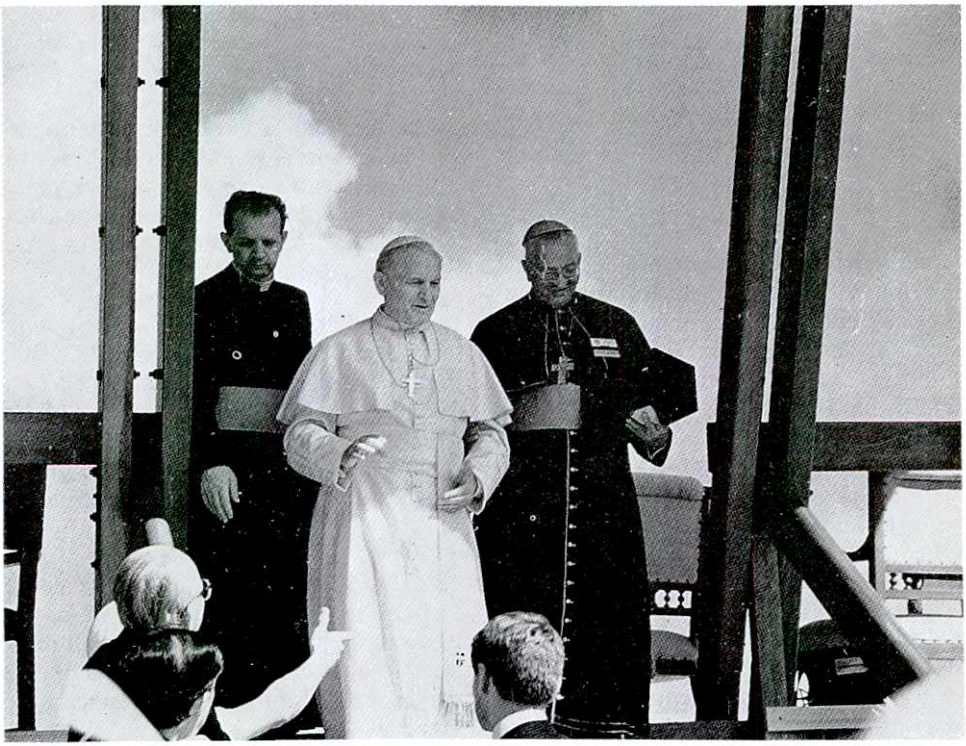
4. Es ésta una tarea ministerial en la que cada Pastor tiene que poner toda su ilusión para hacer de su propia grey una perfecta realización de la Iglesia de Cristo. Para eso recibe el Obispo la plenitud del Espíritu Santo en la ordenación episcopal, para ser colaborador de esta misión eclesial que es propia del Espíritu Santo.

Como he escrito recientemente en mi encíclica sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo: "La gracia del Espíritu Santo, que los Apóstoles dieron a sus colaboradores con la imposición de las manos, sigue siendo transmitida en la ordenación episcopal. Luego los Obispos, con el sacramento del orden hacen partícipes de este don espiritual a los ministros sagrados y proveen a que, mediante el sacramento de la Confirmación, sean corroborados por El todos los renacidos por el agua y por el Espíritu, así, en cierto modo, se perpetúa, la gracia de Pentecostés" (*Dominum et Vivificantem*, 25).

De la visión sacramental del Episcopado como misterio de comunión, y de esta gracia del Espíritu que os ha "constituido para regir la Iglesia de Dios" (cf. *Act* 20, 28) como colaboradores de su misión, se desprenden una serie de *tareas primordiales* y actualísimas de vuestro quehacer pastoral en la Iglesia de Colombia, tanto a nivel de Iglesias particulares como a nivel de Conferencia Episcopal.

Maestros de la verdad

5. La Iglesia es, por naturaleza y misión, depositaria y transmisora a la vez, de una verdad que no es suya sino que es revelada por Dios en su Hijo, el Verbo Encarnado, muerto y resucitado, plenitud y mediador de toda la revelación.



La predicación del Evangelio de Jesucristo supone la transmisión íntegra de esa verdad, la valentía en defenderla, la sabiduría para aplicarla con discernimiento a los nuevos problemas y situaciones de la humanidad.

El Obispo, pues, es llamado a ser maestro y testigo de la verdad, fiel y leal en la comunión con el auténtico Magisterio de la Iglesia para la predicación de la integridad de la doctrina católica.

Se trata de una misión ardua en un mundo convulsionado por opiniones y teorías engañosas; algunas —como es el caso de las sectas que siembran confusión en vuestro pueblo sencillo— diluyen la coherencia y la unidad de la doctrina evangélica; otras —como es el caso de ciertas doctrinas que reivindican la interpretación autónoma de los principios morales— prescinden altaneramente de la doctrina de la Iglesia en aras de un pretendido progreso humano y una visión secularista de la sociedad y de la vida.

6. En todo caso, sean claras y oportunas vuestras enseñanzas cuando la doctrina de la Iglesia pueda sufrir menoscabo, pues es misión pastoral del obispo proclamar la verdad y es derecho inalienable del Pueblo de Dios conocer con claridad la doctrina auténtica de la Iglesia.

Con mansedumbre, no exenta de firmeza, continuad enseñando, por todos los medios que estén a vuestro alcance, la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia, sobre el hombre. Conscientes de que sólo "la verdad os hará libres" (*Jn* 8, 32) defended la auténtica doctrina contra los silencios sospechosos, las ambigüedades engañosas, las reducciones mutiladoras, las relecturas subjetivas, las desviaciones que amenazan la integridad y la pureza de la fe.

Os animo y exhorto sobre todo a manteneros firmes en defender la verdad sobre el hombre, que se desprende de la verdad sobre Cristo y sobre la Iglesia, y tiene su aplicación en el campo de los derechos humanos, de la sacralidad de la vida desde el momento de su concepción; proclamad ante la sociedad la indisolubilidad del matrimonio, *la unidad y santidad de la familia*, contra todos los ataques teóricos y prácticos que se insinúan en vuestro País. Defender el proyecto de Dios sobre el hombre y la mujer, sobre el matrimonio y la vida, no es sólo evidenciar esa ley inscrita por el Creador en la misma naturaleza humana, sino que es poner también las bases de una civilización del amor que no puede construirse si no es desde el respeto recíproco que tiene como punto de convergencia la ley santa de Dios grabada en la conciencia de los hombres.

Que el Espíritu de la verdad, ese Espíritu que "guía hasta la verdad completa" (*Jn* 16, 13), encuentre en vosotros auténticos colaboradores para llevar a cabo esa misión de convencer al mundo en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio (cf. *Jn* 16, 8-11), cuando rechaza la verdad y la vida del Evangelio, como he subrayado recientemente en mi encíclica "Dominum et Vivificantem" (No. 27 s.).

Modelos de santidad

7. La fidelidad a vuestro ministerio, según las palabras y ejemplos del Maestro, tiene que traducirse en una *vida santa*, como corresponde a ese Espíritu de santidad que habéis recibido en vuestra ordenación episcopal.

Sed "modelos" para vuestra grey, como exhorta San Pedro (cf. *1 Pe* 5, 3); "en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza de vida" (*1 Tim* 4, 12), como recomienda San Pablo a Timoteo. Hoy más que nunca se le pide al Obispo un testimonio evangélico personal.

Os lo pide ante todo Cristo, Buen Pastor y Cabeza de los Pastores, con su propio ejemplo de bondad, de mansedumbre, de caridad pastoral hasta dar la vida por sus ovejas, como suprema manifestación del amor.

Dicho ministerio pastoral, caldeado siempre con la caridad que es don del Espíritu Santo, os exige la dedicación completa de vuestra vida. No se os pide menos que la vida misma, en un martirio cotidiano de entrega y de amor para "apacentar la grey que se os ha encomendado... siendo modelos de la grey" (*1 Pe* 5, 2-3).

En este compromiso de santidad y en vuestra ejemplaridad personal os encomiendo especialmente, a imitación de Jesús, Maestro y amigo de los discípulos, que prestéis una *atención especial a vuestros sacerdotes*. Son los primeros colaboradores en vuestro ministerio episcopal y deben ser los primeros destinatarios de vuestro cuidado pastoral. Sed para ellos padres, hermanos y amigos, que se preocupan de su vida espiritual y también de sus necesidades materiales. Fomentad con vuestro ejemplo la fraternidad sacerdotal entre todos los que son ministros del único Sacerdote, Jesucristo. Sed ejemplo de comunión y de unidad con todos vuestros sacerdotes para edificación y estímulo del pueblo de Dios. Velad también por la fidelidad de los religiosos y de las religiosas a los compromisos de su consagración y a la autenticidad de su servicio apostólico.

Testigos de esperanza

8. A vosotros, Hermanos, os incumbe la noble tarea de ser los primeros en proclamar las "razones de la esperanza" (cf. *1 Pe* 3, 15); esa esperanza que se apoya en las promesas de Dios, en la fidelidad a su palabra y que tiene como certeza inquebrantable la resurrección de Cristo, su victoria definitiva sobre el mal y el pecado.

Sed testigos de esperanza para los jóvenes, amenazados por el vaivén de las falsas ilusiones y el pesimismo de los sueños que se desvanecen. Llevad la *verdadera esperanza a los pobres*, que miran a la Iglesia como su única defensa desde su esperanza sobrenatural. Para unos y para otros, abrid caminos de esperanza y de liberación auténtica, en la línea de vuestro documento episcopal "Identidad cristiana en la acción por la justicia", y de la enseñanza del Magisterio sobre esta delicada cuestión; particularmente, las dos Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe, "Libertatis nuntius", sobre algunos aspectos de la teología de la liberación, y "Libertatis conscientia", sobre libertad cristiana y liberación. "Entre ambos documentos existe una relación orgánica. Deben leerse uno a la luz del otro. (*Libertatis conscientia*, 2).

Continuad trabajando, queridos hermanos, en estrecha unidad, por la auténtica liberación que nos viene de Jesucristo, Redentor del hombre, la cual ha de ser preservada de ideologías que le son ajenas y que desvirtúan su contenido evangélico. Como lo señalaba en mi reciente encíclica "Dominum et Vivificantem", existen formas de materialismo, "ya sea en su forma teórica" —como sistema de pensamiento— ya sea en su forma práctica —como método de lectura y de valoración de los hechos"— (No. 56), que se oponen y resisten, particularmente en nuestros días, a la acción del Espíritu. Es éste un fenómeno que, con toda razón, os preocupa también a vosotros, como a tantos Pastores de América Latina, que lo han puesto de manifiesto en sus visitas "ad Limina".

Entre los *caminos de esperanza activa* para vuestra Iglesia, que se proyecta ya hacia la conmemoración del V Centenario y hacia el Gran Jubileo del año 2000, os indico tres prioridades: las vocaciones sacerdotales y religiosas, la educación de la juventud, la promoción de un laicado comprometido.

Colombia es una nación católica y misionera. Necesita, pues, *vocaciones sacerdotales y religiosas* para una presencia viva de la Iglesia proporcionada a sus necesidades pastorales, y para un testimonio misionero. La promoción de las vocaciones y su formación adecuada asegura un camino de esperanza para la difusión del Evangelio. El mundo moderno tendrá cada vez más necesidad de los ministros de

Cristo que prediquen su palabra y comuniquen la vitalidad del Espíritu. Ante la amenaza del materialismo, que intenta vaciar el alma humana de sus aspiraciones más nobles, la Iglesia será el baluarte de los valores del Espíritu, el lugar de la presencia del humanismo evangélico abierto a la trascendencia.

Colombia es también una nación con alto coeficiente de juventud. *Los jóvenes son mi esperanza*, como son también vuestra esperanza. Pero hay que desplegar las mejores energías para formar su conciencia desde la fe; colaborar por todos los medios en una educación integral de los jóvenes que se forman en la Universidad, en los Institutos técnicos y en los demás centros académicos. El progreso en la modernización de la Nación no puede prescindir de sus raíces culturales católicas, si quiere construir un futuro homogéneo que pueda desembocar en una civilización del amor. De esta forma los jóvenes serán los artífices de un futuro mejor. La Iglesia tiene que estar comprometida en este camino de esperanza que pasa por la formación integral de la juventud.

Os recuerdo, finalmente, la apremiante tarea de *promoción de un laicado maduro y responsable*, capaz de ser fermento y presencia activa en la Iglesia y en la sociedad. A nivel de Iglesias locales y de toda la Iglesia de Colombia, hay que recordar las palabras del Concilio Vaticano II: "La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho" (*Ad gentes*, 21), un laicado maduro y comprometido. Sé que no falta a la Iglesia colombiana esa riqueza de seglares cristianos que ya trabajan en la catequesis y en la misión, en los movimientos apostólicos y familiares, en la vida social. En la perspectiva del próximo Sínodo de los Obispos os exhorto a intensificar esta formación del laicado cristiano. Ellos serán también garantía de esperanza para una presencia más incisiva del Evangelio en la vida pública de vuestra nación.

9. Queridos pastores de la Iglesia en Colombia, he querido recordaros algunas tareas que son inherentes a vuestro ministerio episcopal. Como Conferencia Episcopal de Colombia vuestra responsabilidad tiene un horizonte amplio que abarca toda la Nación, a cuyo bienestar y progreso contribuye la vida de los católicos, encomendados a vuestro ministerio eclesial.

Con la gracia que brota de la comunión en la fe, con la fuerza moral que adquieren vuestros pronunciamientos unánimes, con la colaboración y el discernimiento que se realiza en el ámbito de la Conferencia Episcopal, velad por la Iglesia y su vitalidad interna y misionera. Sed servidores de vuestro pueblo y de vuestra gente, abriendo *senderos de mayor justicia y progreso social para todos.* No cejéis en vuestra defensa de los derechos de los más débiles, en la promoción de la moralidad pública, en una mediación honrosa para la reconciliación de todos los hijos de esta Nación noble y cordial, hospitalaria y amante de la paz.

10. Al finalizar este encuentro quiero invocar sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras Iglesias particulares con sus sacerdotes, religiosos y religiosas, familias, jóvenes y niños, sobre todos vuestros fieles, la protección de la Virgen María, Madre de la Iglesia en Colombia, bajo la advocación de Virgen del Rosario de Chiquinquirá. Que Ella, la Madre de los discípulos de Jesús, la Virgen del Cenáculo y Reina de los Apóstoles, os alcance la plenitud del Espíritu para que haga fecunda vuestra acción apostólica. Que Ella, Patrona de Colombia y Reina de la Paz, obtenga para toda vuestra Nación, herida por la violencia, el don de la reconciliación fraterna entre todos los colombianos, garantía de un futuro de prosperidad y de progreso.

Con estos deseos os acompaña mi oración y mi Bendición Apostólica.

DISCURSO A LOS OBISPOS DEL CELAM

BOGOTA (02.07.1986)

CELAM

Amados hermanos en el Episcopado:

1. La feliz circunstancia de vuestra reunión en Bogotá permite que mi visita apostólica a Colombia adquiera, en esta sede del CELAM, una dimensión que abarca a la gran familia latinoamericana. En vuestras personas saludo a todas las amadas Iglesias del continente, a sus Conferencias Episcopales y a todos los hombres y mujeres que en América Latina se esfuerzan por fecundar, con la fuerza del Evangelio, la vida de los pueblos que, va a hacer ahora cinco siglos, recibieron la luz de la fe y quieren seguir manteniendo su fidelidad a Cristo, a las puertas ya del tercer milenio cristiano. No es necesario repetir cuán cerca de mi corazón están los habitantes de estas tierras americanas, cuán grande es mi preocupación por todos sus problemas y mi solidaridad en todas sus dificultades y esperanzas.

Al llegar a esta casa, donde el Consejo Episcopal Latinoamericano tiene su sede, no puedo por menos de evocar aquella memorable visita de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI, quien la inauguró con su bendición en agosto de 1968, con motivo del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá. Ni puedo dejar de recordar que fue en esta misma ciudad donde el Papa abrió los trabajos de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que luego se desarrolló en Medellín. En su discurso manifestaba la viva emoción que le embargaba en aquella "primera visita personal del Papa a sus hermanos y a sus hijos en América Latina". En los dieciocho años que nos separan de aquel histórico momento los encuentros del Sucesor de Pedro con el Episcopado latinoamericano se han multiplicado, y los intercambios entre la Santa Sede y el CELAM se han hecho cada vez más frecuentes y fructuosos.

A ellos he querido contribuir con mi solicitud pastoral, desde aquella memorable jornada del 28 de enero de 1979 en el Seminario Palafoxiano de Puebla de los Angeles, México, cuando se inauguró la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Sucesivamente tuve la alegría de encontrar a los Obispos participantes en la Asamblea de Rio de Janeiro en 1980 con la que se conmemoraba las Bodas de Plata del CELAM; tres años más tarde inauguré en Puerto Príncipe la Asamblea Ordinaria

de 1983, y en 1984 inicié las celebraciones del V Centenario de la evangelización del Nuevo Mundo, desde Santo Domingo. Me es grato evocar estos acontecimientos como testimonio de comunión entre el CELAM y el Sucesor de Pedro, a la vez que como signo elocuente del afecto colegial que anima las relaciones entre la Santa Sede y las diferentes Conferencias Episcopales latinoamericanas.

Os encontráis, queridos hermanos, en reunión llamada de "coordinación", para revisar los programas del CELAM, evaluar los resultados obtenidos y concordar las actividades que habrán de llevarse a cabo en estos últimos meses, previos a la Asamblea General que tendrá lugar en marzo del próximo año. Hago fervientes votos para que los frutos de vuestros trabajos se traduzcan en un servicio cada vez más eficaz a las Conferencias Episcopales del continente, en orden a una más profunda evangelización y a una fortificación saludable del tejido eclesial.

2. Deseo ahora compartir con vosotros algunas reflexiones acerca de la misión que, guiados por el Espíritu, desempeñáis como Pastores de la Iglesia en América Latina.

En momentos de tanta incertidumbre por los que atraviesa vuestro continente y en medio de tantas llamadas seductoras que provienen de los poderes de este mundo, de los ídolos modernos y de las ideologías materialistas, los cristianos necesitan ser afianzados en la fidelidad. En un mundo como el nuestro en el que la verdad se ve acosada por el engaño, y los valores perennes suplantados a veces por intereses egoístas, es necesario educar la conciencia cristiana en la fidelidad.

Fidelidad, en primer lugar al Espíritu Santo, que es fuerza de renovación y de vida, principio de unidad y vínculo de la paz. Toda nuestra predicación, toda nuestra acción pastoral, todo nuestro ministerio es sólo instrumento del Espíritu que actúa y que renueva. El es quien da el vigor transformador y produce los frutos de la vida cristiana. El nos guía, nos fortalece, nos da las respuestas que exigen los retos pastorales de cada momento.

Mas el Espíritu nos conduce suavemente hacia una inquebrantable *fidelidad a la Palabra de Dios*, que es la norma imprescindible de nuestra predicación. Estamos —como dice el sugestivo título del documento final del Sínodo Extraordinario de 1985— "Sub verbo Dei". Y estar bajo la Palabra de Dios, en fidelidad incondicional a esa Palabra que es Cristo mismo, es reconocer que nuestro mensaje viene de Dios; es mantener viva en la Iglesia aquella actitud reverente que expresan justamente las palabras iniciales de la Constitución dogmática sobre la divina revelación: "Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans" (*Dei Verbum*, 1). Esta fidelidad a la Palabra nos exige no solamente renunciar a discursos puramente humanos o seculares cuando se trata del anuncio del designio divino de salvación, sino mantener firmemente el sentido original de la Sagrada Escritura, sin separarlo de la viva Tradición eclesial ni de la interpretación auténtica del Magisterio.

Dicha fidelidad a la Palabra es el fundamento de la misión del obispo como maestro de verdad; de la verdad que viene de Dios y que lleva a la auténtica liberación del hombre: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (*Jn* 8, 32). Tal fue el compromiso asumido por los Pastores latinoamericanos en la histórica Conferencia de Puebla: "El Obispo es maestro de la verdad. En una Iglesia al servicio totalmente de la Palabra, es el primer evangelizador, el primer catequista; ninguna otra tarea lo puede eximir de esta misión sagrada" (Puebla, 687).

3. Mas la fidelidad al Espíritu y a la Palabra implica la inseparable *fidelidad a la Iglesia de Jesucristo*, en la cual dicha Palabra salvadora es proclamada. Ello exige mantener

una visión eclesiológica integral y una concepción sacramental de la comunidad que formamos los que pertenecemos al Cuerpo Místico de Cristo, sin ceder a concepciones unilaterales o a una visión exclusivamente sociológica de la Iglesia (cf. *Relación final del Sínodo Extraordinario* III, A. 3).

El CELAM, con su meritoria labor de reflexión y de intercambio al servicio de las Conferencias Episcopales del continente, y en unión con la Santa Sede, ha contribuido a reforzar la cohesión entre las distintas Iglesias particulares, señalando también, con responsabilidad y solicitud pastoral, las ambigüedades que en algunos momentos amenazaban la identidad eclesial.

Si somos fieles al Espíritu, a la Palabra y a la Iglesia de Jesucristo, también seremos *fieles al hombre* a cuyo servicio, especialmente de *los más pobres y necesitados*, hemos sido enviados como mensajeros de salvación. Precisamente por servir con fidelidad a los hombres de nuestro tiempo la Iglesia levanta hoy decididamente su voz para defender los derechos humanos y la dignidad que fundamenta esos derechos. Y en este contexto de respeto por la persona humana y de fidelidad a su destino sobrenatural, los Obispos latinoamericanos, y con ellos todas las comunidades eclesiales que dignamente presidèn, han acogido los documentos "Libertatis nuntius" y "Libertatis conscientia" recientemente promulgados por la Sede Apostólica. Dichos documentos, en el marco del Magisterio pontificio, han contribuido a precisar el auténtico sentido evangélico de conceptos básicos que, arbitrariamente, venían siendo presentados desde una óptica ideológica o clasista. "La dimensión soteriológica de la liberación no puede reducirse a la dimensión socioética que es una consecuencia de ella", afirma la "Instrucción sobre libertad cristiana y liberación" (No. 71). Por otra parte, a la vez que reconocer la *utilidad y necesidad de una teología de la liberación*, he querido recordar también que ésta debe desarrollarse en sintonía y sin rupturas con la tradición teológica de la Iglesia y de acuerdo con su doctrina social (cf. *Carta a la Conferencia Episcopal de Brasil*, No. 5, 9 abril 1986).

4. Tenéis la alegría y el honor, amados hermanos, de ser Pastores de pueblos en su inmensa mayoría creyentes, católicos. Pero, al mismo tiempo, sois conscientes de las amenazas que se ciernen sobre la grey que apacentáis. ¿Cómo no hacer presente en esta hora de América Latina una preocupación que sé que compartís y que he sentido el deber pastoral de expresar en mi encíclica sobre el Espíritu Santo? Me refiero a la resistencia al Espíritu que, en nuestra época, se manifiesta en el *materialismo* "como contenido de la cultura y de la civilización, como sistema filosófico, como programa de acción y formación de los comportamientos humanos" (*Dominum et Vivificantem*, 56).

Dicho materialismo se presenta hoy con diversos aspectos: desde la actitud práctica de quienes viven "como si Dios no existiera", hasta el materialismo teórico que se proclama ateo y que se erige en sistema pretendidamente científico, queriendo arrancar a Dios de la conciencia del hombre y negándole incluso el derecho a creer y practicar su fe religiosa.

Estas formas de resistencia y oposición al Espíritu se encuentran también presentes en América Latina y constituyen un particular motivo de preocupación en vuestra solicitud de Pastores.

5. He seguido con satisfacción las actividades de las Iglesias particulares latinoamericanas encaminadas a preparar la celebración del V Centenario del comienzo de la Evangelización del continente. Viene a mi mente el inolvidable encuentro en la ciudad de Santo Domingo, hace casi dos años, al que he aludido más arriba. En aquella tierra

donde se plantó por primera vez la cruz, donde se rezó la primera Ave María y se celebró la primera Eucaristía en el Nuevo Mundo, se dieron cita los Obispos del CELAM, junto con el Sucesor de Pedro, para inaugurar solemnemente la Novena de años con la cual el pueblo fiel se está disponiendo espiritualmente para la magna fiesta católica y latinoamericana de 1992. Las Conferencias Episcopales del continente y el CELAM han empeñado toda su capacidad y todo su dinamismo en esta empresa; que tiene un hondo significado espiritual y también una gran importancia cultural e histórica. Deseo alentaros vivamente a proseguir en vuestro esfuerzo de animación y creatividad pastoral para que la consecución de las metas, propuestas en la solemne apertura del 12 de octubre de 1984, hagan de esta conmemoración el Centenario de la fe rejuvenecida.

Los desafíos de la hora presente son enormes. Al cumplirse estos quinientos años de vida latinoamericana, los pueblos del continente se encuentran ante un intenso y difícil proceso de toma de conciencia histórica y de búsqueda de su destino. La Iglesia católica ha sido fiel a su misión y está empeñada en este movimiento con el aporte de sus luces, con el testimonio de su propia historia, con el humilde reconocimiento de sus propias limitaciones, con el sencillo y sincero ofrecimiento de su colaboración.

6. La respuesta de la Iglesia a los retos de este momento histórico es la de una decidida acción evangelizadora, que sea réplica y continuación de aquella primera y fundacional predicación misionera. El ideal apostólico de la Iglesia latinoamericana es llevar el Evangelio a los hombres de hoy y de mañana, que se ven enfrentados a las seducciones de una cultura adveniente, la cual se presenta a veces como una esperanza mesiánica materialista. Es elocuente el certero juicio de la Conferencia de Puebla de los Angeles a este respecto: "Si la Iglesia no reinterpreta la religión del pueblo latinoamericano, se producirá un vacío que lo ocuparán las sectas, los mesianismos políticos secularizados, el consumismo que produce hastío e indiferencia o el pansexualismo pagano. Nuevamente la Iglesia se encuentra con el problema: lo que no asume en Cristo, no es redimido y se constituye en un ídolo nuevo con malicia vieja" (Puebla, 469).

Quisiera terminar con una palabra de aliènto a la dedicación y empeño de cuantos constituyen la gran familia del CELAM. Y mientras invoco sobre todos vosotros la protección de María, Madre de la Iglesia, elevo mi ferviente plegaria a Dios Todopoderoso para que continúe asistiendo con su gracia a los Obispos de este continente y les conceda "audacia de profetas y prudencia evangélica de Pastores; clarividencia de maestros y seguridad y guía de orientadores; fuerza de ánimo como testigos y serenidad, paciencia y mansedumbre de padres" (*Discurso inaugural,* Puebla).

Antes de concluir nuestro encuentro deseo también expresar mi saludo afectuoso a todas las personas que colaboran con los Obispos en esta sede del CELAM: a los sacerdotes, a las religiosas, a los asesores laicos, a los empleados y servidores. A todos ellos y a los benefactores del CELAM, a sus familiares y allegados, les imparto la Bendición Apostólica.

HOMILIA: LOS JOVENES EN EL PRESENTE Y FUTURO DE LA IGLESIA

BOGOTA (02.07.1986)

ESTADIO "NEMESIO CAMACHO" DE "EL CAMPIN"

¡VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA!
¡VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO!
(*Mt* 5, 13-14)

1. Queridos jóvenes de Colombia:

Os saludo con las palabras que Jesús dirigió a la multitud en el Sermón de la Montaña.

También vosotros *sois multitud*, una multitud inmensa de discípulos a los que el Papa dirige con afecto y con gran confianza su saludo de paz. *¡Sed la sal de la tierra! ¡Sed la luz del mundo!*. De esta tierra de Colombia; de este mundo latinoamericano al que pertenecéis.

Contemplando esta *inmensa juventud* el Papa quisiera fijar la mirada en cada uno de vosotros, dirigiros la palabra a cada uno en particular, porque a todos y cada uno de vosotros os ama Dios inmensamente y espera la respuesta personal e irrepetible que brota de vuestro corazón generoso.

Por ser *discípulos de Jesús* y por *ser jóvenes* sois el futuro de la Iglesia, una promesa para el mundo entero.

Sois discípulos de Jesús, cristianos unidos vitalmente a El por la fe viva y por la gracia del bautismo, por la coherencia de un comportamiento evangélico. Nadie puede llamarse discípulo de Jesús si no escucha sus palabras, si no sigue sus pasos. Sólo de este modo seréis sal de la tierra y luz del mundo. Sólo así podréis ser de verdad jóvenes, con la perenne juventud del Evangelio.

Sois, *con esta juventud evangélica*, gozo y esperanza de la Iglesia y del mundo. En vosotros brota al renuevo de la comunidad de los creyentes y representáis el relevo de los que construyen la ciudad temporal. La fe tiene que alentar en vuestros corazones y en vuestras obras, llena de vigor y lozanía.



2. *Sois una generación privilegiada.* Con vosotros concluye un milenio y empieza otro, el tercer milenio cristiano. También en vosotros culminan quinientos años de evangelización de este nuevo mundo que es América Latina, y da comienzo una renovada empresa evangelizadora que proyectará a la Iglesia de Jesucristo hacia el futuro, precisamente desde vosotros, los jóvenes de este continente de la esperanza.

Depende, pues, en buena parte de vosotros que en Colombia y en todo el continente latinoamericano se conserve y se irradie la fe cristiana que hasta ahora lo ha caracterizado. Por eso he querido venir hasta aquí y por eso os hablo en nombre de Cristo, *para confirmaros en la fe y para enviaros como discípulos apostólicos del Evangelio*, hacia ese futuro que os pertenece y que os espera para que seais sus artífices y protagonistas.

Habéis querido prepararos a este encuentro con el Papa mediante jornadas de reflexión y estudio sobre la Carta Apostólica que, con ocasión del Año Internacional de la Juventud, dirigí a los jóvenes y a las jóvenes del mundo; y también sobre el mensaje de la XVIII Jornada Mundial de la Paz, que tenía como lema "La paz y los jóvenes caminan juntos". Me alegra saber que dichas reuniones, a nivel de grupos, —como me habéis comunicado en la carta que me enviásteis el día de Pentecostés— han contribuido a crear mayor unidad entre los jóvenes colombianos.

Sé que muchos de los aquí presentes habéis crecido en situaciones frente a las cuales no dejáis de manifestar vuestra disconformidad. Sois conscientes de los problemas de vuestra patria y no queréis resignaros ante la corrupción, la injusticia y la violencia. Queréis un cambio radical porque deseáis una sociedad más acogedora, en la que todos

los colombianos puedan compartir y disfrutar de los bienes que Dios creó para todos y no sólo para unos pocos. Deseáis la paz y la concordia entre todos para poder afrontar el futuro con menos angustia y con mayor certeza.

Seréis luz en medio de tantas sombras si os dejáis iluminar por Cristo "Luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (*Jn* 1, 9). Seréis sal en medio de tantos sinsabores, si os dejáis penetrar por la sabiduría del Evangelio.

Vuestra juventud se desenvuelve en un período de cambios acelerados y profundos, que han traído un indiscutible progreso en muchos campos, pero que han acarreado también trastornos y desfases que han originado dolorosos conflictos que aquejan a vuestro país.

Vosotros, queridos jóvenes, sufrís por causa de esos conflictos. Sois víctimas de esos procesos contradictorios, y en todo caso sentís a veces perplejidad y desconcierto frente a tanto desequilibrio económico y tanta injusticia social, frente al desempleo creciente y la pobreza insultante que aflige a no pocos de vuestros hermanos y hermanas en un suelo tan fértil como el de Colombia, y en una patria como la vuestra, tan rica en recursos materiales y humanos.

3. *Vosotros mismos sois parte de ese caudal de recursos.* Con una juventud estudiosa, trabajadora, esforzada y responsable, la sociedad y la Iglesia en Colombia pueden mirar, con fundada confianza, hacia un futuro mejor.

Pero junto a tantas esperanzas depositadas en vosotros no se pueden ignorar las fuertes tentaciones que os acechan en vuestro camino.

Ahí está la atracción que puede ejercer el enriquecimiento fácil y rápido, por caminos que son contrarios a la ley y a la moral cristiana; la tentación de la evasión que puede llegar a hundiros en la alienación de la droga, el alcoholismo, el sexo y otros vicios lamentables.

Hay quienes pretenden seduciros con ciertas actitudes de conformismo, indiferencia pasiva y escepticismo, arrancando *de vuestra juventud los más nobles ideales humanos y cristianos*. Y no falta quien proclama, como solución última y desesperada, la violencia armada de la guerrilla, en la que ha caído buen número de compañeros vuestros; unas veces contra su propia voluntad; otras, obnubilados por ideologías inspiradas en el principio de la violencia como único remedio a los males sociales. En muchos casos se ha llegado al absurdo de luchar *hermanos contra hermanos, jóvenes contra jóvenes*, arrastrados por esa violencia ciega que no respeta ni la ley de Dios ni los principios elementales de la convivencia humana.

Estas y otras tentaciones os acechan. Como cristianos, podéis y debéis superar la prueba. Sabed que sois sal de esta tierra, que no se puede desvirtuar (cf. *Mt* 5, 13). Sois luz que tiene que brillar y ciudad situada en la cima del monte (cf. *Ib* 14). La renovación que deseáis tiene que empezar en vuestro corazón y en vuestras vidas mediante una sincera conversión a Cristo y a su Evangelio. La respuesta del cristiano a cualquier reto del mundo; su fuerza ante la tentación, se fundamenta en Cristo y en el ejemplo que él nos dio. En el desierto, ante el tentador, lucha y vence. *Con El podéis luchar y vencer.*

4. Cristo rechaza la propuesta de conseguir poder y gloria a cambio de la idolatría, responde al tentador con una frase de la Escritura que hoy sigue conservando todo su significado: "*Adorarás al Señor tu Dios y sólo a El darás culto*" (cf. *Lc* 4, 8). También

vosotros, jóvenes, estáis llamados a mantener vuestra fe en un solo Dios; en medio de tantas propuestas de idolatría. ¡No os entreguéis a los ídolos modernos! ¡No renunciéis a lo más valioso de vuestra existencia, que es vuestra identidad cristiana! ¡Mantened firme vuestra adhesión al Señor Dios, el único adorable, el único dueño de la vida y de la muerte, el que da plenitud de sentido a nuestra peregrinación por la tierra y a nuestra actividad humana!

¡Nada es digno de adoración fuera de Dios, nada es absolutamente fuera de El! Ni la riqueza, ni los placeres, ni la ciencia, ni la tecnología, ni la fama, ni el prestigio, ni las utopías políticas pueden convertirse en valor supremo.

Sólo Dios es capaz de saciar la sed de vuestros corazones: "Al Señor tu Dios adorarás y a El solo servirás" (cf. *Mt* 4, 10). Jesús rechazó la tentación para consagrarse por entero al servicio del Padre. Con su victoria dio principio a nuestra victoria. Con El y como El decid sí a Dios, a su Reino, a su amor. Sin la fe en Dios, nuestro Padre, caeríais en el materialismo, insidiosa ideología de este mundo, de la cual derivan todas las alienaciones y desviaciones que hacen de la vida un absurdo y desembocan en la desilusión o la violencia.

5. El conocimiento de Dios nos llega por medio de Cristo, su Verbo Eterno, verdadero Dios y verdadero hombre. El es la luz verdadera, la Verdad y la Vida. El es para nosotros, mis queridos jóvenes, *respuesta veraz y exhaustiva a los interrogantes más profundos de la existencia y de la historia humana.*

El encuentro personal con Cristo sella profundamente nuestro ser. Cristo da sentido a nuestra humanidad y la abre a la plenitud de la vida divina de los hijos de Dios. El es la esperanza de los pueblos, porque su doctrina es la única capaz de *transformar los corazones y las estructuras*; la única que puede liberar a los oprimidos y desencadenar una auténtica revolución de amor a nivel planetario, siempre que se sigan sus pasos, se imite su vida, y se pongan en práctica sus palabras.

Mantened viva la fe y la esperanza en Jesús de Nazaret, el que murió, resucitó y, "exaltado por la diestra de Dios, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido" (*Act* 2, 33) derramándolo en nuestros corazones, para que vivamos *con él y en él*; para que vivamos *como él*, en total entrega al designio del Padre en favor de todos los hombres.

6. Quien cree en Cristo lo confiesa *presente en la Iglesia que es su Cuerpo*. No es posible separar de Cristo a la Iglesia; no se puede disociar a Jesús de su Iglesia. La identidad cristiana, que tiene su raíz en el bautismo, que os ha incorporado a la fe de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, os hace sentir miembros del mismo Cuerpo, hijos de la misma Madre, la Santa Madre Iglesia.

No seáis indiferentes a la Iglesia, Madre vuestra. Reconoced en ella a Cristo, pues es ella la que lo hace presente, la que os lo ofrece en su palabra, en los sacramentos, en la Eucaristía, la que os ayuda a sentiros miembros de una familia que es a la vez la de esta tierra y la que vive ya en la gloria.

Es verdad que, mientras peregrina por la tierra, está sometida a la debilidad del pecado de sus propios hijos; pero ¿qué hacéis vosotros mismos para que brille mejor la luz de Cristo en el rostro de su Iglesia? *Sentíos plenamente responsables de la vida y misión de la Iglesia*; sed esa presencia nueva que vosotros mismos deseáis. *Sed santos con su santidad para que ella sea santa con vuestra conversión y vuestro testimonio.* Sed

críticos, pero con ese amor y esa coherencia propia de los hijos que *aman de verdad a la Madre.*

7. Sea bien visible vuestra identidad cristiana a través de la presencia, el servicio, la comunión, la colaboración dentro de vuestras comunidades eclesiales, en las parroquias, en las veredas, en los grupos y movimientos apostólicos, para que con vosotros sea también visible la presencia de Cristo en medio de los jóvenes, sed los evangelizadores de Cristo en medio de vuestros compañeros de estudio, de trabajo, de deporte.

Bajo la guía de vuestros Pastores, sois también responsables de la misión que Jesús mismo tiene encomendada a su Iglesia y que es intrínsecamente propia de todo bautizado.

La misión de la Iglesia es asimismo misión de justicia, de compromiso con el hombre, de defensa de sus derechos y de su dignidad, porque el hombre es imagen de Dios. La misión evangelizadora de la Iglesia se proyecta hacia la vida de los hombres en todas sus dimensiones, ya que "el amor que impulsa a la Iglesia a comunicar a todos la participación en la vida divina mediante la gracia, le hace también alcanzar por la acción eficaz de sus miembros el verdadero bien temporal de los hombres, atender a sus necesidades, proveer a su cultura y promover una liberación integral de todo lo que impide el desarrollo de las personas" (*Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, No. 63).

8. Para realizar plenamente esta tarea que brota del mandamiento del amor y del mensaje de las bienaventuranzas, la Iglesia tiene necesidad de vosotros, queridos jóvenes de Colombia.

El fruto de la justicia es la paz. El don de Jesucristo resucitado es la paz: "La paz os dejo, mi paz os doy" (*Jn* 14, 27). Haceos acreedores de la bienaventuranza que el Señor promete a los que trabajan por la paz (cf *Mt* 5, 9). No os dejéis seducir por la tentación de la violencia que siempre engendra otra violencia más terrible y jamás logra los resultados que prometen sus instigadores. *Que la paz y los jóvenes caminen siempre juntos*, que los jóvenes sean en Colombia artífices convencidos de una nueva era de paz social en la justicia, en la igualdad, en el amor que vence toda violencia y recompone todas las cosas según el designio de Dios.

Os lo digo a vosotros, jóvenes trabajadores, campesinos, estudiantes; sed artífices de paz.

Os lo grito desde aquí también a vosotros jóvenes que quizá habéis emprendido el camino de la guerrilla o abrigáis simpatías por ella; apartaos de los caminos del odio y de la muerte y convertíos a la causa de la reconciliación y de la paz.

Os lo pido a vosotros, los que buscáis trabajo y no lo encontráis, los que por un misterioso designio de la Providencia vivís en el dolor de la enfermedad, los que estáis en las cárceles o bien os sentís marginados: trabajad vosotros también por la paz, con vuestro esfuerzo, vuestro sufrimiento, vuestra oración.

9. En nombre de Jesucristo, Príncipe de la Paz, os exhorto a que emprendáis una gran cruzada de reconciliación fraterna, de diálogo constructivo, de cooperación social, para que prevalezca el entendimiento entre todos y se instaure una justicia, un progreso digno de los hijos de Dios. *¡Sed constructores de la paz y seréis de veras hijos de Dios!*

Queridísimos jóvenes, antes de terminar este encuentro quisiera, en nombre del Señor, lanzaros un desafío, comprometeros en un pacto de fidelidad al Evangelio, que sea como el eco y la prueba de la adhesión a Jesucristo que hicisteis en el bautismo.

El os ha llamado sal de la tierra. Os aliento por ello a darle una respuesta con las *obras* de una nueva vida.

¿Queréis ser en todas partes testigos de Jesucristo? ¿En vuestra familia, en vuestros lugares de estudio y de trabajo?

¿Queréis ser fieles a Jesús y a su doctrina en vuestra vida personal, en el respeto de vuestro cuerpo, en las relaciones de amistad, en vuestros noviazgos?

¿Queréis ser testigos de Cristo respetando la vida humana, que es siempre sagrada, y defendiendo los derechos de toda persona que es imagen viva de Cristo?

¿Queréis ser testigos de Cristo en vuestros quehaceres y en vuestro descanso, en la solidaridad del trabajo y en el deporte?

10. La gracia de este encuentro, queridos jóvenes, amigos, es precisamente *la presencia de Jesús*, aquí y ahora, en medio de nosotros, porque estamos reunidos en su nombre (cf. *Mt* 18, 20). El os mira en los ojos, interpela vuestra generosidad, espera una respuesta que no debéis dejar para mañana. El os mira quizá con ese amor intenso y personal con que miró al joven del Evangelio y *os lanza el reto que puede cambiar vuestra vida: "Ven y sígueme"* (cf. *Mc* 10, 21).

Vale la pena seguir a Cristo. El es el único que no defrauda. A cada uno de vosotros Jesús os dirige una palabra que tenéis que meditar en el corazón para ponerla luego en práctica. *El os llama y os envía.* Respondedle con entusiasmo y decisión.

¿Aceptáis la misión que os encomienda? ¿Seréis testigos suyos y difusores de su palabra entre los demás jóvenes? ¿Os comprometéis a construir, desde el Evangelio, una sociedad más justa y fraterna? ¿Pondréis todo vuestro empeño en edificar la nueva civilización del amor?

Que en este compromiso de fidelidad a Cristo os acompañe María, nuestra Madre, tan querida por todo el pueblo colombiano. *¡Ella, la joven Virgen de Nazaret, respondió con generosidad y transformó la historia humana en historia de salvación* acogiendo y entregando a Cristo, el fruto bendito de su vientre!

El Papa os bendice para que en vosotros se haga realidad el mensaje del Evangelio: "¡Vosotros sois la sal de la tierra! ¡Vosotros sois la luz del mundo! ¡Que brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" (*Mt* 5, 13-14). Así sea.

HOMILIA: EL PUESTO DE MARIA EN LA HISTORIA DE LA SALVACION Y EN LA VIDA DE LA IGLESIA

CHIQUINQUIRA (03.07.1986)

PARQUE "JUAN PABLO II"

1. ¡Dichosa tú que has creído: (cf. *Lc* 1, 45):

Como peregrino a tu Santuario de Chiquinquirá, me postro ante tí, oh Madre de Jesús, pronunciando las palabras con las que te saludó Isabel, la esposa de Zacarías, en el umbral de su casa.

¡Dichosa tú, que has creído!

Dichosa, porque a impulsos de tu fe, en respuesta al anuncio del ángel, acogiste en tu seno la palabra del Dios vivo.

Dichosa tú, por haber pronunciado aquel bienaventurado "fiat" que te convirtió por virtud inefable, de Sierva del Señor *en la Madre del Verbo Eterno:* Dios de Dios, Luz de Luz, hecho hombre en tus entrañas virginales. ¡El Verbo se hizo hombre! (cf. *Jn* 1, 14).

¡Dichosa tú, porque gracias a tu acatamiento de la Palabra de Dios, se cumplió, ya en la plenitud de los tiempos, el acontecimiento más señalado por los profetas para la vida y para la historia de la humanidad: "El pueblo que andaba en tinieblas, vio una luz grande" (*Is* 9, 2): tu Hijo Jesucristo, el Hijo del Dios vivo, el Redentor del hombre, del Redentor del mundo.

2. ¡Dichosa tú, que has creído!

Son muchos los lugares en la tierra, desde los cuales, los hijos del pueblo de Dios, nacidos de la nueva Alianza, te repiten a porfía las palabras de esta bienaventuranza: "Bendita tu eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre; ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? (*Lc* 1, 42-43).

Y uno de esos lugares, que tú has querido visitar, como la casa de Isabel, es este: el santuario mariano del Pueblo de Dios en tierra colombiana.

Aquí en Chiquinquirá quisiste, oh Madre, disponer para siempre tu morada. Durante cuatro siglos, tu presencia vigilante y valerosa, ha acompañado ininterrumpidamente a los mensajeros del Evangelio en estas tierras para hacer brotar en ellas, con la luz y la gracia de tu Hijo, la inmensa riqueza de la vida cristiana. Bien podemos repetir hoy, recordando palabras de mi venerado predecesor, el Papa Pío XII, que "Colombia es jardín mariano, entre cuyos santuarios domina, como sol entre las estrellas, Nuestra Señora de Chiquinquirá".

Amadísimos hermanos y hermanas: Al cumplirse el cuarto centenario de la Renovación de esta venerada imagen, me sumo gozosamente a vosotros en esta peregrinación de fe y de amor. He venido a este lugar a postrarme a los pies de la Virgen, deseoso de confortaros en la fe, esto es, en la verdad de Jesucristo, de la cual forma parte la verdad de María y la verdadera devoción hacia ella. Quiero también orar con vosotros por la paz y la prosperidad de esta amada Nación, ante aquélla que proclamáis Reina de la Paz y que con afecto filial invocáis como Reina de Colombia.

3. En mi peregrinación a este Santuario, quiero abrazar en mi saludo de fe y de amor a la Virgen, a todos cuantos estáis viviendo con vuestra presencia o en espíritu, estos momentos de gracia: en primer lugar a mis hermanos en el Episcopado, en particular, a los Pastores de la provincia eclesiástica de Tunja: los Obispos de Chiquinquirá, Duitama y Garagoa. Asimismo a las Autoridades, a los sacerdotes y seminaristas, a los religiosos y religiosas, a todo el Pueblo de Dios que en este Santuario de María se encuentra como en su propia casa, por ser casa de la Madre común. Mis manos se alargan, en aras de fervor mariano, para estrechar de modo singular en el mismo abrazo a todos vosotros, los campesinos, quienes a base de esfuerzo y de sudor cultiváis esta tierra, participando en el misterio de Dios, creador y providente: Dios que da la lluvia para que la tierra dé sus frutos (cf. *Sal* 85, 13).

Este, queridos amigos campesinos de Boyacá, es vuestro Santuario. También a vosotros os ha querido visitar la Virgen María; más aún, quiso quedarse entre vosotros y con todo el pueblo colombiano, como Madre llena de ternura, decidida a compartir sin desmayo vuestros sufrimientos y alegrías, dificultades y esperanzas. ¡Cuántas veces Ella, invocada con urgente necesidad ante esta imagen, ha dejado su Santuario para ir a remediar calamidades y penas de sus hijos, llevada por la misma premurosa caridad con que fue a visitar a Isabel!.

Y es así como de generación en generación y desde este Santuario, tan esmeradamente custodiado por la Orden Dominicana, sube a diario hasta el cielo su voz, haciéndose eco fiel de la vuestra: "Engrandece mi alma al Señor... porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso" (*Lc* 1, 46-49).

4. "Yo te bendigo, Padre... porque has revelado estas cosas a los pequeños" (*Mt* 11, 25). Estas palabras de Jesús brotan hoy espontáneamente de mi corazón al escuchar la tradición de la Renovación de esta imagen de Chiquinquirá, que a través de una devoción firme y sencilla, habéis conservado a lo largo de vuestra historia. Vuestra querida imagen, coronada el año 1919, fue proclamada Patrona de Colombia; y el pueblo colombiano quiso consagrarse a María para afianzar los lazos de afecto que lo unen a la Madre de Dios.

5. La devoción mariana, característica de toda la historia de Colombia, forma ya parte de vuestra alma nacional, es tesoro preciado de vuestra cultura. El amor a la Virgen María es a la vez garantía de unidad y de fe católica: "el Pueblo sabe que encuentra a María en la Iglesia católica" (Puebla, 284). Sí, Ella nos lleva a Jesús. Nos lo muestra como Maestro y Salvador; nos invita a meditar sus misterios y a vivirlos en nuestra propia experiencia.

Mostrándonos *el Rosario*, nos está anunciando a Cristo, nos descubre los misterios de su Humanidad, la gracia de la Redención, la victoria sobre la muerte y su gloriosa resurrección, el misterio de la Iglesia que nace en Pentecostés, la esperanza de la vida eterna y de la futura resurrección en el misterio de su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos. ¡Qué fuente inagotable de inspiración para la piedad cristiana, la contenida en el Santo Rosario! No dejéis de alimentar vuestra vida espiritual, queridos hermanos, con el rezo de esta oración mariana por excelencia.

María sigue siendo la Madre del Señor, la que lleva por los caminos del mundo, irradiando la salvación, a aquel que es el Emmanuel, el Dios con nosotros, el Dios cercano que ha venido a habitar en medio de los hombres (cf. *Jn* 1, 14).

6. Por eso María es la "estrella de la Evangelización", la que, con su bondad maternal, acerca a todos —y en especial a los humildes— a los más sublimes misterios de nuestra religión.

Bien lo sabéis vosotros, mis queridos campesinos, para quienes María es como la síntesis del Evangelio, la que ilumina vuestras vidas, da sentido al gozo y al dolor, os



infunde esperanza y os alienta en vuestras dificultades, mostrándoos a Cristo, el Salvador.

La sentís cercana porque es Madre, pero también porque ella "sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de El la salvación" (*Lumen gentium*, 55).

Pero además, con una intuición profunda, sabéis que en ella se cifran también las esperanzas de los pobres porque el canto de la Virgen es el anuncio profético del misterio de la salvación integral del hombre. "Ella nos muestra que es por la fe y en la fe, según su ejemplo, como el Pueblo de Dios llega a ser capaz de expresar en palabras y de traducir en su vida el misterio del deseo de salvación y sus dimensiones liberadoras en el plano de la existencia individual y social" (*Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación,* No. 97).

"El Señor derriba a los potentados de sus tronos y enaltece a los humildes" (cf. *Lc* 1, 52).

7. Guiados por esa fe sencilla y por esa esperanza sin límites con amor filial, vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, visitáis con frecuencia el Santuario de vuestra Madre.

Y hoy estáis aquí reunidos conmigo, Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, en esta común peregrinación jubilar.

Sí. Estamos. Y juntos gritamos a María: "*Bienaventurada tú, que has creído*".

Tu fe es incesantemente *la guía de nuestra fe*. El Espíritu Santo se vale de tí, oh sierva del Señor, para derramar sobre nosotros la gracia de la que fuiste llena con el anuncio del Angel.

Participamos en tu fe, María.

En el horizonte de nuestra vida —de esta vida nuestra, a veces difícil y llena de oscuridad— aparece una gran luz: Jesucristo tu Hijo, al que nos entregas con amor de madre. El profeta Isaías nos dice del Mesías en la primera lectura de esta celebración litúrgica: "Se llamará su nombre: Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la Paz" (*Is* 9, 5).

8. "Príncipe de la Paz... para dilatar el principado, con una paz sin límites... para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho" (*Is* 9, 5-6).

Con qué ardor deseamos que este poder salvador de Cristo penetre también los problemas de nuestro mundo, que penetre las acciones del hombre, las conciencias y los corazones, toda la vida moral de las personas, de las familias, de los ambientes, de la sociedad entera.

Con cuánto ardor anhelamos que el "*derecho y la justicia*" de que Cristo es portador, se *conviertan en piedra angular, en sólido principio* para afrontar y resolver en paz y concordia las diferencias y los problemas que hoy contraponen a los pueblos, a los grupos, a los individuos.

"La misericordia y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan" (*Sal* 85, 11).

El reinado de Cristo, al que ha abierto el camino el "fiat" de María, es la actuación del plan salvífico del Padre en la justicia y la paz; la paz nace de la justicia, esa justicia que tiene en Dios su principio firme y supremo. En Dios creador, que ha encomendado al hombre el dominio de la tierra y le ha fijado las leyes del respeto a sus hermanos, para que sean valorizados sus esfuerzos y retribuidos sus trabajos.

A este respecto, particular atención debe dispensarse al campesinado. Con su trabajo, hoy como ayer, los agricultores ofrecen a la sociedad unos bienes que son necesarios para su sustento. Por su dignidad como personas y por la labor que desarrollan ellos merecen que sus legítimos derechos sean tutelados, y que sean garantizadas las formas legales de acceso a la propiedad de la tierra, revisando aquellas situaciones objetivamente injustas a las que a veces muchos de ellos son sometidos, sobre todo en el caso de trabajadores agrícolas que "se ven obligados a cultivar la tierra de otros y son explotados por los latifundistas, sin la esperanza de llegar un día a la posesión ni siquiera de un pedazo mínimo de la tierra en propiedad" (*Laborem exercens,* No. 21).

9. Sed vosotros, queridos campesinos, por vuestra fe en Dios y por vuestra honradez, por vuestro trabajo y apoyados en adecuadas formas de asociación para defender vuestros derechos, los artífices incansables de un desarrollo integral que tenga el sello de vuestra propia humanidad y de vuestra concepción cristiana de la vida.

La devoción a la Virgen María, tan firmemente arraigada en vuestra genuina religiosidad, tan popular, no puede y no debe ser instrumentalizada por nadie; ni como freno a las exigencias de justicia y prosperidad que son propias de la dignidad de los hijos de Dios; ni como recurso para un proyecto puramente humano de liberación que muy pronto se revelaría ilusorio. La fe que los pobres ponen en Cristo y la esperanza de su Reino tienen como modelo y protectora a la Virgen María.

María, aceptando la voluntad del Padre, abre el camino de la salvación y hace posible que con la presencia del Reino de Dios se haga su voluntad en esta tierra así como ya se hace en el cielo. María, proclamando la fidelidad de Dios por todas las generaciones, asegura la victoria de los pobres y de los humildes, esa victoria que ya se refleja en su vida y por la cual todas las generaciones la llamarán bienaventurada (cf. *Lc* 1, 46-53).

10. *Te damos gracias*, santa Madre de Dios, por tu visitación. Hoy te damos gracias *por la visitación que desde hace cuatro siglos* sigues haciendo a esta tierra colombiana en tu santuario de Chiquinquirá.

Contigo, oh María, cantamos el "Magnificat" con ocasión de este jubileo: "Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador" (*Lc* 1, 46-47).

Te damos gracias por todas las generaciones que han pasado por este santuario y han experimentado el fortalecimiento de su fe, encontrando en él la reconciliación con Dios y el perdón de los pecados.

A Tí, Virgen María, confiamos los anhelos de renovación de nuestra humanidad, porque tú eres la mujer nueva, la imagen de la nueva creación y de la nueva humanidad.

Al celebrar el cuarto centenario de la renovación milagrosa de la imagen de la Virgen de Chiquinquirá, la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia nos invita, queridos hermanos, a una *profunda renovación espiritual*, a un esfuerzo por vivir con toda intensidad los compromisos de fidelidad del bautismo recibido, ahora va a hacer cinco siglos, por esta Nación que con razón se precia de llamarse *católica.*

Es una invitación, con palabras del apóstol San Pablo, "a renovar el espíritu de vuestra mente y a revestirnos del hombre nuevo creado según Dios, *en la justicia y santidad de la verdad*" (*Ef* 4, 23-24). *En la justicia de Dios* que renueva con su perdón los corazones para que de un corazón nuevo se irradien las obras nuevas de los hijos de la luz; *en la santidad* que tiene que ser distintivo de la comunidad eclesial y que se traduce en una vida moral y en un compromiso de servicio fraterno en plena coherencia con la voluntad del Señor; una renovación *en la verdad* de la conciencia, en la sinceridad de las relaciones sociales, en la transparencia evangélica del modo de ser y de comprometerse.

La Virgen María invita hoy a todos sus hijos de Colombia, como en otro tiempo en Caná de Galilea, a escuchar a su Hijo: "*Haced lo que él os diga*" (*Jn* 2, 5). En el Evangelio de Jesús está el programa de una renovación personal, comunitaria, social que asegura la justicia y la paz entre todos los hermanos de esta noble nación.

11. *¡Renovaos en la verdad de Cristo! ¡Renovaos en el Espíritu de Cristo!* ¡Para que podáis reflejar esa imagen de la nueva humanidad que os promete María al ofreceros a Cristo, el Hombre nuevo, el Salvador y Redentor del hombre, el Príncipe de la Paz! Así, el canto de María será también vuestro canto de acción de gracias porque el Poderoso ha hecho maravillas en la Iglesia de Colombia, en toda vuestra patria, proyectándola hacia un nuevo compromiso de evangelización y de testimonio misionero en América Latina y en el mundo entero.

Junto a Tí, oh María, nuestra alma engrandece al Señor que ha hecho grandes cosas en tí y también en nosotros, por tu mediación, por tu intercesión ante tu Hijo, por tu maternal protección.

Glorifiquemos a Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo:

Su salvación está ya cerca de sus fieles
y su gloria habita ya en nuestra tierra (cf. *Sal* 85, 10).

PLEGARIA Y CONSAGRACION A LA VIRGEN DEL ROSARIO DE CHIQUINQUIRA

CHIQUINQUIRA (03.07.1986)

BASILICA DE N. SRA. DE CHIQUINQUIRA

1. ¡*Dios te salve, María*!
Te saludamos con el Angel: Llena de Gracia.
El Señor está contigo (cf. *Lc* 1, 28).
Te saludamos con Isabel: ¡Bendita tú entre las mujeres,
y bendito el fruto de tu vientre! ¡Feliz porque has creído a las promesas divinas! (cf. *Lc* 1, 42-45).
Te saludamos con las palabras del Evangelio: Feliz porque has escuchado la palabra de Dios y la has cumplido (cf. *Lc* 12, 27).

2. ¡*Tú eres la llena de gracia*!
Te alabamos, Hija predilecta del Padre.
Te bendecimos, Madre del Verbo divino.
Te veneramos, sagrario del Espíritu Santo.
Te invocamos, Madre y Modelo de toda la Iglesia.
Te contemplamos, imagen realizada de las esperanzas de toda la humanidad.

3. ¡*El Señor está contigo*!
Tú eres la Virgen de la Anunciación,
el Sí de la humanidad entera al misterio de la salvación.
Tú eres la Hija de Sión y el Arca de la nueva Alianza en el misterio de la visitación.
Tú eres la Madre de Jesús, nacido en Belén,
la que lo mostraste a los sencillos pastores
y a los sabios de Oriente.

Tú eres la Madre que ofrece a su Hijo en el templo,
lo acompaña hasta Egipto, lo conduce a Nazaret.
Virgen de los caminos de Jesús, de la vida oculta y del milagro de Caná.
Madre Dolorosa del Calvario y Virgen gozosa de la Resurrección.
Tú eres la Madre de los discípulos de Jesús en la espera y en el gozo de Pentecostés.

4. Bendita porque creíste en la Palabra del Señor,
porque esperaste en sus promesas,

porque fuiste perfecta en el amor.
Bendita por tu caridad premurosa con Isabel,
por tu bondad materna en Belén,
por tu fortaleza en la persecución,
por tu perseverancia en la búsqueda de Jesús en el templo,
por tu vida sencilla en Nazaret
por tu intercesión en Caná,
por tu presencia maternal junto a la Cruz,
por tu fidelidad en la espera de la Resurrección,
por tu oración asidua en Pentecostés.
Bendita eres por la gloria de tu Asunción a los cielos
por tu materna protección sobre la Iglesia
por tu constante intercesión por toda la Humanidad.

5. ¡*Santa María, Madre de Dios*!
Queremos consagrarnos a tí.
Porque eres Madre de Dios y Madre nuestra.
Porque tu Hijo Jesús nos confió a todos a tí.
Porque has querido ser Madre de esta Iglesia de Colombia y has puesto aquí en Chiquinquirá tu Santuario.
Nos consagramos a tí todos los que hemos venido a visitarte en esta celebración solemne de los cuatrocientos años de la renovación de tu imagen.
Te consagro toda la Iglesia de Colombia, con sus Pastores y sus fieles:
Los Obispos, que a imitación del Buen Pastor
velan por el pueblo que les ha sido encomendado.
Los sacerdotes, que han sido ungidos por el Espíritu.
Los religiosos y religiosas, que ofrendan su vida por el Reino de Cristo.
Los seminaristas, que han acogido la llamada del Señor.
Los esposos cristianos en la unidad e indisolubilidad de su amor con sus familias.
Los seglares comprometidos en el apostolado.
Los jóvenes que anhelan una sociedad nueva.
Los niños que merecen un mundo más pacífico y humano.
Los enfermos, los pobres, los encarcelados, los perseguidos, los huérfanos, los desesperados, los moribundos.
Te consagro toda esta nación de Colombia de la que eres,
Virgen de Chiquinquirá, Patrona y Reina.
Que resplandezcan en sus instituciones los valores del Evangelio.

6. ¡*Ruega por nosotros pecadores*!
Madre de la Iglesia, bajo tu patrocinio nos acogemos
y a tu inspiración nos encomendamos.
Te pedimos por la Iglesia de Colombia,
para que sea fiel en la pureza de la fe,
en la firmeza de la esperanza,
en el fuego de la caridad,
en la disponibilidad apostólica y misionera,
en el compromiso por promover la justicia y la paz
entre los hijos de esta tierra bendita.
Te suplicamos que toda la Iglesia de Latinoamérica
se mantenga siempre en perfecta comunión de fe y de amor,
unida a la Sede de Pedro con estrechos vínculos de obediencia y de caridad.
Te encomendamos la fecundidad de la nueva evangelización,

la fidelidad en el amor de preferencia por los pobres
y la formación cristiana de los jóvenes,
el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas,
la generosidad de los que se consagran a la misión,
la unidad y la santidad de todas las familias.

7. "*Ahora y en la hora de nuestra muerte*"
¡Virgen del Rosario, Reina de Colombia, Madre nuestra!
Ruega por nosotros *ahora*.
Concédenos el don inestimable de la paz,
la superación de todos los odios y rencores,
la reconciliación de todos los hermanos.
Que cese la violencia y la guerrilla.
Que progrese y se consolide el diálogo y se inaugure una convivencia pacífica.
Que se abran nuevos caminos de justicia y de prosperidad.
Te lo pedimos a tí a quien invocamos como Reina de la Paz.
¡*Ahora* y en la *hora de nuestra muerte*!
Te encomendamos a todas las víctimas de la injusticia y de la violencia
a todos los que han muerto en las catástrofes naturales,
a todos los que en la hora de la muerte acuden a tí como Madre y Patrona.
Sé para todos nosotros, Puerta del Cielo,
vida, dulzura y esperanza,
para que juntos podamos contigo
glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
¡Amén!

CRISTO EN EL MUNDO DEL TRABAJO

BOGOTA (03.07.1986)

PARQUE "EL TUNAL"

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

1. Me siento feliz de hallarme entre vosotros, hombres y mujeres de Bogotá, que trabajáis en esta populosa metrópoli cuya vida pujante y cuyo crecimiento urbanístico depende en buena parte de vuestra acción laboriosa y tenaz. En este día, mi palabra quiere llegar a todos los trabajadores de Colombia, en la diversidad de profesiones y oficios, que se esfuerzan por construir una ciudad más humana, más acogedora para las personas y las familias, en la que se vaya afianzando la esperanza de un mañana mejor.

No necesito deciros cuán cerca estoy de vuestras alegrías y tristezas, de vuestros temores y esperanzas, porque mi corazón —lo sabéis muy bien— es al igual que el vuestro el corazón de un trabajador. Escuchando la parábola de los talentos, que acaba de ser proclamada, alzamos con confianza nuestra mirada hacia Cristo Jesús, quien con su propia actividad santificó el trabajo, y a quien habremos de rendir cuentas de los dones recibidos.

Entre vosotros habrá muchos que encuentran en el trabajo grandes satisfacciones. Un trabajo seguro, con un salario suficiente para poder sustentar la propia familia; felices de poder ofrecer a los hijos una mesa bien servida, en un hogar decente y acogedor, vestirlos bien, darles una buena educación con miras a un futuro mejor. Mostrad por ello siempre un corazón agradecido a Dios.

Habrá también no pocos con grandes dificultades. Me refiero a cuantos sufrís el dolor de ver a los hijos privados de lo necesario para su alimento, vestido, educación; o que vivís en la estrechez de un humilde cuarto, carentes de los servicios elementales, lejos de vuestros sitios de trabajo, un trabajo a veces mal remunerado e incierto; angustiados por la inseguridad del futuro. Y hay también, por desgracia, muchos de entre vosotros que sois víctimas del desempleo. Sufrís porque no tenéis trabajo, después de haberlo buscado inútilmente y a pesar de estar capacitados para ello. Me conmueven hondamente estas situaciones difíciles, las cuales van ligadas a toda una serie de factores que inciden en el complejo fenómeno del mundo laboral.

En mi encíclica "Laborem exercens" he considerado el trabajo humano como clave esencial de toda la cuestión social, ya que una solución gradual de la misma requiere de manera insoslayable una ma-

yor humanización del trabajo y de la vida del trabajador. Os invito, pues, en esta tarde, queridos hermanos trabajadores, a reflexionar juntos sobre algunos aspectos del trabajo humano desde la perspectiva del Evangelio, fuente de luz y esperanza, que ennoblece y dignifica toda actividad auténticamente humana.

Participación del hombre en la actividad creadora

2. En el plan de Dios, el trabajo constituye una dimensión fundamental de la persona. En efecto, por medio del trabajo el hombre participa en la obra del Creador a la vez que crece en su propio ser, se perfecciona y se realiza, sometiendo la materia a su servicio.

El hombre es pues responsable de todos los bienes que Dios le ha confiado desde el principio. Sois responsables también vosotros, hombres y mujeres de Colombia. El Creador se ha complacido en dotar próvidamente esta tierra vuestra de inmensos recursos. A vosotros os incumbe, por tanto, la responsabilidad de hacer que fructifiquen y que sirvan para el bienestar de todos. Nadie debe olvidar que los bienes que Dios ha confiado al hombre tienen *un destino universal* y, por consiguiente, no pueden ser patrimonio exclusivo de pocos, sean estos individuos, grupos o naciones. Por ello, quienes desempeñan la responsabilidad de administrar los bienes de la creación han de tener en cuenta —en conformidad con la voluntad divina— no sólo las propias necesidades, sino también las de todos los demás, de tal manera que nadie, pero sobre todo los más pobres, quede excluido del acceso a dichos bienes.

Necesitáis del trabajo para atender a las necesidades vitales. Pero mucho más que una necesidad biológica, el trabajo es una necesidad moral. El hombre se realiza mediante su actividad creadora; por ella percibe mejor su condición de imagen de Dios, dueño y señor de la creación; por el trabajo se hace más hombre. Por lo tanto, es preciso que el trabajo sea también un camino de liberación; hay que liberar el trabajo de todo aquello que impide el desarrollo del hombre como imagen de Dios. El trabajo debe siempre elevar a la persona en su dignidad y no degradarla jamás.

Puesto que el hombre ha menester del trabajo para su realización como tal, tiene derecho a él, esto es, a una ocupación digna que contribuya a su perfeccionamiento. Ya se vé cuán grave y central es el problema de que no haya puestos de trabajo para todos y de que, a pesar de vuestro empeño y capacitación profesional, no todos tengáis acceso a aquellos.

La solución de este gravísimo problema no es fácil, pero a encontrarla deben encaminarse las oportunas iniciativas de los poderes públicos y de las personas y entidades que puedan contribuir a crear puestos de trabajo que permitan a los desocupados encontrar un quehacer digno y justamente remunerado. Como indicó mi venerado predecesor el Papa Pablo VI en su discurso a la Conferencia Internacional del Trabajo, en 1969, es necesaria la "participación orgánica" de todas las fuerzas sociales y de todas las asociaciones empeñadas en hallar vías de solución a tan acuciantes problemas.

Particular atención por parte de los responsables deben merecer las cooperativas y las organizaciones de artesanos, que, con una ayuda suficiente en materia de créditos y de formación profesional, podrían dar una válida contribución a aliviar el grave problema del desempleo.

Conciencia de la dignidad del trabajo

3. Todos los que trabajáis para ganar el pan de cada día debéis alabar a Dios porque podéis hacerlo digna y honestamente. El trabajo, que lleva siempre el sello de la dignidad del hombre, no es superior o más digno porque sea objetivamente más importante o mejor remunerado; también los trabajos más humildes y fatigosos tie-

nen como distintivo propio la dignidad personal. En consecuencia, no olvidéis que la dignidad del trabajo depende no tanto de lo que se hace, cuanto de quien lo ejecute que, en el caso del hombre, es un ser espiritual, inteligente y libre. Por lo mismo, rechazad los trabajos que degradan al hombre o a la mujer, como son aquellos que son contrarios a la ley moral, o los que atentan contra la vida de las personas, incluidos los aún no nacidos.

Sobre la base firme de esta dignidad común a todos, la doctrina social de la Iglesia recuerda que la solidaridad es una exigencia prioritaria del amor y de la justicia. El hombre no puede encerrarse en su egoísmo, de espaldas a las necesidades de los demás o a los requerimientos de la sociedad, como enseña la reciente Instrucción sobre libertad cristiana y liberación; en efecto, "la doctrina social de la Iglesia se opone a todas las formas de individualismo social o político" (No. 73). Sí, amados trabajadores, todos los egoísmos, como el del siervo perezoso, del que nos habla la lectura del Evangelio, son síntoma de una fe debilitada o inexistente. La fe verdadera hace presente, en toda su urgencia y dramatismo, las exigencias del amor y de la justicia, como reconocimiento del derecho de la persona humana a ser más persona, a crecer individual y colectivamente en dignidad.

El *principio de solidaridad* requiere que los intereses particulares se sometan al interés general. Esto tiene valor en relación también con el trabajo y sus especiales circunstancias, tanto respecto a los niveles de remuneración, como respecto a la urgencia de crear nuevos puestos de trabajo o reconocer el derecho a los que ya lo tienen.

Distintas formas de trabajo

4. En la encíclica "Laborem exercens" quise referirme a toda la gama de la actividad humana en sus amplios y diversos sectores, que también vosotros representáis en la sociedad colombiana. Deseo ahora dirigirme, de modo particular, *a los campesinos*, a quienes la Iglesia dedica una especial solicitud pastoral. Vosotros, hombres y mujeres del campo, cumplís cabalmente el mandato del Señor de someter la tierra, extrayendo de ella los bienes necesarios para el sustento de todos. Cuántos de vosotros pasáis la vida en el duro trabajo de los campos con salarios insuficientes, sin la esperanza de conseguir un mínimo pedazo de tierra en propiedad y sin que lleguen a vosotros los beneficios de una reforma agraria debidamente programada, audaz y efectiva. Y los que sóis pequeños propietarios, cuántas dificultades tenéis que afrontar para obtener créditos suficientes, a tiempo y con intereses moderados, ¡cuánta inseguridad de las cosechas y riesgos para la vida misma o la integridad personal! Mas estos problemas se agravan aún más cuando a los campos llega también el flagelo del desempleo.

Os asalta entonces la tentación seductora de la ciudad, en la que no raras veces, por desgracia, os veis obligados a aceptar condiciones de vida todavía más deshumanizantes. Esta no es la solución. Con la colaboración solidaria de todos, animada de espíritu cristiano, con el apoyo de las instancias intermedias y con la necesaria ayuda de los organismos del Estado, es urgente propiciar la creación y funcionamiento eficaz de estructuras organizativas que, inspiradas por una voluntad de servicio y libres de toda influencia que distorsione su finalidad, se consagren a la búsqueda y puesta en práctica de formas de defensa, tutela y acompañamiento del mundo campesino, y a impulsar la prestación de mejores servicios de educación, vivienda, salud, seguridad, etc.

También vuestra labor, hombres y mujeres de la industria, de la construcción, del comercio, de los servicios, es objeto de la solicitud del Papa y merece una palabra de consideración y de estímulo. Muchos de vosotros estáis organizados en sindicatos, y siento singular complacencia porque aquí, en Colombia, generaciones de

líderes sindicales se han formado en el seno de la Iglesia, lo cual comporta particulares exigencias de compromiso cristiano para llevar el "Evangelio del trabajo" al mundo obrero y trabajador.

La doctrina social de la Iglesia al servicio del hombre

5. A este respecto, deseo alentaros vivamente a profundizar en el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia y a poner toda vuestra confianza en sus orientaciones, las cuales no buscan otra cosa que el bien de cada uno en particular y de la sociedad en su conjunto; así como la dignificación de vuestras personas y de vuestra actividad; el reconocimiento de vuestros legítimos derechos y obligaciones; el justo salario como verificación concreta de la justicia del sistema socio-económico, mediante el cual podéis acceder a los bienes que el Creador ha destinado para todos; la necesaria armonía y colaboración entre el capital y el trabajo y otros muchos aspectos que propician la justicia social y el bien común, en orden al progreso integral, material y espiritual, económico y social, personal y comunitario de todos los miembros de la sociedad.

La doctrina social de la Iglesia inspira la praxis cristiana en su noble lucha por la justicia, pero *excluye*, porque es extraña al Evangelio, *la lucha programada de clases* que conduce a nuevas formas de servidumbre. Dicha doctrina social enseña que no deben darse odiosas discriminaciones en cuanto al trabajo que pueden realizar hombres y mujeres, y a su justa remuneración. Pero enseña igualmente que un justo salario familiar debe permitir a la mujer que es madre dedicarse a sus insustituibles tareas de cuidado y educación de los hijos, sin que se vea obligada a buscar fuera de su casa una remuneración complementaria con perjuicio de las funciones maternas, que deben ser socialmente revalorizadas en bien de la familia y de la misma sociedad.

Bien sabéis que en vuestro país muchos niños se ven obligados a trabajar desde muy temprana edad para ayudar con sus modestos ingresos a su propio sostenimiento y al de su familia. Muchos de estos trabajos, realizados en condiciones físicas y morales poco saludables, perjudican y obstaculizan su instrucción y formación física, psicológica y moral. Es urgente que encontréis caminos de solución a tan grave problema.

Espiritualidad del trabajo

6. Amados hermanos y hermanas. La Iglesia considera como deber propio pronunciarse sobre el trabajo desde el punto de vista de su valor humano y del orden moral. Por el trabajo podéis acercaros a Dios, Creador y Redentor, y participar en sus planes de salvación respecto al hombre y al mundo. En unión de Cristo, que pasó la mayor parte de su vida dedicado al trabajo manual en su humilde taller de carpintero siendo incluso conocido como "el carpintero" (cf. *Mc* 6, 3), podéis contribuir al bien de vuestras familias y de los demás miembros de la sociedad, y hacer que con vuestros esfuerzos se desarrolle cada día mejor la obra del Creador.

Dios, como el señor de la parábola que hemos escuchado, nos ha confiado un cierto número de "talentos" que hay que hacer fructificar. Son, en primer lugar, los "talentos" de la gracia divina en orden a alcanzar la vida eterna; los "talentos" de la inteligencia, de las virtudes, de las energías para desempeñar con honestidad y competencia nuestro trabajo. Por otra parte, la Sagrada Escritura, junto a la necesidad del trabajo, enseña también la necesidad del descanso. Mi venerado predecesor el Papa Juan XXIII recordaba cómo el descanso constituye un derecho y una necesidad (*Mater et Magistra*, 220 ss.). Aprended a descansar en beneficio del cuerpo y del espíritu, de la honesta distracción y de la unidad de vuestras familias; y recordad especialmente que, como criaturas e hijos de Dios, como Pueblo de Dios, estamos urgidos a congregarnos cada domingo para celebrar en familia la Santa Misa. Cada día recibimos todo de

las manos de Dios; su providencia nos protege, su bondad nos ama, su misericordia nos perdona. ¿Cómo no reunirnos cada domingo para agradecer sus beneficios y pedir perdón de nuestras culpas, escuchar su Palabra, celebrar sus misterios y comer el Pan de los hijos, "el verdadero pan del Cielo" que el Padre nos da? (cf. *Jn* 6, 32). No despreciéis la invitación dominical a celebrar juntos la Eucarístia. Ella es fuente de inmensos beneficios espirituales. Y recordad que el domingo debe contribuir a la *unidad de la familia* y no a su disgregación. Desterrad de vosotros la terrible plaga de la embriaguez, que trae tantos males individuales, familiares y sociales, y vivid en amorosa fidelidad a vuestros hogares.

Cristo, como vosotros, pertenece al mundo del trabajo. Trabajando, Jesús es para nosotros el más elocuente "Evangelio del Trabajo". ¿No es realmente consolador, y motivo de estímulo y aliento, contemplar al Hijo de Dios hecho hombre que gana el sustento con el trabajo de sus manos? El, siendo Dios, "se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo" (*Fil* 2, 7) para redimir el trabajo desde dentro.

7. Haced de vuestra vida de trabajo no sólo un medio de subsistencia y un instrumento de servicio, sino un *camino de perfección*: todo trabajo entraña una fatiga, que unida a la Pasión de Cristo, Redentor del hombre, se hace salvadora para cada uno y para todos. "Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús dando gracias por su medio a Dios Padre" (*Col* 3, 17). De esta manera podréis también vosotros, como los siervos buenos y fieles de la parábola del Evangelio que hemos escuchado, entrar en el gozo del Señor, porque hicistéis fructificar los "talentos" con que Dios os ha enriquecido.

A vosotros, hombres y mujeres del mundo del trabajo aquí presentes, a todos los trabajadores de Colombia y a sus familias, en particular a vuestros niños y a vuestros enfermos, imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

LA IGLESIA MISIONERA EN COLOMBIA

TUMACO (04.07.1986)

CANCHA "SAN JUDAS TADEO"

Queridos hermanos y hermanas:

1. La alegría que siento al encontrarme hoy en Tumaco la quiero expresar con un saludo afectuoso a todos los aquí presentes y a cuantos espiritualmente nos acompañan.

Saludo, en primer lugar, al Pastor de este Vicariato Apostólico de Tumaco y a los otros Pastores misioneros, que desde aquí hasta la Guajira, Casanare y la Amazonia edificáis, con celo apostólico y grandes sacrificios, la Iglesia de Cristo.

Saludo a los misioneros y misioneras, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, testigos abnegados y sembradores del Evangelio. Todos, queridos misioneros, estáis muy dentro de mi corazón y muy presentes en mis oraciones.

Saludo igualmente a los amados hijos, habitantes de Tumaco y de Nariño, del litoral, las islas y las orillas de los ríos. Vosotros, tan probados por la naturaleza con terremotos, marejadas e incendios, tan lejanos en la geografía y, a veces, sumidos en la pobreza; a vosotros os digo que sois muy amados por la Madre Iglesia y, en ella, por mí, que con profundo afecto he querido venir a veros.

En este mi saludo afectuoso quiero abrazar a toda la Colombia misionera, del pasado, del presente y del futuro. Quiero también dejaros un mensaje que sea un programa misionero, como continuación del "sígueme" evangélico, pronunciado por Jesús para todos y cada uno de vosotros, pero especialmente para los que han querido, quieren y querrán dedicar su vida al anuncio del Evangelio.

2. Con cuánta actualidad resuenan las palabras del Maestro en esta hermosa costa colombiana. Jesús, dirigiéndose a los discípulos, como hemos escuchado en el Evangelio de San Juan, les dice: "¿qué buscais?" (*Jn* 1, 38).

La humanidad busca, de muchas maneras, a Dios. Tiene sed de salvación. Desea la verdadera felicidad, la verdadera libertad. Como la tierra necesita la lluvia, el mundo



tiene necesidad del Evangelio, de la Buena Nueva de Jesús. La historia toda se orienta hacia Cristo, hacia su verdad, que nos hace libres (cf. *Jn* 8, 32). El Espíritu Santo conduce a los pueblos hacia el Señor. "El es la fuente del valor, de la audacia y del heroísmo: 'donde está el Espíritu del Señor está la libertad' (*2 Cor* 3, 17)" (*Libertatis conscientia*, 4).

Los hombres, a veces entre dudas y sombras, buscan al Mesías, el único capaz de iluminar la vida y la historia porque él es la luz del mundo (cf. *Jn* 8, 12).

La Iglesia fundada por Jesucristo tiene como misión esencial hacer que esta luz llegue hasta los extremos del orbe. Por eso la Iglesia es evangelizadora y misionera: "Id, pues, enseñad a todas las gentes" (*Mt* 28, 19).

3. En este encuentro con la Iglesia misionera de Colombia ¿cómo no recordar que, dentro de poco, el Nuevo Mundo cumplirá *quinientos años de evangelización*? La evangelización de este continente constituye el testimonio de una Iglesia universal, unida y apostólica, que va agregando al Reino de Cristo a todos los pueblos, con su pluralidad de culturas y de valores humanos.

Nos podemos preguntar: ¿de dónde deriva esta preocupación permanente de la Iglesia por una evangelización sin fronteras?

Desde el comienzo de la narración evangélica, constatamos cómo todos los llamados a seguir a Cristo fueron llamados también a la evangelización: "Llamó a los que él

quiso... para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar" (*Mc* 1, 13-14). El "estar con él", característica del seguimiento vocacional (*Jn* 1, 39; 15, 27), se traduce espontáneamente en el anuncio: "hemos encontrado a Jesús de Nazaret" (*Jn* 1, 45).

Este encargo misionero corresponde principalmente a Pedro y a los demás Apóstoles, como principio de unidad y como estímulo de la responsabilidad misionera de todo el Pueblo de Dios: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación" (*Mc* 16, 15).

Los Apóstoles cumplieron su tarea misionera con toda fidelidad. A Pedro, el Señor le había confiado la misión de mantener la unidad, confirmando la fe de los demás Apóstoles (cf. *Lc* 22, 32; *Jn* 21, 15-17). Los sucesores del colegio apostólico han extendido incansablemente la fe, y los Papas, como sucesores de Pedro, la han confirmado y animado, defendido y propagado. Y aquí está con vosotros, queridos hermanos y hermanas, el Papa, sucesor de Pedro; para confirmaros en vuestra fe, en vuestra entrega total y en vuestra misión sin fronteras.

4. Recordar la historia de la evangelización de Colombia es, en nuestros días —ya al final del segundo milenio cristiano— estímulo a incrementar una labor imprescindible que será índice de vitalidad de la Iglesia en el futuro. Vuestra "hora misionera", la de Colombia y la de toda América Latina, es el compromiso de una herencia recibida.

Desde hace casi cinco siglos, mis predecesores se han prodigado ininterrumpidamente para que no faltaran misioneros que promovieran la evangelización de estos pueblos. Santa Marta, Cartagena, Popayán y Santa Fe de Bogotá fueron las primeras comunidades diocesanas, pujantes de vitalidad; gracias a sus celosos Pastores y a incansables misioneros, la semilla del Evangelio echó raíces muy pronto por las tierras que entonces se llamaban Nueva Granada. Bien podemos decir que la gracia divina obró aquí maravillas. Todavía hoy causan admiración las iniciativas pastorales emprendidas entonces —"doctrinas" reducciones y parroquias— para dar consistencia y ulterior aliento a la propagación de la fe. Con razón ha dicho el Concilio Vaticano II que en las Iglesias particulares "se encuentra y opera la verdadera Iglesia de Cristo" (*Christus Dominus*, 11).

Demostrando particular atención hacia los lugares más apartados, la Sede Apostólica encargó a Propaganda Fide algunos territorios, siendo el primero Casanare, encomendado al celo pastoral del santo Obispo Ezequiel Moreno, el cual vendría después a esta bendita tierra de San Andrés de Tumaco, Vicariato Apostólico desde hace veinticinco años. Vaya nuestra gratitud eclesial a las Ordenes religiosas que misionaron Nueva Granada, así como a las demás Congregaciones, Institutos y asociaciones que han desarrollado una labor incansable para la implantación y crecimiento de la Iglesia en los territorios misionales.

5. La historia de las misiones en Colombia ha sido grande y gloriosa. Mediante la labor educativa de los misioneros, la Iglesia ha realizado, al mismo tiempo, una inmensa obra cultural y ha llevado el sentido de Patria y de Nación hasta los límites del territorio colombiano, no siempre fáciles de alcanzar por otros agentes. Y si ha habido circunstancias históricas que más bien han sido obstáculos a la evangelización, la Iglesia ha sabido sufrir amando, avanzando con libertad en el anuncio del Evangelio, como ejemplo de la libertad y de la actitud de martirio que todo evangelizador debe adoptar: "No podemos dejar de hablar" (*Act* 4, 20).

Por esta costa de Nariño y del Cauca, desde la sede de Pasto, el Beato Ezequiel Moreno dedicó lo mejor de sus energías para anunciar el Reino de Cristo. Algunos territorios misionales se han convertido, en los últimos años, en iglesias diocesanas relativamente maduras, y hay misioneros, hijos e hijas de Colombia, que han salido ya para ayudar a otras Iglesias más necesitadas. Cabe esperar que crezca, cada día más, el ímpetu misionero, a lo cual contribuirá sin duda el *Tercer Congreso Misionero Latinoamericano* que se celebrará en vuestro País el año próximo.

Al recordar la historia de vuestra evangelización y de vuestra responsabilidad misionera, se deja oír de nuevo, en esta costa colombiana, el eco del "sígueme" de Jesús. Y yo vislumbro en vuestros rostros e intuyo en vuestros corazones, la misma respuesta de los primeros Apóstoles: "Siguieron a Jesús... se quedaron con él... Hemos encontrado al Mesías, Jesús de Nazaret" (*Jn* 1, 34-35).

Sólo a la luz de las palabras de Cristo se puede entender y cumplir el compromiso eclesial y misionero que subrayaron audazmente los obispos reunidos en Puebla el año 1979: "Ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras, 'ad gentes'. Debemos dar de nuestra pobreza" (*Puebla*, 368). Yo mismo, en aquella ocasión les había recordado la naturaleza misionera de la Iglesia: "Evangelizar es la misión esencial, la vocación propia, la identidad más profunda de la Iglesia a su vez evangelizada. Enviada por el Señor, ella envía a su vez a los evangelizadores a predicar... Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial" (*Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Puebla, 28 enero 1979, I 7).

Señal de la madurez de una Iglesia es sentirse cada día más misionera. Nosotros todos hemos escuchado el llamado del Señor que nos invita a seguirle para darle a conocer a los hermanos. A veces sentiremos la tentación de encerrarnos en nuestros propios problemas y necesidades, olvidando el campo sin fronteras de la redención y de la misión. "No obstante estas adversidades, la Iglesia reaviva siempre su inspiración más profunda, la que le viene directamente del Maestro: ¡A todo el mundo! ¡A toda creatura! ¡Hasta los confines de la tierra!" (*Evangelii nuntiandi*, 50).

Cuántos *jóvenes* sienten hoy el llamado fascinante de Cristo y se deciden a arriesgarlo todo por él! ¡Cuántas *familias* se ofrecen a evangelizar plenamente su círculo familiar de "iglesia doméstica" (cf. *Lumen gentium*, 11) y todo el ámbito de influencia en la sociedad humana y eclesial! Todos necesitan experimentar vivencialmente que la misión es el dinamismo operante de Cristo presente en la Iglesia. La Iglesia es signo "de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa. Ahora bien, es ante todo su misión y su condición de evangelizar lo que ella está llamada a continuar" (*Evangelii nuntiandi*, 15).

En efecto, la Iglesia que se siente unida a Cristo, no puede dejar de ser misionera; pues la vitalidad misionera brota espontáneamente del mismo ser de la Iglesia, como Cuerpo vivo de Cristo que tiende a difundirse a todos los lugares, culturas y tiempos.

A este cometido nos impulsa la presencia de Cristo resucitado, especialmente en la Eucaristía, que es "como la fuente y la culminación de toda la evangelización" (*Presbyterorum ordinis*, 5). Cuando somos y nos sentimos Iglesia, contamos con la fuerza del Espíritu Santo, que fue prometido y comunicado a la misma Iglesia, para que éste se abriera al mundo entero (cf. *Act* 1, 8; 13, 3ss; *Ad gentes*, 4).

Y ¿cómo no alegrarnos al ver aquí presentes a tantos grupos de cristianos que buscan una *auténtica renovación* a la luz de la Palabra de Dios y de la acción del Espíritu enviado por Jesús? Hoy todos queremos ver renovada nuestra Iglesia; pero no podemos olvidar que "la gracia de la renovación de las comunidades no puede crecer si no extiende cada uno los campos de la caridad hasta los últimos confines de la tierra, y no tiene por los que están lejos una preocupación semejante a la que siente por sus propios miembros" (*Ad gentes*, 37).

7. La Iglesia ha dedicado siempre sus mejores esfuerzos a la obra evangelizadora entre los *"indígenas"*, pero hay que recordar que están "habitualmente marginados de los bienes de la sociedad y, en algunos casos, o no evangelizados o evangelizados en forma insuficiente" (*Puebla*, 365). Personalmente, en mis viajes al continente latinoamericano, he hablado a ellos mismos o sobre su situación. La Iglesia no puede quedar en silencio ni pasiva ante la marginación de muchos de ellos; por esto los acompaña valiente y pacíficamente, como exige el Evangelio, en especial cuando se trata de defender sus legítimos derechos a sus propiedades, al trabajo, a la educación y participación en la vida pública del País. La evangelización de los indígenas enriquece a la Iglesia universal y a toda la humanidad, desde el punto de vista cultural, social y religioso. La obra misionera no es nunca destructora, sino de purificación y de construcción (cf. *Redemptor hominis*, 12; cf. *Ad gentes,* 11).

8. Finalmente, quiero insistir en el deber particular de todo creyente y de toda comunidad eclesial, de orar y sacrificarse por la obra misionera. *La oración y el sufrimiento cristiano* son imprescindibles para la evangelización. "Rogad al Señor de la mies" (*Mt* 9, 37), nos enseñó Cristo.

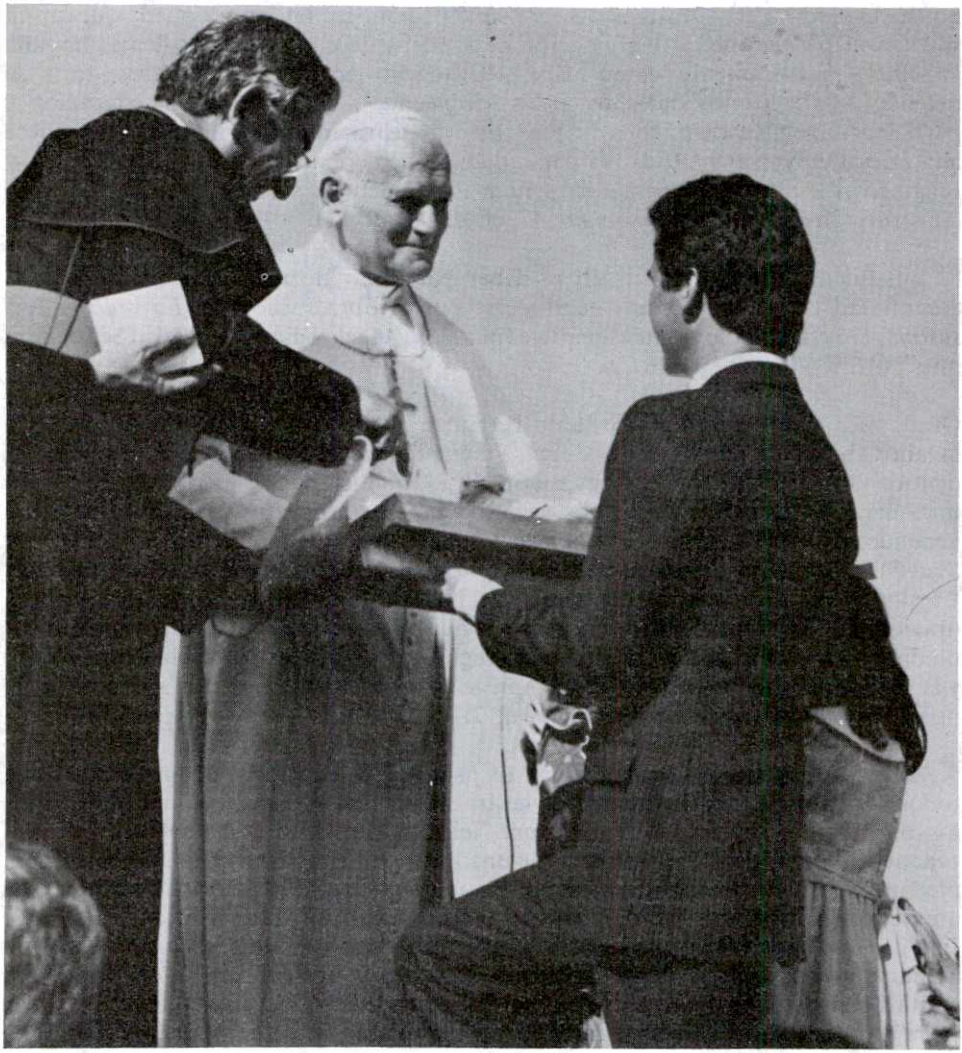
Orad, pues, todos, a ejemplo de Santa Teresa de Lisieux, patrona de las misiones, por la labor abnegada, muchas veces difícil, a menudo incomprendida, de los misioneros y de todos los agentes de la evangelización. Orad también por el trabajo de animación misionera en todo el Pueblo de Dios, ya desde la infancia, puesto que de esta animación depende el futuro de la propagación de la fe en todo el mundo. Orad asimismo por aquellas Iglesias que un día, mediante el envío de misioneros y recursos, hicieron nacer y ayudaron al crecimiento de las Iglesias del Nuevo Mundo, y hoy necesitan de vuestra oración ante Dios, para consolidar una vez más la esperanza y la caridad, sintiéndose unidas entre sí y plenas de vitalidad, para seguir siendo, con vosotros, la luz de mundo y la sal de la tierra. "La oración es siempre la voz de todos aquellos que aparentemente no tienen voz" (*Dominum et Vivificantem*, 65).

9. Amados misioneros y misioneras: Mis palabras van dirigidas de modo especial a todos vosotros que habéis entregado vuestras vidas para anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Os exhorto a ser siempre fieles a vuestra misión que es religiosa y evangélica. No cedáis a la tentación de una antropología estrecha que no entendiera plenamente la verdad sobre el hombre y que no respetara la prioridad absoluta del anuncio del Evangelio. Continuad vuestra obra educativa y asistencial, que es labor de Iglesia y que habéis realizado siempre en espíritu de progreso integral y de civilización plenamente humana, de modo especial con los más pobres y necesitados. Sabéis que contáis con el cariño y el aprecio de vuestras comunidades, servidas por vosotros con sacrificio y constancia: estad seguros de que el Papa, los Obispos y el pueblo colombiano os profesan profundo aprecio y gratitud.

El Cuarto Centenario de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá llene a los misioneros de Colombia de prontitud para anunciar el Evangelio de paz, a imitación de Ella que,

al concebir el Verbo de Dios en su seno, sale con premura para llevar a Cristo a los demás (cf. *Lc* 1, 39). Confiémosle a la Virgen Madre la labor misionera en Colombia, y de Colombia para el mundo; con Ella nuestra esperanza no desfallecerá y así las generaciones futuras podrán gozar, como todos nosotros, del privilegio de haber sido llamados, por la misericordia de Dios, a recibir la fe y, con ella, la exigencia de compartirla con todos los hermanos.

A todos los aquí presentes, vuestras familias, en particular a los enfermos, a los niños, a los que sufren, imparto de corazón, en prenda de abundantes gracias divinas, mi Bendición Apostólica.



HOMILIA: PIEDAD POPULAR. MISION DE LA IGLESIA CON LOS INDIGENAS

POPAYAN (04.07.1986)

CARRETERA PANAMERICANA

"GRACIA A VOSOTROS Y PAZ DE PARTE DE DIOS, NUESTRO PADRE Y DEL SEÑOR JESUCRISTO" (*Gál* 1, 3)

Amados hermanos y hermanas:

1. Venido desde Roma hasta vosotros, como *Peregrino y mensajero de Evangelización*, quiero en primer lugar saludar fraternalmente al Arzobispo de Popayán y a los Obispos de esta provincia eclesiástica: de Ipiales y de Pasto; así como a los Ordinarios de las diócesis del sur de Colombia; saludo afectuosamente a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles aquí congregados. Me uno también a todos para *dar gracias a Dios* y *alabar al Señor con alegría*: "A Dios den gracias los pueblos, alaben los pueblos a Dios" (*Sal* 66, 6).

Es hermoso y conmovedor escuchar hoy de vuestros labios este canto que seguramente llenó de fervor a vuestros antepasados. Sois en verdad un pueblo que, desde hace más de cuatro siglos, *celebra a Jesucristo, Maestro, Salvador y Redentor*, alabándole y dándole gracias.

Sé, hermanos queridísimos, que vosotros los indígenas aquí reunidos, pertenecéis a distintos grupos étnicos esparcidos por el vasto territorio de vuestra patria. A todos os saludo y, desde aquí, envío mi saludo junto con mi bendición a todos los nativos que, en los valles, en las montañas, en las veredas y en las orillas de los ríos colombianos me están escuchando, y les invito a *alabar y ensalzar conmigo las grandezas de Dios.*

De modo especial saludo a los indios paeces y guambianos:

"KIAY CUENTATE YUS TATA JESUCRISTO PA
MIPAKAUE IKUESH EUFINSEYA YUSIAK
ANYA UALA UECHANA UST
YATSKATE LUCHIAK NA KIUETE UESHYAK PUCHUICHA
KIA LUCHIAK NA KIUTE UESHYAK PUCHUICHA
KIA PACATE YUSYATA UENYICHA JICHA SELPINA USA"

"Kietii ñimún, kuayab, chigabénd inzhimanrrai, ñimui,
tius Masgáwain guentá,
Jesucristo ñimúi puaig, Nai Kasrákabig larr nuiikatán,
mai ñimún wetarrawá, saludanrrab, ñimúi asig patamisák
Kuíngucha, yu Colombia misaamerá razúnbé, mayeelán
peemái undakuinzhíb purugúmiikatán; nasia waínguentá
Naá ashíkabpé mundo arabá.

Mi gozo es inmenso al reunirme hoy con vosotros y poder saludar, en cada una de vuestras personas, a una porción del pueblo colombiano, que es objeto de amor preferencial y de servicio singular por parte de la Iglesia.

2. A la luz de la lectura del apóstol San Pablo, que hemos escuchado, quisiera, amados hermanos, celebrar hoy con vosotros esta unidad cristiana que tiene su fundamento en el Señor Jesús. Por esto deseo recordar brevemente las gracias que habéis recibido de Dios durante vuestra historia cristiana, lo cual ha de traducirse, por vuestra parte, en compromiso de respuesta generosa al Señor en este momento privilegiado y difícil de vuestro caminar actual como Iglesia, Cuerpo de Cristo y Pueblo de Dios.

En el año 1546 el Papa Pablo III creó ya este diócesis de Popayán, dando por así decirlo, forma canónica a la *gesta evangelizadora* realizada por intrépidos misioneros y celosos obispos en las primeras décadas que siguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo. Aquellos insignes evangelizadores sembraron aquí la *semilla de la fe*, enseñando la doctrina y las costumbres cristianas a un pueblo que se abrió generosamente a la Palabra de Dios y se incorporó a la Iglesia.

Desde el principio, la ciudad fue puesta bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Asunción, y la Virgen ha hecho de este lugar un terreno *fértil para el Evangelio*. Fértil espiritualmente en los tiempos pasados y fértil también ahora, puesto que en Popayán hay una comunidad eclesial muy viva y prometedora, llena de afanes apostólicos, en el campo de la juventud, de la educación, de la familia y de los servicios de caridad para con los más pobres. ¿No es éste un motivo singular para *dar gracias y alabar a Dios*?

3. Vuestra raigambre espiritual ha hecho de vosotros un pueblo fuerte, avezado a la prueba y al sufrimiento. ¿Cómo no recordar el último terremoto del 31 de marzo de 1983, día de Jueves Santo, que devastó gran parte de la ciudad y llenó de dolor a los habitantes de toda esta comarca? Entonces, como ahora, quise mostraros mi solidaridad y la de la Iglesia entera a fin de que aquel Jueves y Viernes Santo se transformaran por la Resurrección en nueva primavera de vida comunitaria sobre la base del mandamiento del amor.

Acabo de visitar la catedral, centro y símbolo de la Iglesia local. He orado en ella por vosotros y por vuestros seres queridos, y he pensado que los majestuosos muros de esta basílica, cuatro veces quebrantados por catástrofes sísmicas, son a la vez signo de la tragedia acaecida y presagio de un pujante resurgir, al que todos estáis generosamente entregados.

Que Dios os dé firme *esperanza* y que El vea vuestra *fortaleza* en esta dura tarea, pues "si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los constructores" (*Sal* 126, 1). Os acompaño con afecto de padre en vuestros afanes y deseo que mi presencia aquí sea *estímulo* para vuestra total reconstrucción espiritual, social y material, llevada a cabo con la mirada puesta en nuestro Padre que está en los cielos y que quiere ver vuestra

comunidad cristiana como una familia de hermanos que saben convivir y caminar unidos compartiendo generosamente sus bienes.

4. En vuestro pueblo y en toda la comarca sudoccidental de Colombia, gracias a la plurisecular evangelización, se encuentra una fe arraigada profundamente, que se expresa de manera eminente en extraordinarias *manifestaciones de religiosidad y de piedad popular*. También esto es expresión de la fe católica que ha marcado la identidad histórica y cultural de Colombia. Os aliento pues a perseverar en estas manifestaciones, que son una catequesis constante que estimula a una práctica religiosa más intensa y auténtica, reforzando los lazos de unión en el seno de la familia de los hijos de Dios. Una genuina piedad eucarística y mariana es garantía de profunda y sólida vida cristiana, que os defenderá también de ideologías ajenas al Evangelio.

Se puede decir que la piedad popular responde al acervo de valores con que la sabiduría cristiana y el sentido religioso de los fieles, sobre todo de la gente sencilla, afronta los grandes interrogantes de la existencia humana, bajo la luz de Dios Padre; orientándola hacia el reino de los cielos y esperando al desarrollo de la historia humana, según los designios salvíficos del Señor.

¡Que no disminuya vuestro aprecio por estas prácticas religiosas!

En ellas encontraréis una *síntesis vital* que fortalece la fe en todas las circunstancias de la vida, en la alegría, como en el dolor; que refleja sed de bien y comporta una fina sensibilidad ante los atributos divinos, como la paternidad y la providencia; que hace presente en nuestra existencia a Cristo Redentor y a su Santísima Madre; que ilumina el corazón y que robustece la vida nueva en el Espíritu; que da fuerza para la generosidad y el sacrificio; que engendra actitudes interiores de paciencia, amor a la cruz, valoración del sufrimiento, aceptación de los demás y desapego de las cosas terrenas; que confirman los sentimientos cívicos y patrios elevándolos hacia Dios, que une a los diversos sectores de la sociedad a través de las manifestaciones comunitarias y estrecha los vínculos de la comunidad eclesial, convirtiéndolos en una expresión de la catolicidad de la Iglesia.

5. Son estos algunos de los *grandes aspectos positivos* de la piedad popular, que mi venerado predecesor el Papa Pablo VI señaló en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (No. 48) y a los que se refiere también la reciente Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, sobre *libertad cristiana y liberación* (cf. No. 22). Esta fue también la enseñanza del Episcopado latinoamericano reunido en Puebla (cf. nn. 444-459).

La piedad popular debe ser instrumento de evangelización y de liberación cristiana integral; de esa liberación de que están sedientos los pueblos de América Latina, conscientes de que sólo Dios libera plenamente de las esclavitudes y de los signos de muerte presentes en nuestro tiempo (cf. *Dominum et Vivificantem*, 57).

Pero observamos, por otro lado, que una religiosidad popular mal concebida tiene sus límites y está expuesta a peligros de deformación o desviaciones. En efecto, si esta piedad quedara reducida solamente a meras manifestaciones externas, sin llegar a la profundidad de la fe y a los compromisos de caridad, podría favorecer la entrada de las sectas e incluso llevar a la magia, al fatalismo o a la opresión, con grandes peligros para la misma comunidad eclesial (cf. *Evangelii nuntiandi*, 48).

El llamado "catolicismo popular", la misma piedad popular, son realmente auténticos cuando reflejan la comunión universal de la Iglesia, con manifestaciones de una misma fe, un mismo Señor, un mismo Espíritu, un mismo Dios y Padre.

Os invito, pues, amados hermanos, sobre todo los que os habéis comprometido en las tareas catequísticas y apostólicas, a no cejar en vuestro empeño por evangelizar las masas, tal vez propensas a conformarse con un catolicismo débil o superficial; trabajad por revitalizar los movimientos apostólicos, renovando su espiritualidad, sus actitudes y sus líneas de acción misionera sin fronteras; por enriquecer las prácticas piadosas infundiéndoles auténtico espíritu bíblico y eclesial; por hacer que la liturgia —realizada siempre según las normas de la Iglesia— sea el centro y culmen de la vida comunitaria.

6. La vida del cristiano, que ha de ser un verdadero e ininterrumpido culto a Dios, tiene su manifestación más profunda y espléndida en *la caridad.* Nos lo inculca claramente san Pablo quien, al recordarnos que todos "somos un solo cuerpo en Cristo" (*Rom* 12, 5), pone de relieve las relaciones recíprocas que existen entre nosotros, y nos invita a amarnos "con amor fraternal", de forma que nos honremos "a porfía unos a otros" (cf. *Rom* 12, 19).

En este espíritu, mi mensaje de hoy desde Popayán se dirige a todo el Pueblo de Dios de la región sudoccidental, pero de modo particular a los queridos hijos e hijas de las comunidades indígenas aquí presentes, así como a todos los indios esparcidos por la amplia geografía de Colombia. Vosotros sois objeto de un *amor preferencial de la Iglesia* y ocupáis un puesto de privilegio en el corazón del Papa. Veo en vosotros la presencia de los aborígenes del inmenso continente americano, que hace cinco siglos se encontró con el continente europeo, formando con la fusión de razas y culturas, el rico panorama étnico del Nuevo Mundo (cf. *Puebla*, 409). Pero, sobre todo, veo en vosotros un signo especial de la presencia de Cristo, en su misterio de dolor y de resurrección. El Papa ha venido para honrar a Cristo que vive en vuestros corazones, en vuestras familias y en vuestro pueblo.

Con los indígenas del Cauca y de toda Colombia quiero agradecer a Dios el don de la fe, que hace ya casi cinco siglos ha arraigado fuertemente en vuestros corazones y en vuestras comunidades. Los misioneros procedentes de España os trajeron *el Mensaje salvador de Cristo* y os anunciaron la doctrina de Jesús según vuestros moldes culturales. En medio de grandes vicisitudes y dificultades, a veces también de incomprensiones, limitaciones o fallas, la tarea evangelizadora se llevó adelante con la ayuda de Dios. Siempre ha habido obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y también laicos catequistas, que llenos de gran sentido eclesial y de afecto hacia vosotros, dedicaron totalmente su vida a estar a vuestro lado, corriendo vuestra misma suerte para así poder atenderos espiritual y materialmente.

7. Con vuestra fidelidad constante a la fe profesada al recibir el bautismo y los demás sacramentos, con vuestra correspondencia a los dones recibidos, vosotros habéis enriquecido a la Iglesia universal. Sé que os mantenéis firmes en esta *fe católica*, resistiendo los embates de sectas o ideologías extrañas a vuestra idiosincrasia y a vuestra tradición. Sed siempre *fieles* a la Iglesia de Cristo, al mandamiento del amor fraterno y a la reconciliación. Esta es la consigna que hoy os da el Papa.

Sé también que lucháis por la defensa de vuestra cultura representada en vuestras lenguas, vuestras costumbres y estilo de vida; por la defensa de vuestra dignidad humana y también por la consecución de los derechos que os competen como ciudada-

nos. Que vuestra lucha esté siempre en la línea evangélica del amor a todos los demás hermanos y de acuerdo con las normas de la moral cristiana.

La Iglesia apoya estas aspiraciones vuestras; por esto *quiere, pide* y *se esfuerza* para que vuestras condiciones de vida sean cada vez mejores, de tal manera que podáis gozar de todas las oportunidades en el terreno de la educación, trabajo, salud, vivienda, etcétera, de las cuales gozan los demás ciudadanos colombianos. Por ello, mi predecesor el Papa Pablo VI, de feliz memoria, quiso que el fondo "Populorum Progressio", creado a raíz de su visita a Colombia en el año 1968, fuera íntegramente aplicado en favor de los campesinos indígenas, concretamente los del Cauca.

8. Que vuestro ordenamiento social, humano y cristiano se vea fortalecido cada día por vuestro propio empeño, sostenido por vuestros obispos, misioneros y líderes cristianos, que ya están surgiendo numerosos entre vosotros. Especialmente deseo y pido con insistencia al Señor que haga surgir de vuestras comunidades *nuevas vocaciones* al apostolado, a la vida consagrada, a los diversos ministerios y, de modo particular, al sacerdocio ministerial, para que podáis contar con *sacerdotes de vuestra misma sangre*.

Queridos hermanos y hermanas: Termino exhortándoos con las mismas palabras de san Pablo, que han inspirado este encuentro eclesial de oración, diálogo y amistad: "Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros" (*Rom* 12, 9).

Que la Virgen santísima, que, al comienzo de la evangelización del continente, en Guadalupe, manifestó su predilección por los indios en la persona de Juan Diego, y que la ha manifestado también en Chiquinquirá para los colombianos, os siga ayudando y protegiendo siempre como Madre bondadosa y solícita.

A todos los aquí presentes, a vuestras familias, a vuestros niños, ancianos, enfermos y a todos cuantos sufren, os bendigo de corazón.

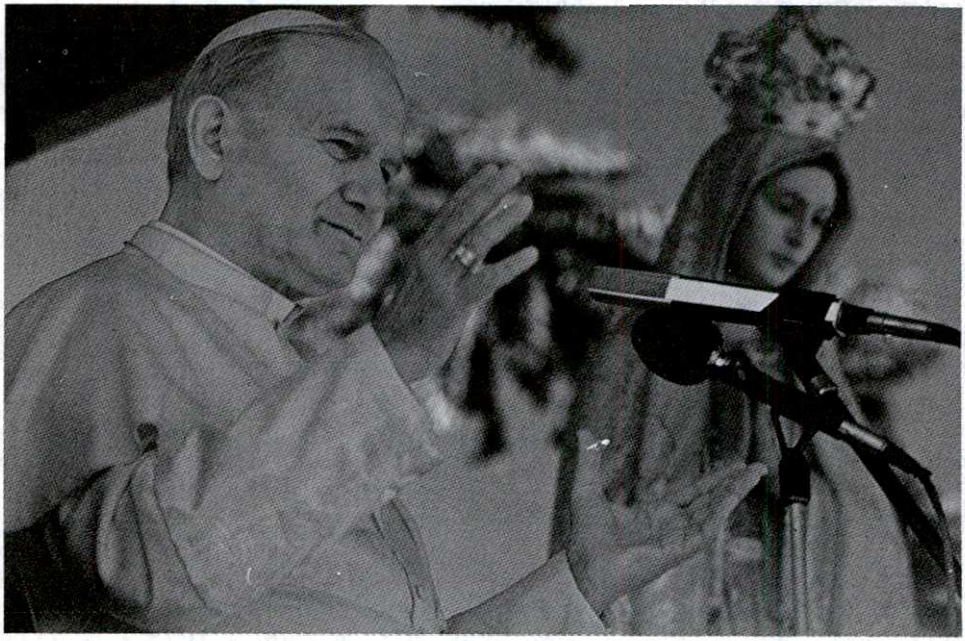
SANTA MISA Y CORONACION DE LA VIRGEN

CALI (04.07.1986)

ESTADIO DE LA UNIDAD DEPORTIVA PANAMERICANA

Amadísimos hijos e hijas:

1. Con inmensa alegría, la propia de un padre de familia que, en este maravilloso Valle del Cauca, se reúne con sus hijos, deseo celebrar con vosotros la fe común en Jesucristo resucitado; él está presente en vuestros corazones, en medio de vuestras familias, en todas vuestras tareas cotidianas.



Saludo con el abrazo de caridad fraterna al Arzobispo de Cali, así como a los Pastores de las diócesis de Palmira, Buga, Cartago, del Vicariato Apostólico de Buenaventura y de otras diócesis vecinas, junto con sus sacerdotes, religiosos y religiosas. Ante la venerada imagen de la Virgen de las Mercedes, madre vigilante y amorosa de esta tierra, saludo con afecto a todas las familias presentes y a las que están espiritualmente unidas con nosotros en esta celebración.

¡"Gustad y ved qué bueno es el Señor"! (*Sal* 33, 9).

Sí, el Señor ha sido de verdad bueno y generoso con esta tierra maravillosa, a la que ha dotado de abundantes bienes naturales; pero su liberalidad se ha prodigado aún más con vuestro pueblo renombrado por sus cualidades de gente trabajadora, servicial y bondadosa.

Mi presencia en esta ciudad de Santiago de Cali coincide con una celebración jubilar: la de sus 450 años de fundación. Con gran gozo me sumo a vosotros en esta celebración, coronando la imagen venerada de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de la ciudad. Ella ha sido signo de la misericordia de Dios para con sus habitantes y presencia maternal en la vida de sus gentes. Bien podemos decir con el alma rebosante de felicidad "La madre de Jesús estaba allí" (*Jn* 2, 1).

Es un hecho consolador para la Iglesia recordar ahora que esta ciudad, fundada bajo el amparo maternal de María, se ha ido desarrollando sobre la base de familias cristianas que tuvieron como ideal la unidad, la fidelidad, el servicio a los demás, el trabajo emprendedor. Es también una realidad que la familia, con todos sus valores e ideales, humanos y cristianos, contribuyó a formar la nacionalidad colombiana. Las raíces cristianas de la familia han penetrado profundamente y, ante el vendaval de la violencia, Colombia sigue manteniéndose firme gracias a la solidez que le da el núcleo familiar, como transmisor fidedigno de los valores humanos y de la fe cristiana.

2. "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (*Gén* 1, 26).

La liturgia de la palabra nos invita a contemplar, en sus albores, los "*comienzos*" *del hombre sobre la tierra*; primeramente en el pensamiento y en los designios de Dios, luego en la creación y finalmente en la bendición. Todos recordamos este relato maravilloso del libro de Génesis que nos muestra a Dios dando culmen a la obra de la creación.

Obedeciendo a su palabra, había desaparecido el caos inicial; la misma palabra divina había ido poniendo orden en el universo hasta poblarlo de lumbreras y de toda clase de seres vivientes. A continuación, como descorriendo un velo, he aquí que el autor sagrado sorprende, por así decirlo, al Creador en ese diálogo íntimo —vestigio revelador de la Familia divina—, con el cual pone broche final a la narración: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza".

Para seguir más de cerca el desarrollo de la narración y asimilar mejor su profundo significado, vamos a reflexionar juntos sobre los tres momentos que aparecen en el texto sagrado.

En primer lugar, amadísimos hermanos, el texto del Génesis presenta al hombre, a la humanidad, a todos nosotros, *dentro del pensamiento de Dios*, objeto de sus designios. Hemos sido hechos según un proyecto original, concebido en el seno de su sabiduría infinita: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (*Gén* 1, 26).

He aquí la razón más alta de la dignidad humana. Somos expresión del corazón de Dios vivo, revelación de sus eternos designios, que no son sino los de comunicar con el hombre, *hacernos imagen suya.*

Hombre y mujer, hechos a imagen divina, fueron pensados desde el principio para prolongar en el tiempo el diálogo de amor existente en el corazón de Dios y transmitir su palabra creadora, que es fuente de vida, al igual que —en glosa de Santo Tomás— la llama de una antorcha va propagando el fuego donde fue encendida (cf. *Summa contra gentes* 2, 46).

En un segundo momento, el autor del Génesis nos relata la *actuación del designio sobre el hombre*: "Creó Dios el hombre a su imagen; a imagen de Dios lo crea, varón y hembra los creó (*Gén* 1, 27). La institución de la comunidad conyugal, conforme al plan divino, es el primer brote, la expresión primera de la vocación del hombre sobre la tierra. La primera comunidad humana lleva en sí la vocación a la unión con Dios y a la comunión de personas. El amor de Dios tendrá de este modo su reflejo no en la soledad del hombre (cf. *Gén* 2, 19ss.) sino en su condición interpersonal, como una invitación al diálogo con Dios mismo y con los demás.

A tal fin, —y he aquí el tercer momento de la narración bíblica— desciende sobre hombre y mujer la bendición divina, *expresión y signo del amor que crea el bien y se goza en él*: "creced y multiplicáos, *dominad la tierra*" (*Gén* 1, 28).

Al dar su bendición, Dios, antes que la posesión de la tierra, promete a la pareja humana la fecundidad y le confiere la misión de procrear y propagar la semilla de la vida, como fruto y signo del amor conyugal. La misma fecundidad del amor, el bien de los esposos y de la prole, han de ser vistos a la luz del favor de Dios, como reflejo de la imagen divina y signo del crecimiento progresivo en la comunidad de vida: "ya no son dos, sino una sola carne" (*Mt* 19, 6). Y en el ocaso de aquel día, el más espléndido de la creación, el autor sagrado anota a modo de conclusión: "Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno" (*Gén* 1, 31).

En rápidas secuencias hemos contemplado tres momentos de la creación, tan ricos de enseñanza para nosotros. Antes que nada el hombre es *imagen de Dios*; hombre y mujer, comunidad de diálogo y de vida, son *semejanza* del mismo Dios; en la bendición divina la posesión y el dominio sobre las demás creaturas no prevalecen, sino que ceden la primacía a la comunidad de vida, el amor.

Sería bueno que repasáramos con frecuencia este primer pasaje bíblico hasta que calara hondamente en nuestra mente y quedase grabado en los corazones. Porque, si miramos a nuestro alrededor, observamos que por desgracia esa escala de valores establecida por Dios es invertida con harta frecuencia en nuestro mundo de hoy.

El Señor nos está recordando en este día: Todos somos semejantes a él; su amor al hombre nos hace semejantes a él; las demás criaturas han sido destinadas a nuestro servicio, por eso, anteponer las cosas al bien de nuestros semejantes constituye una verdadera ofensa a Dios creador.

3. La lectura del Evangelio de san Juan que hemos escuchado *es como un eco lejano de aquellos "comienzos"* del libro del Génesis. El evangelista nos narra que se celebraba una boda en Caná de Galilea: "*Estaba allí la madre de Jesús; fue invitado Jesús*, como también sus discípulos" (*Jn* 2, 1-2).

Con el corazón lleno de fe, habéis escuchado, familias de Colombia, este significativo pasaje del Evangelio. Fue precisamente en aquella ocasión cuando Jesús "dio comienzo" a sus señales, es decir, a los grandes prodigios con los que inauguraba los tiempos mesiánicos.

"El maestresala... probó el agua convertida en vino sin saber de donde venía...; entonces llamó al novio y le dijo:... te has guardado el vino bueno hasta ahora" (*Jn* 2, 9-10).

No es el joven de Caná el que ofrece el vino nuevo sino Jesús. San Juan, que nos habla en su Evangelio a través de símbolos, nos está diciendo que la boda de Caná es ante todo un signo, el primer signo de la nueva alianza, de la nueva comunión de vida entre Dios y los hombres. Jesús es el esposo que comienza a manifestar su gloria mediante la señal del vino. La madre de Jesús estaba allí y representa a la comunidad llamada a la alianza con Cristo esposo; representa a todo el pueblo de Dios, sobre cuyos miembros ejercerá, cuando llegue la hora, las funciones de madre. Jesús, pues, presente en Caná con su madre, *lleva a los nuevos esposos, la misma bendición que al principio fue dada por Dios al hombre y a la mujer*. El matrimonio, la familia, como el buen vino, ha de llevar el sello de la alianza única con Dios, de la *comunión fecunda e indisoluble en el amor*.

Con esta primera señal, el Señor nos invita también a nosotros a gustar este vino, esto es, *la verdad sobre la vocación* del hombre y la divina semilla que en éste se oculta; la verdad sobre los esposos, alianza de amor como mutua entrega entre dos personas, "que exige plena fidelidad conyugal y reclama su indisoluble unidad" (cf. *Familiaris consortio*, 20).

¿Dónde hallaremos ese vino bueno, ofrecido por el Señor a quienes han sido injertados en su familia? A esta pregunta podemos responder con San Agustín; "Cristo guardó hasta ahora su vino, es decir, su evangelio" (*In Jo. ev.* 9, 2; PL 1459). Nuestra bendición será, por tanto, la aceptación de la verdad de Cristo, y nuestra adhesión personal a él, capaz de obrar en nuestros corazones el gran prodigio de "ser hijos de Dios, por haber creído en él" (*Jn* 1, 12).

En conclusión, a esta página de Caná podríamos considerarla como una gramática indispensable, en la que encontráis resumido en pocas líneas el evangelio de los esposos: Cristo os ha bendecido y desea que seais felices. Cristo y su Madre esperan de todo matrimonio que sea manifestación de esa gloria divina que acompaña a los nacidos de Dios.

Así es, amadísimos esposos colombianos. Con la bendición de Cristo, en vuestros hogares, desde su "comienzo", estáis llamados a dilatar la morada del mismo Dios. Este es vuestro evangelio; esta es vuestra ennoblecedora misión, la cual, responsablemente asumida y santificada por el sacramento, os asemeja a la unión de Cristo y su Iglesia. Así lo dice usando expresiones certeras, san Pablo: "por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser (*Gén* 2, 24). Grande misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia" (*Ef* 5, 31).

"Haced lo que él os diga". Este suave toque de atención de María sea motivo de aliento para los matrimonios colombianos. La Nueva Eva, madre de los creyentes, quiere persuadiros a que abráis sin vacilar las puertas de vuestra mente y de vuestro corazón *al hálito definitivo* de Cristo y su Evangelio. La bendición divina inicial, recuperada para siempre por el esposo, Jesús "hecho semejante a nosotros" y obediente hasta la muerte

(cf. *Fil* 2, 7ss.), será fecunda verdad, si vosotros, semejantes a él, refrendáis la alianza de vuestra unión sacramental *con un servicio auténtico: de por vida, a la comunión con Dios.*

4. A impulsos del aliento salvífico de esta bendición, los hombres son llamados a hacer de su vida en la tierra un *servicio a la civilización del amor*, como nos ha dicho hoy san Pablo; "ceñíos el amor mutuo, que es el cinturón perfecto" (cf. *Col* 3, 14).

La función de la familia, es precisamente esta: consagrarse al servicio del amor y de la vida, y consiguientemente actuar en pro de la vida y del amor.

En efecto el matrimonio, en cuanto comunidad querida por Dios mismo (cf. *Familiaris consortio*, 11 c), no se agota en un mero intercambio del consentimiento con valor humano y jurídico. Tanto el matrimonio, como la familia que de él nace, es una realidad que hunde sus raíces en los designios de Dios, expresión de su amor y de su poder creador. De ahí que el hombre y la mujer, al unir para siempre sus vidas, concreción de su "ser a imagen de Dios", no pueden aprobar injerencias extrañas a su fe, que mermen las exigencias del pacto de amor conyugal, el cual, incluso públicamente, ha de ser único y exclusivo, si de veras se quiere vivir con plena fidelidad al designio del creador (cf. *Familiaris consortio*, 11).

Así como Dios se realiza en el amor recíproco de las tres Personas de la Santísima Trinidad, así también el matrimonio y la familia deben ser comunidad de amor entre los cónyuges y los hijos.

De un matrimonio, de una familia fuerte y unida, donde esté presente el amor cristiano en toda su riqueza (cf. *Col* 3, 16), cabe esperar una contribución efectiva a la civilización del amor: de un amor que tiene primariamente su expresión en el hogar, donde se vive como un solo corazón y una sola alma (cf. *Act* 2, 44); de un amor que es como el vino nuevo para la vocación de los esposos: Si todos están volcados en el amor, alimentado en la conversación con Dios y revestido de compasión, de bondad, de dulzura y longanimidad (cf. *Col* 3, 12), existirá también alegría serena, profunda y madura.

Se puede decir por tanto que, "desde el principio" y más aún en conformidad con el mensaje de Cristo, la familia ha sido querida por Dios para ser radicalmente una comunidad al servicio del amor y de la vida.

Este y no otro, hay que repetirlo, es el plan de Dios, que la Iglesia respeta y obedece, buscando por todos los medios fortalecer el amor y la unidad de la familia, en servicio a la vida, a la sociedad y sobre todo a la dignidad de los esposos y de sus hijos.

Como ya dije en mi *Exhortación apostólica sobre la misión de la familia cristiana en el mundo*, la familia cristiana está insertada de tal forma en el misterio de la Iglesia, que participa, a su manera como comunidad íntima de vida y de amor, en la misión de salvación que es propia de la Iglesia (*Familiaris consortio*, 49-50).

A su vez el matrimonio y la familia cristiana cumplen maravillosamente el designio de Dios, cuando se aprestan por sí mismos a sembrar y cultivar los valores del evangelio.

El hogar, la familia —Iglesia doméstica— han de ser también evangelizadores. En efecto, los esposos cristianos por su bautismo y confirmación y por la fuerza sacramen-

tal del matrimonio, tienen que transmitir la fe y llevar a la sociedad los valores que la transformen de acuerdo con el plan de Dios. Convencidos de que Cristo está presente en el hogar deben ser los más aptos evangelizadores de sus hijos a quienes transmitirán su propia experiencia de fe con la palabra, pero sobre todo con el testimonio diario de su vida de esposos, de miembros de la Iglesia y de la sociedad.

Padres de familia, vosotros debéis ser además los primeros catequistas y educadores de vuestros hijos, en el amor. Si no se aprende a amar y a orar en familia, difícilmente después se podrá superar este vacío. La vida y la fe de vuestros hijos son tesoros incalculables que el Señor ha puesto en vuestras manos responsables. Mostradles el camino del bien y acompañadlos para que en los momentos de dificultad o de crisis vuestra firmeza en la fe, vuestro testimonio cristiano sea para ellos referencia obligada que avive la llama de su fe y el amor que vosotros sembrasteis en sus corazones. La evangelización y la catequesis que los esposos realizan en el seno de su familia tiene que hacerse en comunión eclesial. Los padres de familia tienen derecho y esperan con justa razón rectas orientaciones de sus pastores en sus parroquias y comunidades mediante la predicación y una auténtica catequesis cristiana.

5. Cuanto acabamos de decir a propósito de ámbito familiar, hemos de referirlo asimismo, como repercusión, a todas las *demás formas de coexistencia y de convivencia entre los hombres.*

Cuando dice el Apóstol: "la paz de Cristo reine en vuestros corazones", estas palabras hemos de aplicarlas con no menor vigor doctrinal al corazón, al núcleo de toda asociación, movimiento o institución y en definitiva a la sociedad en cuanto tal.

Pero no olvidemos que todos estos círculos de personas, se nutren de la comunidad familiar, donde brota, se robustece y consolida la civilización del amor. Cuando la institución familiar cruje o se viene abajo, los vínculos de la solidaridad se aflojan, se fomenta la disgregación allí donde la armonía y la paz son el clima más propicio para el bien común y en conclusión las células básicas de la sociedad irán expandiendo su condición enfermiza a todo el organismo.

Si la paz de Cristo no reina en el corazón mismo de la familia y la sociedad, los pueblos no sólo pierden pujanza y lozanía, sino que también se va perdiendo el respeto a la vida y a la dignidad humana. Es algo que he querido recordar en mi reciente encíclica *Dominum et Vivificantem*: "Se hace cada vez más patente —decía— la grave situación de extensas regiones del planeta... Se trata de problemas que son no sólo económicos sino también y ante todo éticos. En el horizonte de nuestra época se vislumbran "signos de muerte" aún más sombríos; se ha difundido el uso... de quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte" (No. 57).

¡Madres colombianas! ¡Esposos responsables! defended siempre la vida. Recordad cómo Jesús quiso ser reconocido por Juan el Bautista que aún estaba en el vientre materno, se alegró y saltó de gozo ante su presencia en las entrañas virginales de María.

Esposos y padres de familia, defender la dignidad del amor es defender la sociedad. Atentan contra la familia las ideologías e instuticiones que sicológicamente o con cualquier otra forma de coacción presionan a la pareja e inducen a las personas a cegar las fuentes de la vida y a negarse a acoger con amor una nueva existencia.

La paternidad y la maternidad responsables son prueba de amor y de servicio a la paz y a la vida.

6. Amadísimos colombianos, si no nos decidimos a extirpar de nuestros corazones estas espinas punzantes, que ahogan en su propio germen el dinamismo de la vida, de la cultura y de la civilización, nuestra sociedad, la humanidad entera, se irá sumiendo en un progresivo entumecimiento de la conciencia de todos sus miembros e instituciones, deslumbrados sus ojos por engañosos modernismos o falsos progresos que niegan la verdad sobre el hombre y son propensos a ver en Dios un estorbo y no la fuente de liberación, la plenitud del bien. He ahí la falsa libertad que en vez de construir la paz y la civilización del amor engendra sólo amargura y desolación (cf. *Ibid.* 37-38).

7. La paz en los corazones forma parte del reinado de Cristo, que es también supremacía *de la verdad y de la justicia*: paz en los corazones que es también amor social, cuando logra eficazmente la concordia entre las personas, las familias y las instituciones.

Hombres y mujeres que me escucháis: todos juntos componéis la gran familia colombiana, deseosa de conseguir y disfrutar este bien insustituible, condición indispensable para defender y promover la vida en todos sus planos.

Esta querida comunidad ama —lo sé muy bien— desde sus entrañas la paz, imagen y efecto de la paz de Cristo, y se sacrifica por ella. Es esta una aspiración y una tarea, que no debe arredrar en vuestro ánimo, ni siquiera en momentos de desasosiego, de turbación o de amenaza para el orden social, internacional o mundial. ¿Se puede confiar juiciosamente —me pregunto— el bien de los hombres y de los pueblos, el progreso de la civilización, a iniciativa de personas o de grupos organizados que, por ejemplo pretenden implantar *sistemas* o *ideologías* que conllevan la violencia, perturban sistemáticamente el equilibrio social con *medios subversivos*, o también pretenden resolver las situaciones críticas por la vía breve del terrorismo o de la guerrilla?

Me consta, amadísimos míos, que vuestro corazón no ha estado, no está totalmente lejano de estas inquietudes; pero no es menos cierto que, merced a la guía sabia de vuestros Pastores y a la acción paciente y constante de los responsables de la administración pública —unos y otros en su propio campo—, se han ido consolidando sus apremiantes tareas, orientadas respectivamente a extender el reinado de Cristo y a "crear un orden político, social y económico que sirva mejor al hombre y que ayude a las personas y a los grupos a afirmar y desarrollar la propia dignidad" (*Gaudium et spes*, 9).

"La palabra de Cristo permanezca entre vosotros en toda su riqueza" (*Col* 3, 16).

Sí. La palabra de Cristo es rica. Sirve a la construcción y no a la destrucción, sirve a la justicia, al amor, a la paz y no al odio. Establece y corrobora los vínculos entre los hombres y no excava abismos entre ellos. Fomenta la unión y no la discordia.

Oremos para que esta *palabra de salvación* "permanezca" en vosotros con toda su riqueza: en vuestras familias, en vuestras comunidades, en todas las gentes que pueblan la Patria colombiana, en toda la humanidad.

¡Ojalá *permanezca* en vosotros esta palabra de salvación! ¡Que sea viva y operante! ¡que construya la "civilización del amor!"

Amados hermanos y hermanas:
"*Toda actividad vuestra, de palabra o de obra,*
hacedla en honor del Señor Jesús,
dando gracias a Dios Padre,
por medio de él" (*Col* 3, 17).
Así sea.

ENCUENTROS CON LOS NIÑOS

CALI (04.07.1986)

SEMINARIO

Amadísimos niños de Colombia:

—¿Amáis al Señor?
—¿Amáis a la Santísima Virgen, Nuestra Madre?
—¿Amáis a la Iglesia católica?
—¿Amáis a vuestro prójimo?

Me siento muy feliz de tener este encuentro con vosotros, que representáis a tantos miles de niños colombianos y, en particular, a los que pertenecen a la Infancia Misionera.

La alegría que habéis expresado al recibirme, muestra claramente con cuánto entusiasmo e ilusión habéis esperado este momento. ¿No es verdad? También yo he esperado y deseado este momento para estar con vosotros.

En Roma, donde vivo habitualmente, el encuentro con los niños en mis visitas a las parroquias es siempre un momento entrañable de alegría para mí.

Niños de Colombia, vuestra presencia en la Iglesia es importante. ¡Qué triste sería una Iglesia hecha sólo de personas mayores! ¡Qué vacío se sentiría en las parroquias y en las comunidades eclesiales sin los niños que frecuentan las catequesis, que cantan en las celebraciones y hacen sentir que la Iglesia es una familia verdadera, en la que todos —pequeños y grandes— son hijos de Dios!

Por eso el Señor, como sabemos por las narraciones del Evangelio, quiso tener cerca a los niños: "Dejad que los niños vengan a mí... porque de ellos es el Reino de los Cielos" (cf. *Mt* 19, 14). Sí, ciertamente, sois los amigos de Jesús y por lo tanto sois también los amigos del Papa Juan Pablo II.

Queridos niños de Colombia, vosotros representáis a todos los millones de niños de vuestra edad, y especialmente a los que pertenecen a la Infancia Misionera.

Es una alegría para el Papa saber que colaboráis con El en esa obra misionera que Jesús le ha encomendado para llevar el Evangelio a todo el mundo. Sí, sois mis colaboradores; mis pequeños-grandes colaboradores en la difusión del Evangelio.

Colaboráis conmigo porque os unís a las influencias misionales del Papa; ante todo con la oración; después con el buen comportamiento en vuestras casas y con vuestros compañeros; y también con las limosnas para las misiones, que son fruto de privaciones y sacrificios, donde vosotros no podéis llegar con vuestra palabra, llegáis con vuestra oración y vuestros sacrificios.

Sí. Esto es lo que yo espero de vosotros y de todos los niños de Colombia. Vosotros me acompañaréis con vuestra oración y yo por mi parte, llevaré vuestro saludo, vuestros deseos de paz y de fraternidad a todos los niños que constantemente encuentro en mis viajes apostólicos. ¿De acuerdo? Así vamos a formar una cadena de amor y de fraternidad que una a todas las personas y vamos a trabajar por la paz, esa paz que es aspiración de todos.

Vosotros sabéis que, por desgracia, tantos niños como vosotros viven el dolor de la guerra, la necesidad del hambre, el abandono de la orfandad. Y muchos, sobre todo, no conocen a Jesús, no saben que tienen en la Virgen María una Madre que vela por nosotros como veló por su Hijo Jesús cuando era Niño. También para ellos es la palabra del Evangelio y la familia universal de la Iglesia en la que vosotros os sentís como en vuestro propio hogar.

Queridos niños: Habéis dicho que amáis a Jesús, vuestro Amigo. Pues amadlo todavía más. Creced como él en edad, en sabiduría y en gracia (cf. *Lc* 2, 40). Decid con vuestras palabras, con vuestros cantos, con vuestra vida que El está vivo, que El está presente en la Iglesia.

Habéis dicho que amáis a la Virgen María. Pues invocadla siempre con amor rezándole el santo rosario.

Habéis dicho que amáis a la Iglesia. Pues amadla cada día más y permaneced siempre unidos a ella; pedidle al Señor por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Rezad todos los días por los misioneros y misioneras.

El Papa os ama tanto, queridos niños colombianos, que no querría marcharse, que se quedaría siempre con vosotros. Pero ya sabéis que en Jesús y en la Iglesia todos estamos unidos, que no hay distancias que nos separen. Rezad por mí y yo rezaré por vosotros. Recibid mi Bendición Apostólica, que de corazón extiendo a vuestras familias, a la Infancia Misionera y a todos los niños de Colombia.

PEREIRA. (05.07.1986)

BREVE SALUDO EN EL AEROPUERTO DE "MATECAÑA"

Amados hijos e hijas:

Vuestra presencia en este aeropuerto de "Matecaña" me llena de gozo pues veo en ello una manifestación de la fe cristiana que ha animado la vida de tantas generaciones en esta querida comarca colombiana.

Como Sucesor de Pedro, que confirma a sus hermanos en la fe (cf. *Lc* 22, 32) durante esta visita pastoral a vuestro querido país, os exhorto encarecidamente a que continuéis firmes en vuestra fidelidad a Cristo, nuestro Salvador, y a la Iglesia, nuestra Madre.

Que esta bella tierra, que ha sido bendecida por Dios con la riqueza de sus dones en sus fértiles cafetales, sea terreno fecundo donde la semilla del Evangelio produzca abundantes frutos de vida cristiana. Que vuestras familias, a ejemplo de la de Nazaret, sean iglesias domésticas en las que reine el amor y la paz, y donde se eduque a los hijos en la fe católica y en la práctica de las virtudes.

Mientras invoco sobre todos vosotros la protección de la Santísima Virgen, a la que tanto amáis, os imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

SALUDO A LA POBLACION Y ORACION EN SUFRAGIO POR LAS VICTIMAS DE CHINCHINA

CHINCHINA (05.07.1986)

EXPLANADA DE CENICAFE

Mis amados hijos en Cristo, el Señor:

1. Este encuentro con los damnificados por la tragedia que provocó el volcán Nevado del Ruiz, resulta para mí *especialmente conmovedor.*

Como el *samaritano del Evangelio* me acerco al mundo del sufrimiento, donde Jesús está presente de una manera especial; por eso, la Iglesia entera quiere hacerse también presente conmigo entre vosotros con su palabra de consuelo y esperanza, con su caridad materna y también, dentro de sus posibilidades, con su ayuda generosa.

Aquí, en vuestra misma tierra, marcada por la cruz de Cristo, quiero saludar y manifestar mi solidaridad, la solidaridad de todo el Pueblo de Dios, a las personas y a las familias que han padecido la muerte trágica de sus seres queridos, así como a los sobrevivientes que soportan la soledad, el desamparo, la pobreza. Al compartir, *como Padre y Pastor*, vuestra pena, os invito a transformar tan grandes sufrimientos en acto redentor, asociándoos a la pasión del Señor, con clara conciencia del *sentido cristiano* y del *valor salvífico del dolor.*

2. Saludo al Señor Presidente de la República, cuya presencia en este acto testimonia una vez más su interés por los damnificados. Saludo igualmente al Señor Gobernador y demás autoridades civiles y militares; todos ellos, al igual que otros muchos ciudadanos generosos, se han prodigado en atender a las víctimas, superando grandes dificultades.

Saludo fraternalmente al Pastor de esta iglesia local, al Señor Arzobispo de Manizales, a su presbiterio, religiosos, religiosas y apóstoles seglares, que con gran sentido evangélico, están siempre dispuestos a *socorrer, amar* y *ejercer la caridad*, sembrando la bondad y haciendo el bien.

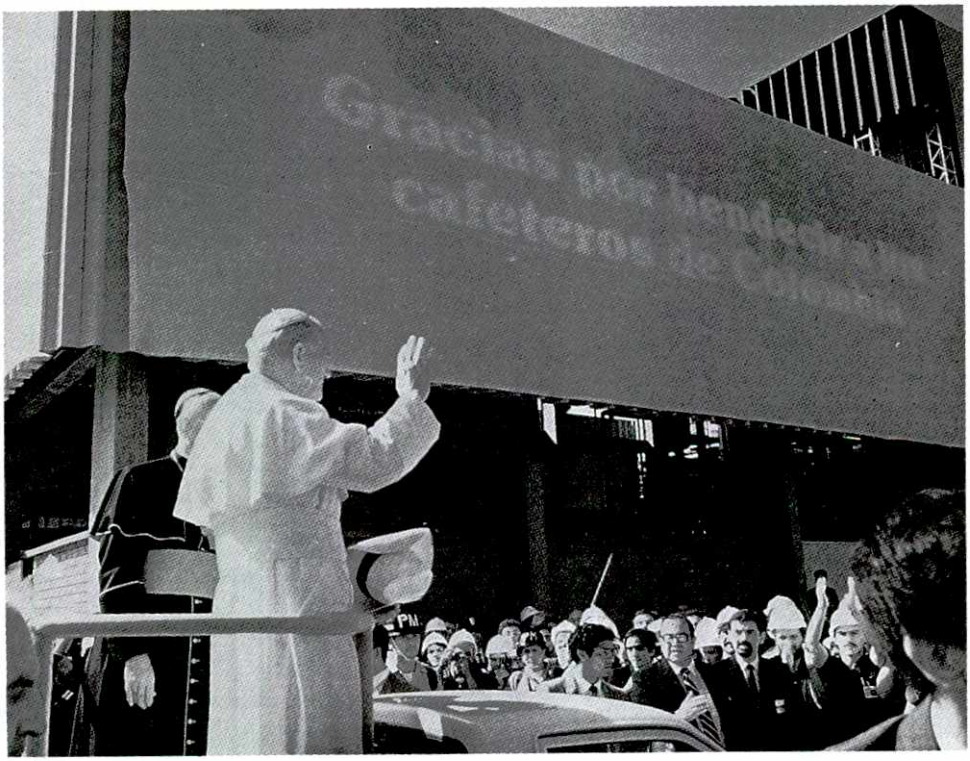
Que el Señor premie todos vuestros afanes, particularmente aquellos más ocultos, menos conocidos, que son a veces los más meritorios y eficaces.

En la hora de la tragedia quise enviar mi contribución para los damnificados y para la obra de recuperación. Aprovecho hoy esta ocasión para manifestar mi satisfacción por la admirable solidaridad universalmente mostrada por tantas personas e instituciones. De todo corazón bendigo las obras que se vienen realizando para solucionar las consecuencias de tan dolorosa calamidad.

3. Sé, por otra parte, que hay preocupación, zozobra e incluso angustia ante el peligro de que sobrevengan nuevas catástrofes. A la deseable y oportuna previsión, a la necesaria prudencia ante el riesgo y a las eficaces precauciones, hay que unir una gran *confianza en Dios* nuestro Padre. Como discípulos de Cristo, hemos de saber captar y leer el sentido que tienen para nosotros todos los acontecimientos, incluso los más tristes, en los que siempre está escrita una llamada del Señor en orden a la renovación y conversión.

4. Mirando hacia la ciudad de Manizales, colocada sobre la montaña, pienso en su raigambre cristiana y en su tradición cultural, que le dan una *vocación de altura moral y espiritual* para irradiar a los demás la luz que brota de su vigorosa herencia de fe.

Hay que mirar al pasado pero no para vivir únicamente de sus glorias, sino para encontrar en las propias raíces respuestas adecuadas a los retos de la historia en orden a *afrontar* y *superar*, con buena preparación religiosa y moral, con madurez y con valentía, los halagos del materialismo y del hedonismo, los peligros del secularismo y de las ideologías que siembran la división y el odio, y que hacen perder al hombre de hoy el sentido de Dios, y el sentido del pecado.



Defended la familia de la disolución y contaminaciones que la acechan; *defended la juventud* para que se conserve sana, generosa y abierta a Cristo, de forma que sea de verdad sangre nueva para forjar generaciones nuevas y para dar vida a un porvenir mejor, en el que domine la civilización de la paz, de la solidaridad y del amor.

Estas tierras, gracias a Dios, tienen en el cultivo del café uno de los grandes recursos de la economía nacional, un eje fundamental de la agricultura. Poned pues el mayor empeño en defender, organizar y promover este sector, para que sea fuente de bienestar colectivo y de progreso humano; y para que, al margen de cualquier explotación de personas o hegemonía de grupos, redunde en beneficio de todos, según los postulados de la anhelada *justicia social* que la Iglesia propone y propugna a la luz del Evangelio.

5. Queridos hijos de Chinchiná y Villamaría: ¡*Animo y confianza*!; queridos caldenses y manizaleños: ¡*Siempre adelante*!; que sigáis engrandeciendo a la patria con los más genuinos valores humanos y cristianos, según el ejemplo de vuestros antepasados, para acreditar así el presente e iluminar el porvenir.

En este Año Mariano Nacional, como prenda de mi afecto entrañable y como signo de esperanza para el futuro, os dejo la imagen coronada de Nuestra Madre del Rosario, a fin de que *Ella* obtenga de su divino Hijo, para toda esta hermosa región y para este noble pueblo caldense que la honra y exalta con amor, *paz, bienestar creciente, fe inquebrantable y coherente vida cristiana.*

Y ahora, como hijos que ponen en su Padre toda la confianza, dirijamos a Dios nuestra ferviente plegaria.

Oración en sufragio
por las víctimas de Chinchiná

1. Padre misericordioso, dueño de la vida y de la muerte.
Nuestro destino está en tus manos.
Míranos con bondad y gobierna nuestra existencia
con tu Providencia, llena de sabiduría y amor.
Ante las fuerzas de la naturaleza que aquí se
desbordaron, nos hemos sentido desvalidos.
Ante el misterio de tanta muerte y dolor de nuestros
hermanos, hemos quedado confundidos.
Por eso, Padre, nos dirigimos a Ti.

2. Aviva en nosotros, Señor; la luz de la fe para aceptar
el misterio de este dolor intenso,
y creer que tu amor es más fuerte que la muerte.
Mira, Señor, con bondad la aflicción de los que lloran
la muerte de sus seres queridos:
hijos, padres, hermanos, parientes, amigos.
Que sientan la presencia de Cristo
que consoló a la viuda de Naín
y a las hermanas de Lázaro,
porque El es la resurrección y la vida.
Que encuentren el consuelo del Espíritu,

la riqueza de tu amor, la esperanza de tu providencia
que abre caminos de renovación espiritual
y asegura a los que le aman un futuro mejor.

3. Ayúdanos a aprender de este misterio de dolor
que somos peregrinos en la tierra,
que hemos de estar preparados siempre,
porque la muerte puede llegar de improviso.
Recuérdanos que hemos de sembrar en la tierra
lo que recogeremos multiplicado en la gloria,
para que vivamos siempre mirándote a Ti,
Padre y Juez de vivos y muertos,
que al final nos juzgarás en el amor.

4. Te damos gracias, Padre, porque en la fe
el dolor nos acerca más a ti,
y en el crece la hermandad y la solidaridad
de todos los que abren el corazón al prójimo necesitado.
Desde este lugar que guarda
los restos mortales de tantos hermanos nuestros
escucha nuestra oración:
"Dales Señor, el descanso eterno
y brille para ellos la luz perpetua.
Descansen en paz".
Y a quienes seguimos viviendo,
peregrinos en este valle de lágrimas,
danos la esperanza de reunirnos contigo,
en tu casa paterna,
donde Tu Hijo Jesús nos ha preparado un lugar
y la Virgen María nos guía
hacia la comunión de los Santos.
Amén.

HOMILIA: FIDELIDAD A LA VOCACION SACERDOTAL

MEDELLIN (05.07.1986)

AEROPUERTO "OLAYA HERRERA"

1. Queridos hermanos en el sacerdocio de Cristo:

"No os llamo ya siervos... A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer" (*Jn* 15, 15).

Durante la celebración de la última Cena Jesucristo pronunció estas palabras, dirigidas a los Apóstoles, al instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, a la vez que les encargaba: "Haced esto en conmemoración mía" (*Lc* 22, 19).

Estas palabras están relacionadas de modo particular con la *vocación sacerdotal*: Cristo hace sacerdotes a los Apóstoles; *confiando en sus manos el sacramento de su cuerpo y de su sangre.* Este cuerpo que será ofrecido en la cruz, esta sangre que será derramada (ahora bajo las especies de pan y vino) constituyen la *Memoria* del sacrificio de la cruz de Cristo.

En el cenáculo, Cristo llama a los Apóstoles amigos porque les ha entregado su Cuerpo y su Sangre. Desde aquel momento, realizando sacramentalmente este sacrificio; debían obrar en su nombre, representándole personalmente, "*in persona Christi*".

2. En esto consiste la *grandeza esencial del sacerdocio ministerial*; del que hoy se os hará partícipes, por medio del sacramento del Orden, a vosotros, hijos de la Iglesia en Colombia, de la Iglesia en Medellín.

Es *un día muy importante* en vuestra vida y en la vida de esta Iglesia, a la que en esta ocasión *quiero saludar cordialmente.*

Saludo con cariño al pueblo cristiano que se ha reunido esta tarde en el aeropuerto "Olaya Herrera". Sois fieles, en gran mayoría, de la Provincia eclesiástica de Medellín: Antioquia, Jericó, Santa Rosa de Osos, Sonsón-Rionegro, y de otras circunscripciones vecinas. La nobleza cristiana de vuestros hogares —semillero de vocaciones sacerdotales y religiosas— y la profunda adhesión a la Iglesia, han sido características de esta querida región de Colombia.

3. La liturgia de este día nos muestra, de modo particularmente profundo, *la verdad sobre la vocación sacerdotal.* La vocación es ante todo *iniciativa del mismo Dios.* Continuamente Dios llama al sacerdocio a personas concretas como anteriormente llamó al Profeta. Es impresionante *la descripción que de esta llamada hace Jeremías:*

"Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía" (*Jer* 1, 5). El "conocer" de Dios es elección, llamada a participar en la realización de sus planes salvíficos. A la luz del misterio de la Encarnación, esta elección se relaciona estrechamente con Cristo Sacerdote: "Nos ha elegido en él antes de la creación del mundo" (*Ef* 1, 4).

"Antes que nacieses, te tenía consagrado" (*Jer* 1, 5). La consagración a Dios es dedicación plena, total, de por vida, a un encargo o misión, bajo la acción del Espíritu del Señor que unge y envía (*Is* 61, 1). Por la ordenación sagrada el sacerdote participa de la unción y misión de Cristo Sacerdote y Buen Pastor, "ungido y enviado por el Espíritu Santo para anunciar a los pobres la Buena Nueva" (*Lc* 4, 18).

De ahí que el compromiso del sacerdocio lleve el sello de lo eterno. Sóis consagrados para siempre. No es una decisión sujeta al vaivén del tiempo ni a las vicisitudes de la vida. Ni puede fundarse tampoco en sentimientos o emociones pasajeras. Implica; como el verdadero amor, la permanencia de la fidelidad. Sóis llamados a estar siempre con el Señor, a perpetuar día a día su amistad para moldearlos en su Corazón. Sólo a la luz de este amor comprenderéis y viviréis las exigencias evangélicas del sacerdocio ministerial. Vuestra juventud la habéis de poner plenamente y sin reserva al servicio de Cristo, para convertiros en instrumentos de salvación sin fronteras.

"No les tengas miedo" (*Jer* 1, 8) nos dice la primera lectura del profeta Jeremías. Ya no hay lugar para las dudas y los desalientos. "Estoy contigo" (*Jer* 1, 8) nos repite el profeta. La debilidad humana no es obstáculo cuando la sabemos reconocer y la ponemos fiel y confiadamente en las manos de Dios. Jesús resucitado subraya esta presencia: "Soy yo" (*Lc* 24, 38), "estaré con vosotros" (*Mt* 28, 20). Por esto es posible cumplir la misión del Señor: "adondequiera que yo te envíe, irás" (*Jer* 1, 7).

"Mira, he puesto mis palabras en tu boca" (*Jer* 1, 9). Son "palabras de vida eterna" (*Jn* 6, 68), que sostienen la generosidad del enviado y aseguran el fruto del apostolado, aunque sea a través del misterio de la cruz.

4. *¿Sería ilícito tener miedo a la palabra, a la llamada de Dios?* ¡No! Se puede temer la *debilidad humana*, pero la llamada que viene de Dios, nunca. Ella, de hecho, indica siempre un camino maravilloso: llama a una participación peculiar en "las grandes cosas de Dios". Conviene, por tanto, escuchar atentamente las palabras del Apóstol en la carta a los Efesios: "Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia" (*Ef* 4, 1-2).

Así pues, amadísimos hijos, pensad que el camino hacia la santidad sacerdotal y el apostolado es camino de pobreza bíblica. Cuando reconocemos la propia debilidad, entonces somos fuertes (cf. *2 Cor* 12, 10). Esta actitud de humildad, que es de autenticidad y verdad, os hará reconocer con gozo que la vocación sacerdotal es un don del Corazón de Cristo y una opción que llega al fondo del corazón y de la conciencia.

En la vocación sacerdotal se experimenta el contraste entre la fuerza y la santidad del Maestro que llama, y la fragilidad y pequeñez de quien es elegido. El temor ante la

sublimidad y la magnitud de la misión que se os encomienda, lo habréis experimentado ya vosotros; pero sentís también la seguridad y la alegría de saber que es Jesús quien os llama, que El estará siempre con vosotros y os dará las energías y la alegría para ser fieles a su servicio. El no abandona nunca a los suyos.

5. *La vocación sacerdotal es un don para la Iglesia.* En la Iglesia existen dones diferentes, como nos enseña el Apóstol: "A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida del don de Cristo" (*Ef* 4, 7). Todos estos dones diferentes constituyen una "parte" esencial e irrepetible de aquel "don de Cristo". En efecto, todas las gracias y carismas sirven conjuntamente "para edificar el Cuerpo de Cristo" (*Ef* 4, 12). Entre todos estos dones, el sacerdocio ministerial adquiere peculiar importancia.

Participamos de modo singular en el sacerdocio de Cristo. Aunque "todos hemos recibido de su plenitud" (*Jn* 1, 16), cada uno participa de este "don de Cristo" (*Ef* 4, 7) según las gracias o carismas particulares, siempre al servicio de la comunidad eclesial que es comunión de hermanos. La diversidad y la peculiaridad de los dones hay que reconocerla, amarla y vivirla, precisamente para construir el "único Cuerpo" de Cristo que es la Iglesia animada por "un solo Espíritu" (*Ef* 1, 4). En la medida en que améis gozosamente vuestro sacerdocio, os sentiréis llamados a apreciar, respetar, suscitar y cultivar los otros carismas de la comunidad eclesial, para construir el Cuerpo de Cristo hasta la perfección y la plenitud (cf. *Ef* 4, 12). La identidad sacerdotal es pues una realidad gozosa que se experimenta cuando amamos el don recibido para servir mejor a los demás, con la actitud de "dar la vida" como el Buen Pastor (*Jn* 10, 15).

6. Si la vocación sacerdotal es un don tan grande para la Iglesia, ello quiere decir que ya no os pertenecéis a vosotros mismos, sino que sois propiedad de Cristo que vive en la Iglesia y que os espera en los múltiples campos de apostolado. Pertenecéis a Cristo y pertenecéis a la Iglesia, que es su "Esposa inmaculada", "a la que Cristo amó hasta darse en sacrificio por ella" (*Ef* 5, 25).

Esto mismo se os pide a vosotros: que *améis.*

El amor a Cristo y el amor al sacerdocio no serían posibles *sin amar hondamente a la Iglesia*, la cual, a pesar de las limitaciones propias de su condición de peregrina, no deja de ser el Cuerpo de Cristo, su Esposa y el Pueblo de Dios.

7. Servid a la grey como Presbíteros, "vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón... siendo modelos de la grey" (*1 Pe* 5, 2-3).

Que las comunidades os puedan distinguir como anunciadores del evangelio, dedicados a esta misión de la que el mundo tiene tanta urgencia, de tiempo completo, sin invadir otros campos y trabajos seculares, que ni son los vuestros, ni han sido el lugar indicado por el Obispo, de quien seréis colaboradores, en leal unidad, como pastores solícitos que reflejan en todo su condición sacramental: en lo profundo del alma, en las actitudes pastorales y también en vuestro exterior.

El seguimiento de Cristo implica que os sintáis de veras Iglesia, con amor de hijos, dispuestos a la colaboración responsable, con un acatamiento pronto y generoso de su disciplina y de sus normas, cooperando lealmente con el propio Obispo.

Sólo estando con Cristo, viviendo con él, haciendo que él informe nuestra vida, será posible anunciarlo con decisión, con franqueza, con arrojo, comunicando la experien-

cia de lo que se vive en el misterio y comunión de la Iglesia "sacramento universal de salvación" (*Ad gentes*, 1).

8. Así, pues, queridos hermanos y hermanas, *experimentamos hoy*, todos los aquí presentes, de un modo muy particular, aquel *amor del Padre* del que habla Cristo a los Apóstoles la víspera de su muerte. "Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros" (*Jn* 15, 9). En Cristo, el amor del Padre se convierte para nosotros, en fuente inagotable de vida y de luz. "El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús", acostumbraba a decir el Santo Cura de Ars, cuyo segundo centenario de nacimiento celebramos este año de vuestra ordenación.

Efectivamente, "nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (*Jn* 15, 13). Y es precisamente Cristo quien da la vida por nosotros. Y este acto suyo de "dar la vida", este sacrificio *permanece en la Iglesia*, y, a través de la Iglesia, *permanece* en la humanidad de generación en generación. Permanece a través de la palabra del Evangelio y por medio de la Eucaristía, *sacramento de la muerte y resurrección de Cristo*. Permanece, por tanto, *por medio del ministerio de los sacerdotes*. Y por este ministerio se renueva y se hace presente en todos los tiempos.

Desde lo alto de la cruz y desde el corazón de su sacrificio salvífico, Cristo continúa diciéndonos: "Permaneced en mi amor" (*Jn* 15, 9).

9. El Señor os dice hoy a todos vosotros, queridos ordenandos, y de un modo muy particular: "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor" (*Jn* 15, 10). ¡Sí! "Como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (*Ibid.*). En estas palabras se nos muestra en verdad *el vínculo o relación divina trasladada a la dimensión de la existencia del hombre.*

Sabemos bien cuáles son los mandamientos que constituyen la firmeza de este vínculo de permanencia en el amor de Cristo. Sabemos muy bien *cuáles son los principios de la vida sacerdotal,* cuáles son *las exigencias de la disciplina sacerdotal* que constituyen la firmeza de esta relación.

Se trata, bien es verdad, de un seguimiento sacrificado, que excluye toda forma de instalación exigiendo la mayor disponibilidad, como es debido a quien no tiene donde reclinar la cabeza (cf. *Lc* 9, 57-62). Es un compromiso que abarca la existencia toda, sin aplazamientos, sin componendas, tal como lo exige el Mesías, el hijo de Dios, por cuya palabra la tempestad se serena, los enfermos son curados, son evangelizados los pobres, expulsados los demonios, reconciliada la humanidad y regenerada la vida. Exige el pleno sometimiento a la voluntad del Padre, lo cual os puede llevar, como a Pedro, a donde no hubieráis querido ir (cf. *Jn* 21, 18). Pero él siempre va delante, llevando amorosamente la misma cruz que pone sobre nuestras espaldas y que él hace más llevadera. En efecto, dice el Señor: "Mi yugo es suave y mi carga ligera" (*Mt* 11, 30).

La vida que corresponde a estas exigencias, la vida en el nombre de este amor, abre delante de nosotros, al mismo tiempo, la *perspectiva del gozo divino*. "Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado" (*Jn* 15, 11). Es el "verdadero gozo pascual" (*Presbyterorum ordinis*, 11); como característica de la identidad sacerdotal y como preludio al florecimiento de vocaciones sacerdotales.

He aquí *la vocación sacerdotal* y el servicio o ministerio sacerdotal en el Pueblo de Dios.

"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (*Jn* 15, 16), dice el Señor. Estas palabras las tenemos todos grabadas a fuego en nuestros corazones: ¡vosotros y yo! Son las palabras de Jesús en el marco familiar e íntimo de la última Cena, cuando el Señor abre de par en par su corazón a sus discípulos. Es la gratuidad de elección de aquellos a quienes constituye ministros suyos, a quienes confía una misión de particular importancia. Es Dios quien inicia el diálogo en la historia de la salvación, tejida en esa maravillosa realidad de su amor. Es él quien toma la iniciativa con la fuerza transformadora de su Palabra, que todo lo recrea. "El nos amó primero" (1 *Jn* 4, 2).

Por esto añade el Señor: "Os he destinado a que vayáis y déis fruto, y un fruto que permanezca" (*Jn* 15, 16). Así como permanece, de modo admirable, el fruto de la primera siembra del Evangelio en esta tierra y en este Continente, así *también permanezca vuestro fruto*, hoy, en este final del segundo milenio cristiano, cuando se va a cumplir el quinto centenario del comienzo de la evangelización de América Latina.

10. *¿Por qué permanece este fruto de vida cristiana?* Quizá especialmente porque aquellos que sembraron *supieron, al mismo tiempo, orar,* pedir en el nombre de Cristo: "de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda" (*Jn* 15, 16). Y nos lo concederá también a nosotros. El amor fraterno será la garantía de nuestra unión con Cristo y un signo eficaz de evangelización: "Lo que os mando es que os améis los unos a los otros" (*Jn* 15, 17).

Es la eficacia del Evangelio, con unos frutos que muchas veces no ven nuestros ojos. La gracia del Señor espera secretamente en los corazones. Vivimos hoy de la semilla que generaciones de entregados misioneros plantaron en la tierra fecunda colombiana y que la gracia de Dios hizo germinar y dar fruto.

En este día tan importante para la Iglesia en Colombia, *miramos hacia el futuro con confianza.* La Iglesia os agradece el esfuerzo que vosotros, amados hermanos Obispos y Superiores Religiosos, estáis llevando a cabo en el campo vocacional, con la cooperación de solícitos e idóneos formadores, atentos, según las normas de la Iglesia, a la íntegra formación espiritual, académica y pastoral de los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa. Agradezco y bendigo todo el ingente trabajo que se ha realizado en la pastoral de las vocaciones. El incremento de ésta debe abrir generosamente el corazón, con espíritu solidario y misionero, de tal manera que pueda prestarse la ayuda necesaria a otras Iglesias hermanas que padecen hoy penuria de sacerdotes.

Al mirar a María, Madre de la Iglesia y madre amorosa de los sacerdotes, en este momento tan solemne, cada uno se sentirá invitado a imitar su amor materno: "La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres" (*Lumen gentium*, 65).

"Pasa la figura de este mundo" (1 *Cor* 7, 31). Pasan las generaciones de todo pueblo y nación. Mas, las palabras del Señor no pasan. Las palabras de Jesús pronunciadas en la última cena se harán ahora realidad por medio del sacramento del Orden que vamos a conferir a los candidatos aquí presentes. La Iglesia entera de Colombia en torno a sus Obispos; la Iglesia universal en torno al Sucesor de Pedro, dirige confiada su oración al Padre por estos diáconos que hoy, en la ciudad de Medellín, van a recibir el orden del presbiterado. Así sea.

SERVICIO A LOS POBRES DESDE EL EVANGELIO

MEDELLIN (05.07.1986)

ESTADIO "ATANASIO GIRARDOT"

Queridos hermanos y hermanas:

1. Es para mí motivo de profundo gozo encontrarme esta tarde con vosotros, sacerdotes y laicos comprometidos de parroquias pobres y obreras que, junto con numerosas delegaciones de los barrios populares, representáis sectores del País en los que se vive una particular situación de pobreza y marginación.

Sé bien que este encuentro, preparado con tanto esmero, significa la culminación de un largo y paciente trabajo de conjunto, encaminado a conocer y servir mejor a vuestras comunidades parroquiales.

El Papa está con vosotros. Me siento unido a cada uno de vosotros y a cuantos actúan como el buen samaritano con los hermanos más necesitados. Por ello, quisiera que mis palabras llegaran a todas las parroquias pobres de Colombia, y de modo particular a vuestros hogares, a vuestros barrios, a vuestros lugares de trabajo.

Cuando el cristiano pone sin reservas su confianza en el Padre Celestial, brota espontáneamente de su corazón una corriente de gratitud y esperanza. Sabemos que de El proceden todos los dones; que quiere el bien de los más débiles, de los necesitados, de quienes llevan en sus rostros las huellas de Cristo sufriente.

Al contemplaros, venidos de diversos lugares de Colombia, y en especial de las zonas industriales de Medellín; elevo a Dios mi ferviente acción de gracias por el don de la fe, que tan arraigada está en vuestros corazones. Lo hago con las palabras de Jesús: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños" (*Mt* 11, 25). Esta plegaria de Cristo resuena con especial fuerza y significación esta tarde, porque a los humildes, a los sencillos son reveladas las riquezas del Reino de Dios.

2. En este pasaje del Evangelio de San Mateo, Jesús, el Hijo de Dios, nos revela el misterio de la paternidad divina; y "se alegra porque le ha sido posible revelar esta



paternidad, se alegra, finalmente, por la especial irradicación de esta paternidad divina sobre los pequeños" (*Dominum et Vivificantem*, 20).

En la Iglesia, queridos hermanos y hermanas, experimentáis de modo especial la dignidad de hijos de Dios, que es el título más noble y hermoso a que puede aspirar el ser humano. Mantened siempre viva y operante dicha dignidad, en ella reside la grandeza que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, cuida, tutela y promueve. Nadie tiene tantas razones para amar, respetar y hacer respetar a los pobres como la Iglesia, que es depositaria de la verdad revelada sobre el hombre, imagen de Dios, redimido por Cristo. El anuncio de la Buena Nueva del Reino da razón de esta alegría que hoy compartimos, a pesar de las particulares dificultades de vuestra existencia. La reciente Instrucción sobre libertad cristiana y liberación pone oportunamente de relieve: "Tal es su dignidad (la de los pobres) que ninguno de los poderosos puede arrebatársela; tal es la alegría liberadora presente en ellos" (No. 21). Sí, los "pequeños", los pobres, "se sienten amados por Dios como todos los demás y más que todos los otros. Viven así en la libertad que brota de la verdad y del amor" (*Ibid.*).

Jesús proclama *bienaventurados* a los pobres en una afirmación que rompe la aparente solidez de criterios que pretenden identificar la felicidad con el goce de los bienes temporales, con poseer, con la riqueza material.

3. Jesús, que se hizo pobre para salvarnos, es el único que nos revela al Padre: "Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien el Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar" (*Mt*

11, 27). Con estas palabras, el Señor nos manifiesta sus relaciones inefables y únicas con su Padre, invitando así a sus oyentes a hacerse sus discípulos, "pequeños" pobres de espíritu.

En su dignidad de Hijo de uno es donde radican los derechos de todo hombre, cuyo garante es Dios mismo. Por eso, la Iglesia obediente al mandato recibido, urge los deberes de solidaridad, de justicia y de caridad para con todos, particularmente para con los más necesitados. "La Iglesia amando a los pobres da también testimonio de la dignidad del hombre" (*Libertatis conscientia*, 68).

El señor Jesús en el Evangelio que hemos escuchado se muestra compasivo y misericordioso con todos los que sufren: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré, tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (*Mt* 11, 28-29). He aquí una invitación y una llamada que hoy, en modo particular, deseo haceros a vosotros, sacerdotes y fieles de las parroquias menos favorecidas de Colombia: a vosotros los cansados y oprimidos por la pobreza, por la injusticia, por la falta de puestos de trabajo, por las insuficiencias en educación, salud, vivienda, por la insolidaridad de quienes pudiendo ayudaros no lo hacen.

4. En vuestras personas, queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que dedicáis vuestro generoso esfuerzo a servir a los más necesitados, quiero agradecer el trabajo apostólico de tantas personas que ven en los pobres "los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que cuestiona e interpela" (*Puebla*, 31). El trabajo de la Iglesia en favor de los más necesitados es un hecho que ha animado siempre la vida de las comunidades cristianas. Ese amor de preferencia ha de continuar siendo característica y labor prioritaria de la Iglesia, fiel a su Señor, pobre y humilde de corazón "el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriqueciérais con su pobreza" (*2 Cor* 8, 9).

Representáis, amados sacerdotes, a numerosos hermanos en el sacerdocio de Cristo, que con gozo evangélico ejercen su ministerio en las parroquias más necesitadas. Yo os pido encarecidamente continuéis ilusionados en esa edificante tarea de asistencia y de santificación, mediante la Palabra y los Sacramentos, en comunión plena con vuestros Pastores y con las enseñanzas de la Iglesia, e inspirados en su doctrina social. Estáis llamados a dar testimonio de santidad y entrega con vuestra propia vida y ministerio, conscientes de que la misión que desempeñáis es de carácter religioso espiritual. No se puede ir a los pobres sin un corazón de pobre, que sepa escuchar y recibir la Palabra de Dios tal como es. Por eso se necesitan apóstoles que sigan e imiten a Cristo en su vida de pobreza, sin ambiciones egoístas y con gran capacidad de escucha y de sensibilidad para con los hermanos. Vosotros mismos sois testigos del aprecio y gratitud de los fieles, cuando no se mezclan intereses de carácter ideológico o político, que son extraños al Evangelio o a las exigencias de vuestra vocación. Actitudes no conformes con la misión evangelizadora del sacerdote harían daño a la comunidad y lesionarían la integridad del ministerio que el Señor os ha confiado en su Iglesia.

5. Sé que realizáis un importante y significativo esfuerzo de pastoral social con miras a la *promoción humana y cristiana de los más pobres*. Hay que recordar que esta dimensión de la pastoral no consiste solamente en el esfuerzo profético de la denuncia de los males; tampoco puede reducirse, como sucede, a veces por desgracia, a consignas y estrategias socio-políticas. Esta pastoral debe ser un auténtico servicio a los más pobres desde el Evangelio.

Se trata de una *pastoral social* no exenta de dificultades: Por ello, necesita seguir muy de cerca los pasos del Señor Jesús y ser fiel a sus enseñanzas en el espíritu del Sermón de la Montaña; es necesario que se alimente de la savia de la fe, a la luz de la Palabra de Dios y en la fidelidad y amor a la Iglesia. Para asegurar su eficacia, dicha pastoral ha de enmarcarse en la pastoral de conjunto de cada Iglesia particular, con gran sentido de colaboración con toda la comunidad cristiana y en espíritu de comunión con el Presbiterio, unidos todos íntimamente con el Obispo.

La presencia de la Iglesia entre los pobres en modo alguno puede reducirse a la sola dimensión de la promoción humana en el campo de la justicia social. Su misión con ellos es tan amplia que abarca todos los campos de la acción pastoral. Su eje ha de ser una preocupación evangelizadora ya que ésta, concebida integralmente, es el mejor servicio a los hermanos más necesitados (cf. *Puebla*, 1145). En tal sentido, una catequesis sólida y profunda, que enseñe sin ambigüedades lo que se debe creer, según los criterios del Magisterio auténtico, es un servicio esencial para la promoción cristiana y para la conciencia de la dignidad del pobre, de su vocación cristiana y de su permanencia al Cuerpo Místico de Cristo.

6. La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, la cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y, a la vez, fruto de la venida del Reino de Dios. Esto forma parte del amor de preferencia por los pobres y no puede desligarse de los grandes principios y exigencias de la doctrina social de la Iglesia, cuyo "objeto primario es la dignidad personal del hombre, imagen de Dios, y la tutela de sus derechos inalienables" (*Puebla*, 475). Por ello, un aspecto insoslayable de la evangelización de los más pobres es dar mayor vigor a *una activa preocupación social*, guiados siempre por la Palabra de Dios, en sintonía perfecta con el Magisterio de la Iglesia y en íntima comunión con los Pastores. De la Palabra de Dios y de toda la tradición cristiana, en la que el pobre ha ocupado siempre un puesto de predilección, la Iglesia ha extraído el mejor tesoro y el más rico patrimonio para su doctrina social.

La Iglesia colombiana por su parte ha querido estar al servicio de los pobres y no cesa de ratificar este compromiso. En su seno, y por iniciativa suya, nació la organización sindical obrera. En numerosas parroquias hay servicios completos de asistencia y de promoción, según el espíritu liberador del Sermón de la Montaña, poniendo de este modo en práctica la primera bienaventuranza: "Bienaventurados los pobres de espíritu" (*Mt* 5, 3). Recuerda oportunamente, la instrucción sobre libertad cristiana y liberación que "La Bienaventuranza de la pobreza proclamada por Jesús no significa en manera alguna que los cristianos puedan desinteresarse de los pobres... esta miseria es un mal del que, en la medida de lo posible, hay que liberar a los humanos". (No. 67).

Por ello la Iglesia, en su enseñanza social, advierte a los que tienen de sobra y viven en el lujo de la abundancia que salgan de la ceguera espiritual; que la dignidad humana no está en el solo "tener", que tomen conciencia de la situación dramática de quienes viven en la miseria y padecen hambre. Les pide por otra parte, que compartan lo suyo con los que nada o poco tienen para construir así una sociedad más justa y solidaria. "El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene" (*Gaudium et seps*, 35).

7. Al veros aquí tan numerosos reunidos en este estadio, traídos por el impulso de vuestra fe, me sale del corazón haceros un llamado a la solidaridad. La fe común en un Dios Padre y Misericordioso, la esperanza en una tierra nueva a cuya creación todos colaboramos con nuestra actividad, y el saber que, precisamente por ese Padre común

somos todos hermanos en Jesucristo, debe impulsaros a buscar solidariamente las condiciones necesarias, para que lo que puede parecer una utopía se vaya haciendo realidad ya en la vida de vuestras comunidades.

Será esto fruto de la "noble lucha por la justicia", que no es una lucha de hermano contra hermano, ni de grupo contra grupo, sino que habrá de estar siempre inspirada en los principios evangélicos de colaboración y diálogo, excluyendo, por tanto, toda forma de violencia. La experiencia de siglos ha demostrado, cómo la violencia genera mayor violencia y no es el camino adecuado para la verdadera justicia.

La solidaridad a la que os invito hoy debe echar sus raíces más profundas y sacar su alimento cotidiano de la celebración comunitaria de la Eucaristía, el sacrificio de Cristo que nos salva. En la participación eucarística descubriréis la exigencia de solidaridad y de compartir como expresiones de la maravillosa realidad de que todos somos miembros de una única familia: la Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo.

Sé que hay entre vosotros cristianos ejemplares que llevan a cabo acciones comunes en favor de vuestros vecindarios y del bien común en general. A ello debe moveros la conciencia de vuestra propia dignidad que es el fundamento de vuestros derechos inalienables. Debe moveros, sobre todo, el amor de los unos para con los otros. Cada mujer, cada hombre es un hermano, una hermana. Que también de vosotros pueda decirse como de los primeros cristianos: "mirad cómo se aman". Tened un solo corazón y una sola alma. Compartid como verdaderos hermanos. Así mantendréis en vuestras parroquias y en vuestras comunidades el espíritu de los "pequeños", a quienes viene revelado el mensaje del Reino. Así, os haréis igualmente dignos de la bienaventuranza prometida por el Señor: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (*Mt* 5, 3).

En este espíritu solidario, conscientes de que todos formamos una gran familia, cada uno debe hacer frente a sus propias responsabilidades para que todos los colombianos puedan disfrutar de unas condiciones de vida conforme con su dignidad de hijos de Dios y miembros de una sociedad que se precia de ser cristiana.

8. Mirando la realidad de muchos países en vías de desarrollo, en particular, en América Latina, vemos que en el complejo problema de la pobreza existen causas no sólo coyunturales, sino también estructurales, relativas a la organización socio-económica y política de las sociedades. Es este un factor que ha de ser tenido muy en cuenta. Pero detrás de estas causas está también la responsabilidad de los hombres que crean estructuras y organizan la sociedad; está el hombre con el pecado del egoísmo, causa radical de tantos males sociales. Por eso la Iglesia pide la conversión del corazón para que todos, en empresa solidaria, colaboren en la creación de un nuevo orden social que sea más conforme con las exigencias de la justicia.

Desde el corazón de esta ciudad de Medellín, que fue sede de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, quiero lanzar un nuevo llamado a la justicia social. Un llamado a los países desarrollados para que, superando los esquemas de una economía orientada casi exclusivamente en función del rendimiento máximo con miras a su sólo beneficio, busquen conjuntamente con los países en vías de desarrollo soluciones reales y efectivas a los graves problemas que cada día van asumiendo proporciones más preocupantes y cuyas víctimas son casi siempre los más débiles.

Igualmente deseo invitar a los países de América Latina a que se empeñen en crear una auténtica *solidaridad continental*, que contribuya a encontrar vías de entendimiento en

las graves cuestiones que condicionan su propio progreso y desarrollo en el ámbito de la economía mundial y de la comunidad internacional.

A los responsables colombianos en la política, la economía, la cultura, dirijo un apremiante llamado: La paz, tan necesaria, es obra de todos, y una paz verdadera será realidad sólo cuando se hayan eliminado las causas de la injusticia. Poned todo vuestro empeño para que se creen estructuras renovadas que permitan a todos los colombianos vivir en paz y armonía.

9. Al concluir este encuentro en la fe y en el amor que nos une, elevo mi ferviente plegaria a la Virgen de Chiquinquirá, Reina y Patrona de Colombia, para que aliente en vosotros, amados sacerdotes, hermanos y hermanas, el espíritu del Magnificat. "Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión" (*Libertatis conscientia*, 97). Este es mi ardiente deseo y mi confiada petición a Dios por todos y cada uno de vosotros, a quienes bendigo de todo corazón.

DISCURSO A LAS RELIGIOSAS Y MIEMBROS DE INSTITUTOS SECULARES FEMENINOS

MEDELLIN (05.07.1986)

CATEDRAL

Amadas Religiosas y personas consagradas:

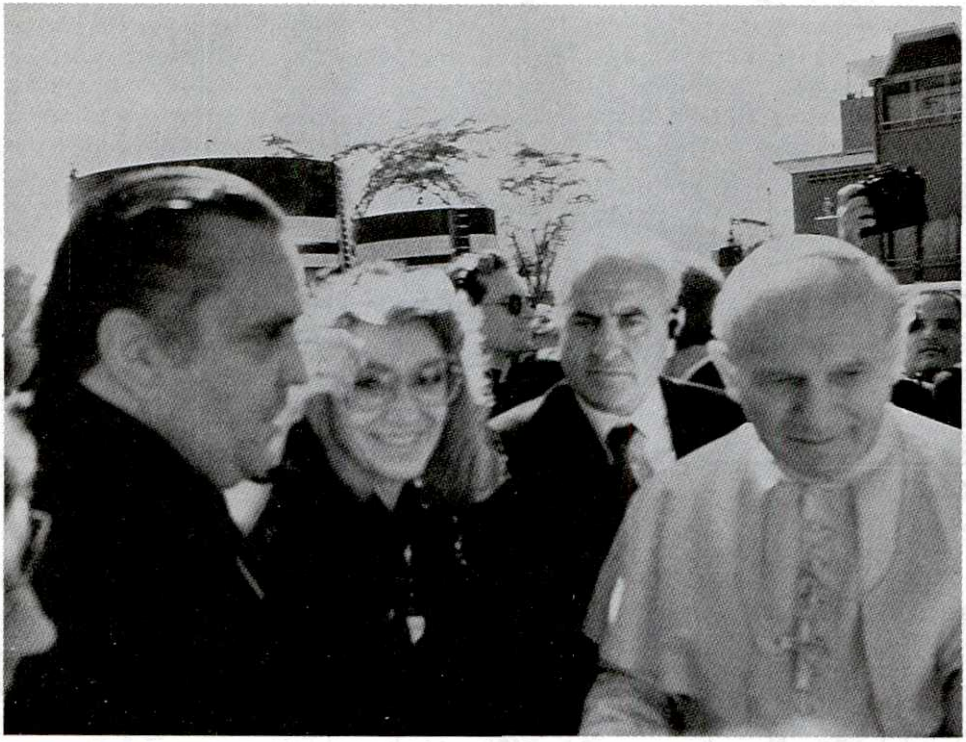
1. Os saludo con afecto a todas vosotras que colmáis esta hermosa Basílica Catedral de Villanueva, venidas de la Arquidiócesis de Medellín, de la Provincia Eclesiástica y de otros lugares de Colombia. A otras muchas religiosas he encontrado ya en diversos momentos de mi visita pastoral. Mi saludo se extiende también a todas aquellas que no han podido acudir y que ofrecen su vida al Señor en la enfermedad, en la soledad, en escuelas, hospitales, ancianatos y, en fin, en los numerosos campos de la vida de la Iglesia, muchas veces cerca de los más pobres y marginados. Quiero rendir homenaje a las que en estos servicios caritativos dieron su vida por Cristo, especialmente con ocasión de desastres naturales o de ministerios en lugares difíciles y lejanos.

Afortunada esta Iglesia, que tiene un número considerable de Religiosas y personas consagradas, felices de ofrendarse al Señor, *tanto en la vida contemplativa como en la activa*. Vosotras sois prueba evidente del vigor eclesial. Sois también fruto y legado de personas santas que se precedieron en este camino evangélico y en estas mismas tierras colombianas. En vuestras mentes estarán tantos nombres que, como la Sierva de Dios Madre Laura Montoya, gastaron generosamente sus vidas por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

2. Sé que como preparación a este encuentro, en este Año Mariano Nacional, habéis estudiado con cuidado el Magisterio pontificio sobre la vida consagrada. En efecto, en muchas ocasiones os he querido presentar las enseñanzas de la Iglesia, indicando las actuales exigencias evangélicas para responder a la esperanza que todo el Pueblo de Dios pone en vosotras.

En esta ocasión, deseo invitaros a reflexionar, como lo haréis después en el seno de vuestras comunidades, sobre *quiénes sois* y *qué representáis* en la Iglesia y en el mundo.

El ser profundo de vuestra vida consagrada consiste, como bien sabéis, en un don permanente de Dios que se traduce en entrega esponsal y total al Señor. Vuestra donación es una respuesta incondicional a una declaración de amor, que se nutre en la



fe y en la oración, a ejemplo de la Virgen María, modelo perfecto de unión con Cristo Redentor. "El punto directo de referencia de una vocación así es la persona viva de Jesucristo" (Exh. Apost. *Redemptionis donum*, 6). Ante el anuncio evangélico al intuir la sublime misión a que era llamada, Nuestra Señora se ofreció como "la esclava del Señor". La palabra "esclava" es un término que indica generosidad sin límites, expresión de amor encendido a la voluntad de Dios, actitud responsable de una personalidad madura. Es la proyección de la fecundidad de la fe.

"Bienaventurada tú que has creído" (*Lc* 1, 45), es la alabanza de Isabel a María. "Bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la ponen en práctica" (*Lc* 8, 12), es la categórica afirmación de Jesús que indica en el dócil acatamiento la condición para formar parte de la comunidad de los "suyos" (cf. *Jn* 13, 1). La síntesis de vuestra vida, en la fidelidad y la docilidad, resuena por los siglos en labios de María a través de su cántico de esperanza: "Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava" (*Lc* 1, 46).

3. No busquéis pues otro camino para la alegría honda y serena de la vida consagrada, porque no existe más que éste: el del abandono activo y responsable en aras de la voluntad de Dios, tanto en los momentos de oración y contemplación, como en los momentos de acción apostólica.

Por la oración contemplativa —como la Santísima Virgen, quien conservaba y ponderaba en lo íntimo de su corazón la Palabra de Dios (cf. *Lc* 2, 19-51)— os convertís en testigos audaces de la presencia del Señor, y sois signos, ante el mundo, del encuentro

definitivo con El. La capacidad de contemplación se os convierte en capacidad de influjo evangelizador; la capacidad de silencio se os transforma en capacidad de escucha y de donación a los hermanos.

Todo esto se compendia en el espíritu y la práctica de los consejos evangélicos, sobre todo a través de la profesión de los mismos ante la Iglesia. No consintáis que los compromisos de pobreza, castidad y obediencia pierdan su genuina significación religiosa que es de seguimiento evangélico a la luz de la fe. No ignoráis que existe, a veces, una cierta tendencia a vaciar el verdadero contenido evangélico de estos compromisos. Vuestra *vida comunitaria* y vuestro carisma específico serán la mejor escuela para aprender la autenticidad del seguimiento de Cristo y perseverar en él.

4. En la vida consagrada, la *castidad o virginidad* es "la expresión del amor esponsal por el Redentor mismo" (Exhort. Apost. *Redemptionis donum*, 11); estáis desposadas con Cristo que os llama al encuentro con él no sólo en la contemplación sino también en los innumerables campos de la caridad. La pobreza evangélica es el despego de todas las cosas para darse a sí misma por amor al Señor; por esta pobreza os hacéis pues don de vosotras mismas para todos los hermanos, a imitación de "Jesucristo que, siendo rico, por nosotros se hizo pobre" (*2 Cor* 8, 9). La *obediencia* sólo puede entenderse y vivirse como participación esponsal en la inmolación de Cristo, que "se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (*Fil* 2, 8). En medio de la comunidad eclesial sois un signo peculiar de Cristo crucificado por amor; ésta es vuestra *teología de la cruz*. Todos los hermanos, pero especialmente los pobres y los que sufren, necesitan ver en vosotras el modo de mirar, amar, escuchar, vivir y servir a Cristo, Buen Pastor, que vivió y murió amando y perdonando.

Sí, amadas hermanas: Vosotras mismas podéis atestiguar cuánta fuerza y alegría produce la verdadera entrega. Cuando se pretende arrancar la cruz y el sacrificio de la vida consagrada, ésta se hace estéril. En lugar de la alegría serena y contagiosa, propia de la experiencia de la intimidad con el Señor y de la vida en el Espíritu, crece la amargura y la sensación de frustración. El sufrimiento se vence amando y encontrando en él un nuevo modo de servir a los hermanos. El gozo de la maternidad espiritual, que es gozo del Espíritu Santo, brota en el corazón solamente cuando se ha sabido transformar el sufrimiento en donación y servicio (cf. *Jn* 16, 21-22). "Cuanto más fervientemente se unen con Cristo por esa donación de sí mismos, tanto más fructífera se hace la vida de la Iglesia y más vigorosamente se fecunda el apostolado" (*Perfectae caritatis*, 1).

5. Sólo unidas a Cristo *representáis un signo liberador de santidad*, como el de María, portadora de Cristo en todo momento, "la gran señal" (*Ap* 12, 1), "Estrella de la evangelización" (Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, 82). La Buena Nueva es Cristo, muerto y resucitado; por esto, sólo podréis evangelizar si lo lleváis en vuestros corazones y le transparentáis en vuestras vidas. El Señor se quiere transparentar tal como es y vivió: casto, pobre y obediente, para dar la vida por el mundo "según el mandato del Padre" (*Jn* 10, 18).

El reto que el mundo de hoy lanza a la Iglesia, preguntando por una *esperanza liberadora*, solamente se soluciona presentando una vida que transparente las bienaventuranzas, es decir, el mensaje evangélico de *reaccionar amando* en toda circunstancia. Para ello es necesario hacer de vuestras vidas un *Magnificat*, es decir, un "sí" gozoso, un canto a la misericordia divina que libera a los pobres. Pero este *Magnificat* sólo es posible cuando se ofrece la propia vida en la actitud de "estar en pie", como María, junto a la cruz de Cristo. Esta es vuestra *teología de la cruz*.

6. Anunciáis al Señor con vuestra vida y con vuestro trabajo, siempre en comunión con la Iglesia. Mantened invulnerable la unidad con el sucesor de Pedro y con los Obispos, sucesores de los Apóstoles, con apertura y sincera sumisión al Magisterio. La Iglesia quiere que os alimentéis con el pan de la Palabra de Dios, tal como se predica y vive en la Iglesia. Así podréis sentiros en clara sintonía con los genuinos valores del Concilio y de las Conferencias de Medellín y Puebla.

Vuestra consagración no se puede entender sin un gran amor a la Iglesia, como lo hemos recordado en la Exhortación Apostólica *Redemptionis donum*: "En el apostolado que desarrollan las personas consagradas, su amor esponsal por Cristo se convierte de modo casi orgánico en *amor por la Iglesia* como Cuerpo de Cristo, por la Iglesia como Pueblo de Dios, por la Iglesia que es a la vez esposa y Madre" (No. 15). Este amor a la Iglesia, tan arraigado en vuestros corazones, encuentra en María su personificación, figura y modelo. Perseverando con ella en los momentos de Calvario, sentiréis que la Iglesia es el fruto del amor de Cristo Esposo muerto en cruz, de cuyo costado brota sangre y agua (*Jn* 19, 34). Dando la vida por su esposa la Iglesia (cf. *Ef* 5, 25). Cristo Esposo le ha comunicado el agua de vida del Espíritu: Con María, en los momentos de Cenáculo, sabréis comprender y vivir la naturaleza misionera de la madre Iglesia que se prepara continuamente para recibir nuevas gracias del Espíritu Santo (cf. *Hech* 1, 14) y para ser "sacramento universal de salvación" (*Ad gentes*, 1).

La Iglesia deposita pues en la vida consagrada una gran confianza. ¡Qué fermento de renovación y perennidad para la Iglesia viene de la vida silenciosa y apartada del claustro, donde almas escogidas se ofrecen a Dios en la contemplación, la alabanza, el sacrificio!

Vuestra participación en el apostolado de la Iglesia nace de vuestro amor esponsal a Cristo. Siendo fieles a la comunión con la Iglesia, siempre en colaboración pronta con los Obispos como principio de unidad en sus Iglesias particulares, sabréis y podréis colaborar con plena disponibilidad a la evangelización de todos los pueblos, ayudando principalmente a las comunidades eclesiales más necesitadas. Vosotras seréis así un estímulo eficaz en esta hora misionera de América Latina.

7. Pido a todas las presentes que prestéis generosamente vuestra colaboración a los Pastores, según las características del propio carisma, para la animación espiritual y apostólica de toda la comunidad eclesial. Las Superioras, siguiendo las indicaciones de la Santa Sede y de los Obispos, velarán para que tan preciosa heredad del Señor, como es la vida consagrada, conserve siempre el espíritu de la vocación de seguimiento radical a Cristo. "El mundo tiene necesidad de la auténtica contradicción de la consagración religiosa... y de este testimonio de amor" (Exhort. Apost. *Redemptionis donum*, 14). Ello es un estímulo constante a prestar la más delicada atención a todas las personas consagradas, mediante la formación permanente, en la dirección espiritual y en el cuidado solícito de los carismas recibidos.

Que la Virgen María os lleve siempre de su mano, amadas servidoras del Señor, y suscite entre vosotras, anhelos de santidad evangélica como los que, a través de vuestros Fundadores y Fundadoras, dieron origen a vuestro estilo de vida consagrada y misionera en esta bendita tierra de Colombia. A todas os bendigo de corazón.

DISCURSO A LOS INTELECTUALES Y AL MUNDO UNIVERSITARIO

MEDELLIN (05.07.1986)

SEMINARIO

Señor Cardenal,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Señores Rectores, Consejos Directivos y Profesores
Responsables de la pastoral universitaria,
Amigos de la cultura y de la ciencia,
Queridos estudiantes:

Al término de una intensa jornada, ya al final de mi visita a Medellín, no puedo dejar esta entrañable ciudad sin encontrarme con vosotros, hombres y mujeres de ciencia y de cultura. Siento esto como un obligado tributo que el Papa y la Iglesia os deben, y como un gesto vuestro de acoger como natural y obvia la presencia de la Iglesia y del Papa. Permitidme que a este motivo añada otro de orden, por así decir, vital: el encuentro con los jóvenes, los numerosos jóvenes estudiantes, de los que ahora solamente puedo encontrar a algunos representantes; el miércoles pasado, en "El Campín" de Bogotá, tuve la alegría de sentirlos muy cercanos y en gran número.

La Iglesia necesita de la cultura, lo mismo que la cultura necesita de la Iglesia. Lo he dicho ya en otras ocasiones y lo repito ahora a vosotros, añadiendo que la Iglesia, en la elección e intercambio de bienes entre fe y cultura, piensa preferencialmente en los jóvenes (cf. *Puebla*, 1186) y espera de ellos, a su vez, una adhesión preferencial.

Heme aquí pues para compartir con vosotros algunas reflexiones sobre esta realidad fundamental en la vida de los hombres y de los pueblos, que es la cultura.

1. La Universidad: centro ideal para la maduración de una nueva cultura.

La Universidad es un centro ideal para la maduración de una nueva cultura. Los jóvenes proporcionan a este proceso la fuerza vital y la aceleración necesarias para llevar a cabo un cambio de cualidad.

Es un hecho que las Universidades como tales, sea en su acepción de conjunto de profesores y de estudiantes, sea como centros donde el saber, globalmente considera-

do, se hace objeto de investigación, enseñanza y aprendizaje, son un campo propicio, para orientar eficazmente la cultura y la sociedad de una nación, de un continente. Por ello también la Iglesia, con el debido respeto de las recíprocas autonomías, pretende renovar y reforzar los vínculos que la ligan a las Universidades colombianas desde la fundación misma de éstas.

Vuestro país dispone de 50 Universidades, sin contar los Institutos y los Centros de Investigación, las Academias, los Museos, etc. Se trata de un importante patrimonio de ciencia y de cultura, que es motivo de justificado orgullo, pero al mismo tiempo, es un instrumento de grave responsabilidad ante Dios y ante el pueblo colombiano para el futuro de esta noble nación. Mirad con esperanza el futuro, pero también con un ponderado sentido de realismo y lealtad. La Universidad debe servir al país en el esfuerzo común por construir una sociedad nueva, libre, responsable, consciente del propio patrimonio cultural, justa, fraterna, participativa, donde el hombre, integralmente considerado, sea siempre la medida del progreso.

En el camino hacia esta espléndida meta, habrá que superar graves dificultades, que vosotros bien conocéis. Desde la misión sobrenatural que la confió su Fundador la Iglesia os acompaña. En este sentido ella siente su propio ministerio como connatural con la Universidad y la escoge como una "opción clave y funcional de la evangelización" (*Puebla*, 1055), no por afán de dominio; sino para el servicio del hombre.

La cultura, en efecto, como tuve oportunidad de indicar hace algunos años en mi visita a la UNESCO, debe llevar al hombre a su realización plena en su trascendencia sobre las cosas; ha de impedir que se disuelva en el materialismo de cualquier índole y en el consumismo, o que sea destruido por una ciencia y una tecnología al servicio de la codicia y de la violencia de poderes opresivos, enemigos del hombre. Es necesario que los hombres y mujeres de cultura estén dotados no sólo de comprobada competencia, sino también de una clara y sólida conciencia moral, con lo cual no tendrán que subordinar su propia acción a los "imperativos aparentes", hoy dominantes; sino que sirven con amor al hombre, "al hombre y a su autoridad moral, que proviene de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con esos principios" (Discurso a la UNESCO, 2 junio 1980, No. 11).

La Universidad, que por vocación debe ser una institución desinteresada y libre, se presenta como una de las instituciones de la sociedad moderna capaces de defender, juntamente con la Iglesia, al hombre como tal; sin subterfugios, sin ningún otro pretexto y por la única razón de que el hombre tiene una dignidad única y merece ser estimado por sí mismo.

Dedicad, por tanto, en diálogo fecundo con la Iglesia local y universal, todo medio legítimo a esta noble finalidad: enseñanza, investigación, actitud de escucha y de colaboración, disponibilidad para cambiar y comenzar de nuevo pacientemente.

2. Servicio a la profundización de la identidad cultural.

En este noble cometido de defensa y promoción del hombre integral, vosotros prestáis un servicio a la toma de conciencia y a la profundización de la identidad cultural de vuestro pueblo. La identidad cultural es un concepto dinámico y crítico: es un proceso en el cual se recrea en el momento presente un patrimonio pasado y se proyecta hacia el futuro, para que sea asimilado por las nuevas generaciones. De este modo se asegura la identidad y el progreso de un grupo social.

La cultura, exigencia típicamente humana, es uno de los elementos fundamentales que constituyen la identidad de un pueblo. Aquí hunde sus raíces su voluntad de ser como tal. Ella es la expresión completa de su realidad vital y la abarca en su totalidad: valores, estructuras, personas. Por ello la evangelización de la cultura es la forma más radical, global y profunda de evangelizar un pueblo. Hay valores típicos que caracterizan a la cultura latinoamericana, cuales son, entre otros, el anhelo de cambio, la conciencia de la propia dignidad social y política; los esfuerzos de organización comunitaria, sobre todo en los sectores populares, el creciente interés y respeto de la originalidad de las culturas indígenas, la potencialidad económica para hacer frente a las situaciones de extrema pobreza, las grandes dotes de humanidad que se manifiestan, sobre todo en la disponibilidad para acoger a las personas, para compartir aquello que se tiene y para ser solidarios en la desgracia (cf. *Puebla*, 1721). Apoyándose sobre estos valores indudables se pueden afrontar los desafíos de nuestro tiempo: el movimiento migratorio del campo a la ciudad, el influjo de los medios de comunicación social con sus nuevos modelos de cultura, la legítima aspiración de promoción de la mujer, el advenimiento de la sociedad industrial, las ideologías materialistas, el problema de la injusticia y de la violencia...

En este contexto del servicio a la identidad cultural de vuestro pueblo, no está fuera de lugar recordaros que "la educación es una actividad humana en el orden de la cultura" (*Puebla* 1024); no sólo por ser "la primera y esencial tarea" de ésta (Discurso a la UNESCO, No. 11), sino también porque la educación juega un papel activo, crítico y enriquecedor de la cultura misma. La Universidad, por ser lugar eminente de educación en todos sus componentes —personas, ideas, instituciones— puede proporcionar una contribución que va más allá de la pura conciencia de la identidad cultural nacional y popular. La educación, como tal, impartida por ella, puede ofrecer una profundización y un enriquecimiento de la cultura misma del país.

3. Fe y cultura

Al dirigirme hoy a vosotros, dignos representantes del mundo intelectual y cultural colombiano, en especial, a los laicos comprometidos, deseo lanzar una llamada a que participéis activamente en la creación y defensa de una auténtica cultura de la verdad, del bien y de la belleza, de la libertad y del progreso, que pueda contribuir al diálogo entre ciencia y fe, cultura cristiana, cultura local y civilización universal.

La cultura supone y exige una "visión integral del hombre" entendido en la totalidad de sus capacidades morales y espirituales, en la plenitud de su vocación. Aquí es donde radica el nexo profundo, "la relación orgánica y constitutiva", que une entre sí a la fe cristiana y a la cultura humana (Discurso a la UNESCO, No. 9): la fe ofrece la visión profunda del hombre que la cultura necesita; más aún, solamente ella puede proporcionar a la cultura su último y radical fundamento. En la fe cristiana la cultura puede encontrar alimento e inspiración definitiva.

Pero la conexión entre fe y cultura actúa también en dirección inversa. La fe no es una entidad etérea y externa a la historia, que, en un acto de pura liberalidad, ofrezca su luz a la cultura, quedándose indiferente ante ella. Al contrario, la fe se vive en la realidad concreta y toma cuerpo en ella y a través de ella. "La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente; no pensada por entero, no fielmente vivida" (Discurso a la UNESCO, No. 9). La fe compromete al hombre en la totalidad de su ser y de sus aspiraciones. Una fe que se situase al margen de lo humano, y, por tanto, de la cultura, sería una fe infiel a la plenitud de cuanto la palabra de Dios manifiesta y revela, una fe

decapitada, más aún, una fe en proceso de autodisolución. La fe, aun cuando trascienda la cultura y por el hecho mismo de trascenderla y revelar el destino divino y eterno del hombre, crea y genera cultura.

4. Funciones de las Universidades católicas

En este diálogo entre fe y cultura, corresponde de modo particular a las Universidades católicas colombianas un servicio especial a la Iglesia y a la sociedad. Su primera obligación consiste en reflejar, sin disimulos, su propia identidad católica, encontrando su "significado último y profundo en Cristo, en su mensaje salvífico, que abraza al hombre en su totalidad" (Discurso a los Universitarios católicos, México, 31 enero 1979, No. 20) y tratando de construir entre todos "una familia universitaria" (15).

En este marco se sitúa —con las características que le son propias— la pastoral universitaria. Apostolado difícil, pero urgente y rico de posibilidades. Lo sabéis bien vosotros, los responsables de esta importante actividad de la Iglesia local, que dedicáis a ella generosamente tiempo y energía. Os aliento vivamente a continuar en vuestro esfuerzo por llevar a cabo, en espíritu de colaboración y sentido eclesial, una eficaz presencia pastoral en las Universidades, sean éstas públicas o privadas.

Las Universidades católicas trabajen, en sano y leal espíritu de emulación con las demás Universidades, por potenciar el nivel científico y técnico de sus Facultades y Departamentos, la competencia y dedicación del profesorado, estudiantes y personal auxiliar. Colaboren activamente con los demás centros universitarios, manteniendo un recíproco intercambio; estén presentes, además, en los organismos interuniversitarios nacionales e internacionales. Mantengan frecuentes contactos con la Congregación para la Educación Católica y con el Pontificio Consejo para la Cultura. De este modo, contribuirán, activa y eficazmente a la promoción y renovación de vuestra cultura, transformándola por la fuerza evangélica e integrando en armoniosa unidad los elementos nacionales, humanos y cristianos.

Permitidme que en esta ocasión, dedique un saludo de elogio a la benemérita Universidad Pontificia Bolivariana de esta ciudad de Medellín, que celebra el quincuagésimo aniversario de su fundación. Ella goza de un sólido prestigio en Colombia por sus iniciativas culturales al servicio de la región de Antioquia y de todo el país. Vaya mi cordial felicitación a todos vosotros, al Señor Cardenal y Gran Canciller, Sr. Rector, Consejo Directivo, Grupo de Fundadores, Antiguos Alumnos y Delegados de los estudiantes aquí presentes, junto con mis fervientes votos de que, como vanguardia de la Iglesia particular de Medellín, puedan alcanzar las metas que he propuesto.

5. Conclusión

Llegado ya el momento de despedirnos, no puedo hacerlo sin antes expresar a todos los presentes mi agradecimiento por vuestro empeño y contribución en favor de la cultura y de la ciencia. Os pido transmitáis a todos vuestros colegas la gratitud del Papa y de la Iglesia.

¡La Iglesia tiene necesidad de vosotros! Digo más: ¡la Iglesia tiene necesidad de América Latina! A las puertas ya del tercer milenio cristiano y en la preparación inmediata del V Centenario de la evangelización de América, deseo expresar desde Colombia el augurio de que, en benéfico intercambio, lleguen a la Iglesia universal los

dones de las variadas, ricas y originales culturas latinoamericanas, en las que el cristianismo se ha encarnado de manera profunda.

A mi palabra de aliento por vuestra meritoria labor, uno mi plegaria al Todopoderoso para que os asista en vuestras tareas, mientras bendigo de corazón a todos los presentes, las Instituciones que representáis y a vuestras familias.

ORACION POR LOS DIFUNTOS DE LA CATASTROFE DE ARMERO

ARMERO (06.07.1986)

1. Padre celestial,
de quien procede todo bien,
recibe compasivo en tu seno misericordioso
a tantos hermanos nuestros aquí sepultados
por las fuerzas desatadas de la naturaleza.
Condúcelos a la morada eterna
que Jesús, tu Hijo, ha preparado
a los que lo reconocen como tu enviado
y lo sirven con amor, descubriendo su presencia



en los hermanos más pequeños.
Estos hijos tuyos, Padre de bondad,
cayeron como trigo en las entrañas de la tierra
para germinar en la resurrección de los muertos.
Ellos, creyeron y esperaron en tí;
recibieron el bautismo de regeneración,
se nutrieron con la Eucaristía
que es germen de inmortalidad,
vivieron en el amor con que tu premias eternamente.

2. Padre, rico en misericordia,
consuela el dolor de tantas familias,
enjuga las lágrimas de tantos hermanos,
protege la soledad de tantos huérfanos.
Infunde a todos ánimo y esperanza
para que el dolor se cambie en gozo
y la muerte, por la fe, sea germen de vida nueva.
Haz que mediante la solidaridad,
el trabajo y el tesón
de las gentes de esta tierra,
surja, como de entre las cenizas,
una nueva ciudad de hijos tuyos y hermanos,
donde reine la fraternidad,
se renueven las familias
se llenen de pan las mesas
y de cantos los hogares y los campos.

3. Bendice esta cruz alzada aquí
como signo de nuestra Redención,
baluarte de esperanza,
símbolo de muerte y de vida,
de dolor y de gozo.
Esta cruz que es el trono de Cristo, tu Hijo, desde donde,
levantado, reina
atrayendo todas las cosas hacia El.
Que todas las miradas se vuelvan
hacia esta cruz, árbol de vida,
punto de convergencia entre el cielo y la tierra,
donde se obtiene la reconciliación
y renace la esperanza.
Y que junto a la Cruz y el dolor de cada uno
esté siempre María, la Madre de Jesús,
para acompañarnos en todas las penas,
para animarnos con su mirada maternal,
para ayudarnos a construir una sociedad nueva
con la civilización del amor.

4. Te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo,
en quien creer es vivir
y a quien servir es reinar.
El vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos, Amén.

BREVE SALUDO A LOS DAMNIFICADOS DE LA CATASTROFE DE ARMERO

LERIDA (06.07.1986)

Señor Presidente de la República,
Queridos hermanos en el Episcopado;
Autoridades departamentales,
Junta Directiva de Resurgir,
Amadísimos hermanos y hermanas todos:

La catástrofe que el volcán Nevado del Ruiz provocó, sobre todo en Armero y Chinchiná, conmovió profundamente mi corazón. A medida que me iban llegando las noticias de la tragedia —¡tantos muertos, tantas familias destrozadas, tantos hombres y mujeres desamparados, tantos niños huérfanos!— junto con mi ferviente plegaria al Señor nacía en mi espíritu el deseo de *visitar los lugares*, en los que se hallan sepultadas miles de víctimas.

Por la misericordia de Dios, aquel deseo se ha cumplido y me encuentro hoy aquí entre vosotros como *Padre y Pastor que peregrina al mundo del sufrimiento*; aquí estoy junto con la Iglesia en Colombia y unido a toda la nación solidaria.

Tras haber orado por las víctimas de la tragedia de Armero, he venido hasta Lérida para recordar y meditar con vosotros, damnificados y familiares de los que perdieron la vida, sobre el sentido cristiano y salvífico del dolor, que acompaña siempre al hombre, como la cruz acompañó a Cristo y fue el fundamento de su glorificación (cf. Carta Apostólica *Salvifici doloris*).

He venido para *sembrar* en vuestros corazones de creyentes *palabras de esperanza*: sí, soy portador del Evangelio, que desde la fe proyecta su luz sobre el misterio del sufrimiento y abre perspectivas inconmensurables de consciente resignación, de ánimo, de paz. Quisiera llegar con mi condolencia y afecto a cada uno de vuestros hogares para compartir vuestras penas y deciros: volved vuestro rostro doliente al Señor, a Jesús crucificado y resucitado, que es fuente de consuelo y de esperanza pascual.

Una esperanza que se inspire en el Evangelio y que os mueva a mirar confiadamente hacia el futuro. La nueva ciudad que aquí en Lérida se levanta debe ser como un canto a la laboriosidad y a la fe en Dios.

Muchas personas de buena voluntad en Colombia y en el mundo os han acompañado, con un corazón solidario, en las horas del dolor y de la prueba. Os ha acompañado la Iglesia y la presencia del Papa aquí, en medio de vosotros, quiere ser un signo de solicitud pastoral, de cercanía, de amor.

Con vuestros esfuerzos y los de todos los colombianos la ciudad que aquí surja debe representar un reto y una invitación a poner ya desde el principio, los cimientos de una sociedad que crezca y se desarrolle según las exigencias de la civilización del amor, a que me he referido durante esta visita pastoral a Colombia.

Así como se están echando las bases para una nueva estructura urbanística, social, laboral, etc., de la misma manera deberá cuidarse todo lo que mira al desarrollo integral de las personas; y particularmente a la necesidad de una proyección cristiana que anime todas las actividades que se emprendan, participad activamente en esta empresa de tanta importancia con gran confianza en la Providencia Divina, en vosotros mismos y en la sociedad.

En la visita que acabo de efectuar a Armero he querido orar por los difuntos para que Dios les conceda el descanso eterno.

También deseo orar por vosotros, damnificados y familiares de las víctimas, para que Dios os dé comprensión y amor abriendo vuestras vidas a la perspectiva de un futuro mejor.

Bendigo a todas las familias que sufren por la desaparición de seres queridos. Bendigo a todos los amados hijos de esta región, y del departamento del Tolima.

Que mi bendición, que os doy en el nombre de Dios Omnipotente Señor de la vida y de la historia, os infunda nuevas energías para seguir en vuestro caminar con decisión, con entereza, con esperanza cristiana.

BREVE DISCURSO A LA HORA DEL ANGELUS

BUCARAMANGA (06.07.1986)

CAPILLA DEL SEMINARIO

Sea alabado Jesucristo. Congregados en la Capilla del Seminario Mayor de Bucaramanga, acompañado por mis hermanos los Obispos, sobre todo el Arzobispo de Bucaramanga, vuestro pastor, los sacerdotes y seminaristas de las provincias eclesiásticas de Bucaramanga y Nueva Pamplona, recordamos el momento de la encarnación del Hijo de Dios. Vale decir, vamos a evocar el comienzo de nuestro propio sacerdocio. El verbo, el Hijo de Dios, por la acción del Espíritu Santo en las mismas entrañas de Nuestra Señora se hace pontífice, mediador entre Dios y los hombres.

Nos hemos reunido para orar con las palabras de Nuestra Señora, la Virgen María, y para orar a ella. Mi viaje a Colombia está enmarcado por el contexto de este Año Mariano que recuerda los cuatrocientos años de signo especial de la Providencia de Dios sobre este querido país de la Virgen de Chiquinquirá. En la escuela de la Virgen María quiero que todos vosotros aprendáis, ante todo, la lección de la fidelidad, como ya lo dije cuando llegaba por primera vez a América Latina. Es de fidelidad, de búsqueda del designio de Dios, para ella y para el mundo en la aceptación, con la disponibilidad de quien se abre para ser alzado por alguien más grande que el propio corazón, en coherencia, ajustada la propia vida al objeto de la propia adhesión. Es, en fin, constante: sólo puede llamarse fidelidad la coherencia que dura a lo largo de toda la vida como lo afirmaba en aquella oportunidad en la Catedral de México en 1979: "La fidelidad se debe traducir hoy en una actitud de conocimiento, de amor, de aceptación de la Iglesia y a la Iglesia".

Oremos queridos hermanos y hermanas, hijos e hijas por los 81 seminarios mayores que tiene el país y por los 45 seminarios menores. Oremos por los 3.455 alumnos de los seminarios mayores en este año. Oremos en fin, por toda la juventud colombiana para que descubra la alegría de la entrega al Señor en el servicio Apostólico de los hermanos.

ANGELUS...

HOMILIA: VOCACION Y MISION DE LOS LAICOS EN LA IGLESIA

BUCARAMANGA (06.07.1986)

CIUDADELA REAL DE MINAS

Queridos Hermanos en el Episcopado,
amadísimos hijos e hijas:

1. "La gracia y la paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo" (*Gal* 1, 3). ¡Recibid todos un cordial saludo de paz y de fraternidad en Cristo!

Elevo mi ferviente acción de gracias a Dios, que me ha deparado la alegría de este encuentro con tantos fieles hijos de la Iglesia, que viven y trabajan en estas tierras montañosas de Santander. Hombres y mujeres que guardan en sus corazones, como en sagrado relicario, el tesoro de la fe y del amor a Cristo. Pueblos de acendrada devoción a la Virgen María, conservada como tradición bendita en el santuario de los hogares. Que Dios bendiga a estos pueblos con hogares cristianos para que sean escuela de virtud y de trabajo, templos de fe y de oración. ¡Paz a vuestras casas! (cf. *Lc* 10, 5).

Vaya mi saludo a los Pastores de las Provincias eclesiásticas de Bucaramanga y de Nueva Pamplona. Paz y bien al pueblo de Dios de estas dos arquidiócesis y de las diócesis de Arauca, Barrancabermeja, Cúcuta, Ocaña, Socorro, San Gil, y de la Prelatura de Tibú.

Saludo también de todo corazón a los representantes de los laicos de todo el país, convocados y reunidos en esta ciudad de Bucaramanga. Con fe y entusiasmo habéis, exclamado en el Salmo responsorial. "Jesucristo, Jesucristo, yo estoy aquí". Habéis querido con ello proclamar vuestra disponibilidad y entrega a la causa del Evangelio. En la narración del evangelista San Lucas que acabamos de oír, el Señor designa y envía setenta y dos discípulos a todos los pueblos y lugares a donde él pensaba ir. Además de los doce Apóstoles y siguiendo su testimonio, muchos otros son llamados y enviados por el Señor para que a lo largo de los siglos y hasta nuestros días fueran precursores, mensajeros y testigos que anuncien la presencia y llegada de Cristo y proclamen el advenimiento del Reino de Dios.



Vosotros formáis, parte de esta multitud ininterrumpida de discípulos que, de generación en generación, en todos los pueblos y ciudades, en todas las culturas, ambientes y naciones, son testigos y pregoneros de la cercanía de ese Reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz (cf. *Lumen gentium*, 36). Repetid una vez más con fuerza, aquí en Bucaramanga, para que el eco llegue a todos los rincones de Colombia: "Jesucristo, Jesucristo, yo estoy aquí". ¡Aquí estamos como discípulos; aquí estamos como "Christifideles"!

2. Este es el primer título de dignidad y responsabilidad con que el Concilio Vaticano II nombra a los laicos, es la comunión de todos los hermanos en la fe.

Con la presencia e inspiración vigorosas del Espíritu de Dios, el Concilio Vaticano II quiso ser un eco renovado y potente de ese llamado de Cristo para movilizar las energías cristianas de todos los bautizados, para convocarlos a la santidad de los auténticos discípulos, para enviarlos por los caminos del hombre con el ímpetu de una "nueva evangelización", para animarlos en el esfuerzo de creación de formas de vida más dignas del hombre hacia el horizonte de una civilización del amor.

Mas, como reconocían también los Padres Conciliares, "la mies es mucha y los obreros pocos" (*Lc* 10, 2). El campo de labor que se abre hoy ante los ojos del apóstol es inmenso y, al mismo tiempo, variado y complejo. No faltan las ciudades que, ayer como hoy, no escuchan y rechazan a los discípulos del Señor, enviados "como corderos en medio de lobos" (*Lc* 10, 3). El materialismo, el consumismo, el secularismo han obnubilado y endurecido el corazón de muchos hombres. Pero hay muchas casas y

ciudades que viven en la ley del Señor, que reciben "como río la paz", según las palabras del Profeta Isaías (*Is* 66, 12). ¡La mies es abundante! ¡Se necesitan muchos brazos que trabajen en la construcción del Reino de Dios!

Por eso el Concilio Vaticano II destacó con claridad y fuerza particulares, que toda vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado (cfr. *Apostolicam actuositatem*, 3), invitando a todos los laicos a redescubrir su dignidad bautismal de discípulos del Señor, de obreros de la mies, y a reavivar su responsabilidad apostólica ante la magnitud de la tarea.

3. Por el bautismo y la confirmación, por la participación en el sacerdocio de Cristo, como miembros vivos de su Cuerpo; los laicos participan en la comunión y en la misión de la Iglesia. La Iglesia quiere y necesita laicos santos que sean discípulos y testigos de Cristo, constructores de comunidades cristianas, transformadores del mundo según los valores del Evangelio. Guiados por vuestros Pastores, estáis todos invitados a participar activamente en esta misión de salvación: jóvenes, ancianos, pobres y ricos, hombres y mujeres, doctos e iletrados. Para todos hay una tarea en la misión de anunciar que "el Reino de Dios está cerca" (*Lc* 10,9).

El campo de trabajo del laico en la misión de la Iglesia se extiende a todos los ambientes y situaciones de la convivencia humana. Así lo afirmó mi venerado predecesor el Papa Pablo VI en la Exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi". "El campo propio de su actividad evangélica es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación social, así como de otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y de los jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento" (*Evangelii nuntiandi*, 70).

Los laicos, fieles a vuestra identidad secular, debéis vivir en el mundo como en vuestro ambiente y realizar allí una presencia activa y evangélica, dinámica y transformadora, como la levadura en medio de la masa, como la sal que da sentido cristiano a la vida del trabajo, como la luz que brilla en las tinieblas de la indiferencia, del egoísmo y del odio.

4. Esto se traduce, aquí y ahora, para Colombia, en el compromiso y contribución de los cristianos laicos para asegurar condiciones económicas, sociales, culturales y religiosas que favorezcan la unidad y estabilidad de las *familias*, que refuercen el sentido de respeto a la vida, que ataquen las causas profundas de la violencia y del terrorismo, que combatan todas las formas de corrupción del tejido social; que lleven adelante con valentía modelos y estrategias de desarrollo capaces de ir superando situaciones estridentes de injusticia, desigualdad, marginación y pobreza; que promuevan la iniciativa, la autogestión, la corresponsabilidad y participación en la vida pública; que dignifiquen el trabajo y lo extienda cada vez más como derecho de todos; que tengan horizontes amplios en el diálogo, solidaridad e integración de la gran familia latinoamericana.

La Conferencia de Puebla señaló la contradicción existente entre el sustrato cultural católico a nivel popular y nacional, y las "estructuras" sociales, económicas y políticas que manifiestan y generan injusticias derivadas del pecado. Urge, pues, que se ponga en práctica con más dedicación, creatividad y eficacia esa opción de Puebla en pro de la evangelización y crecimiento cristiano de los laicos "constructores de la sociedad". Los retos que se presentan en este tramo final del segundo milenio cristiano son enormes y complejos. No hemos de cesar, pues, de pedir "al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (*Lc* 10, 2).

5. La presencia y contribución del cristiano laico en la vida multiforme de la sociedad colombiana no puede disociarse de su participación en el seno de las comunidades cristianas. ¡Todo lo contrario! La fuerza constructora liberadora de la presencia de los cristianos en el orden social, la identidad y originalidad de su aportación, se inspira y alimenta de su profundo arraigo y participación en la comunión eclesial. La fuente de todo apostolado y, en especial, de la animación cristiana de lo temporal, se encuentra en la íntima unión del creyente con Cristo.

Laico colombiano, ¡Cristo te llama! Cristo te espera para que contribuyas también tú en la edificación del Reino de Dios. Hay pues, que alentar la intensidad y multiplicidad de formas de participación de los laicos en las comunidades cristianas, en su vida litúrgica, en sus programas y consejos pastorales, en sus ministerios laicales, en la práctica y testimonio de la caridad. Hay que superar toda separación entre la fe y la vida. La formación cristiana de los laicos requiere una pedagogía pastoral que ilumine y oriente toda su vida con la luz y la fuerza de la fe. La fe profesada tiene que convertirse en vida cristiana. Prevalezca siempre la unidad y comunión eclesiales en la verdad y en la caridad, bajo la guía de los Obispos, padres y maestros en la fe. En la obediencia a los Pastores y a la sana doctrina, sepan reaccionar los laicos contra todo intento o manipulación que trate de sembrar la división y la discordia. "Desead la paz a Jerusalén" (*Sal* 122, 6) rezábamos en el Salmo responsorial; que la nueva Jerusalén, que es la Iglesia, sea "como una ciudad bien unida y compacta" (*Sal* 122, 3) en la fraternidad y el amor.

6. Dirigiéndome a los hombres y mujeres, cristianos comprometidos en Colombia, deseo presentar un saludo particular a los miembros del Consejo Nacional de Laicos. Sé que este Organismo cuenta ya con varios años de servicio activo en íntima colaboración con la Conferencia Episcopal. A todos aliento para que el próximo Sínodo de los Obispos, de 1987, que versará sobre "la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad", contribuya a movilizar, ya desde la visita del Papa, nuevas energías de santidad y apostolado que hagan cada vez más fecunda su misión.

Deseo dirigir también una palabra de saludo, reconocimiento y homenaje a la mujer colombiana; a la mujer de toda América Latina. Bien ha sido dicho que la mujer ha desempeñado un papel providencial en la conservación de la fe, de los pueblos latinoamericanos de generación en generación. Humildes y fuertes mujeres del pueblo cristiano han sido y continúan siendo como ángeles custodios del alma cristiana de América Latina; pedagogas de la fe, discretas, perseverantes y fieles, en la familia y en la comunidad nacional. A imitación de María, la llena de gracia, que encarnó el Evangelio y nos entregó a Jesús, fruto bendito de su vientre, la mujer cristiana tiene en los designios divinos una misión muy importante que cumplir en la historia de la salvación. Lo confirma la historia de la evangelización en este continente de la esperanza.

7. Queridos hijos, hermanos, amigos: me llevo en el corazón el testimonio de vuestra disponibilidad y prontitud para acoger el llamado del Señor y convertiros en sus discípulos, conscientes de que la mies es mucha y los obreros pocos. Me llevo la resonancia de vuestro canto, que es plegaria y compromiso: "Jesucristo, Jesucristo yo estoy aquí". Me llevo el testimonio de vuestra entrega a la causa del Evangelio, para colocarlo ante el sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo y ofrecerlo, con toda la Iglesia, a Cristo Redentor y Señor de la historia.

Os recuerdo nuevamente la palabra del Señor que hemos escuchado en esta celebración eucarística, exhortándoos a los dos grandes amores que han de inspirar y penetrar

la vida del laico cristiano, la vida del apóstol: el amor a Cristo crucificado por nuestros pecados y resucitado por nuestra salvación; el amor a la Iglesia, la Jerusalén celeste, que como madre y maestra nos acoge en su amor, nos alimenta con los sacramentos, nos acompaña en nuestro caminar hacia la patria definitiva.

Católicos colombianos, la mies es abundante en esta tierra fecunda bendecida por Dios con la semilla de su palabra hace casi cinco siglos.

Mientras elevo mi ferviente plegaria al Señor para que no falten brazos ni corazones generosos que vengan a trabajar en su mies, invoco sobre todos vosotros la protección de la Santísima Virgen e imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

QUINIENTOS AÑOS DE EVANGELIZACION

CARTAGENA (06.07.1986)

CAMPO DE CHAMBACU

Queridos hermanos en el Episcopado.
Amadísimos hermanos y hermanas:

1. ¡Qué hermoso y significativo es el canto que acaba de salir de vuestros labios y de vuestro corazón!

"Anunciaremos tu Reino, Señor, tu reino, Señor, tu Reino".

Desde las orillas del Mar Océano, camino providencial del Evangelio, en la histórica y heroica ciudad de Cartagena de Indias, saludo con afecto a todos los que esta noche habéis querido congregaros para conmemorar y dar gracias a Dios por la evangelización de América.

Os saludo, hermanos Obispos de la Costa Atlántica, Pastores de las sedes más antiguas de Colombia y de las circunscripciones eclesiásticas que de ellas han surgido. En particular, al Arzobispo de Cartagena y a los Ordinarios de esta provincia eclesiástica: Magangué, Montería, Sincelejo y Alto Sinú.

Os saludo, sacerdotes, misioneros, religiosas y laicos comprometidos que continuáis con ejemplar dedicación la labor de llevar el Evangelio a todos sus ambientes.

Os saludo, fieles de Cartagena y de la costa, que con gozo y entusiasmo habéis esperado este encuentro de fe y amor.

Nos hallamos al pie del Cerro de la Popa, desde donde la Madre de Dios, la Virgen de la Candelaria, cuya venerada imagen vamos a coronar solemnemente, protege desde hace más de cuatro siglos al pueblo que aquí peregrina.

Este santuario, vigía de la fe de un pueblo, se erige esta noche en signo glorioso de los quinientos años transcurridos desde el comienzo de la obra evangelizadora de la Iglesia en América. Bajo la mirada de María, la Virgen fiel, Madre de todos los hombres; os invita a profundizar en lo que ya indiqué en la ciudad de Santo Domingo,

esto es, en el significado y las perspectivas de la celebración de este centenario, que viene precedido de una novena de años (*Discurso en la apertura de la "Novena de Años"* 12 de octubre de 1984).

Desde hace ya casi cinco siglos, resuena en estas tierra el salmo de alabanza a Dios por haber recibido la fe en cristo resucitado: "¡Alabad al Señor todas las naciones!... Porque es fuerte su amor hacia nosotros" (*Sal* 116, 1-2).

2. Los primeros misioneros llegaron a vuestras tierras impulsados por el celo ardiente de hacer que todos los pueblos conocieran y vivieran la redención, alabando a Dios por su bondad. A la vista de inmensas regiones todavía no evangelizadas, se preguntaban como San Pablo: "¿cómo van a invocarlo si no creen en él? ¿Cómo van a creer si no oyen hablar de él? ¿Y cómo van a oír hablar sin alguien que proclame? ¿Y cómo van a proclamar si no los envían? (*Rom* 10, 14-15).

De este modo, los primeros misioneros fueron fieles al mandato del Señor y a la naturaleza misionera de la Iglesia. En virtud de su obediencia a Cristo, la Iglesia ha enviado incesantemente evangelizadores a todas las regiones de la tierra y a todas las situaciones humanas, para gloria de Dios y salvación de todos los hombres (cf. *Ad gentes*, 1; *Lumen gentium*, 17).

"Anunciaremos tu Reino, Señor!"

Sí, anunciad a Cristo en vuestra vida y en vuestra cultura, es decir, a partir del Evangelio recibido en lo más hondo de vuestro ser y en la raíz de vuestra cultura hasta el punto de hacerla expresión de los valores salvíficos para vosotros, para vuestros descendientes y también, ¿por qué no?, para otros pueblos que todavía esperan recibir el anuncio evangélico.

3. La vida de las Iglesias particulares fundadas en América Latina ha seguido un proceso de continuo crecimiento en la fe, mediante un ininterrumpido anuncio del Evangelio que ha encontrado hombres, instituciones y culturas en quienes encarnarse, hasta llegar a constituir en verdad un continente marcado por el sello de la fe católica y dispuesto a colaborar responsablemente en la evangelización universal.

Todos sabemos muy bien que "la fe viene de la predicación, y la predicación; por la palabra de Cristo" (*Rom* 10, 17). Tal fue la encomiable labor de una legión de predicadores bien organizados que, impulsados por su ardor misionero, remontaron corrientes de ríos, atravesaron montañas y surcaron valles anunciando el mensaje evangélico. En aquellos años, las doctrinas fundamentales del Concilio de Trento se vaciaron en moldes populares, incluso con expresiones poéticas y musicales. La América hispana representa un caso peculiar de evangelización, que explica la perseverancia, a lo largo de generaciones de una formulación doctrinal, en un mismo catecismo. De este modo, la fe se transmitió en la familia, en la escuela y en la Iglesia.

4. Hoy, como antaño, *la religiosidad o piedad popular* contribuye eficazmente a presentar o propagar la fe en el alma del pueblo. América Latina conoce y siente cercano a Dios y a su hijo Jesús, nuestro Redentor, que nos ha dado a su Madre María como Madre nuestra. Por ello vive en sintonía y comunión con toda la Iglesia. Las ceremonias sagradas, los sacramentos, los tiempos litúrgicos, son, para el hombre latinoamericano, algo que siente y vive como individuo, como familia y como grupo social. Si no fuera por esta acendrada piedad popular, que es eminentemente eucarísti-

ca y mariana, la escasez de sacerdotes y las grandes distancias habrían sido motivos suficientes para que se desvaneciera la fe de la primera evangelización. La familia evangelizada se mantuvo firme y unida, gracias a la oración, especialmente del santo rosario, como he recordado en Chiquinquirá. Sea esta oración mariana fuente de unidad de la familia, hoy asediada por tantos peligros.

5. El Episcopado, en sus acciones individuales y en los Concilios Provinciales, característicos de la América hispana, asumió como tarea evangelizadora no secundaria, el proceso de transformar las condiciones sociales del indígena, elaborando un plan según el cual los nativos pudieran vivir la religión cristiana y asimilar los valores de una cultura foránea sin perder la propia. De ahí arranca la religiosidad latinoamericana, verdaderamente mestiza. Habría que destacar la labor de defensa de los derechos de los indios, emprendida por los religiosos y misioneros en medio de dificultades, y llevada a cabo por Obispos de la talla de Juan del Valle, Agustín de la Coruña y Luis Zapata de Cárdenas, que consiguieron una legislación social más justa.

La Iglesia fue pionera en el desarrollo de la cultura, puesto que a ella se debe principalmente la temprana creación de la universidad, la oportuna apertura a la promoción de la mujer y la iniciativa artística y científica en diversos campos.

Entre los personajes provinciales, no podemos olvidar, en esta ciudad de Cartagena, a dos sacerdotes jesuitas: Alonso de Sandoval y San Pedro Claver, que imprimieron a su labor apostólica una orientación tan nueva para su tiempo y tan atrevida ante las autoridades civiles y religiosas, que han valido a esta ciudad el título de Cuna de los Derechos Humanos.

La obra clásica del Padre Sandoval lleva un título que es ya todo un programa: *De instauranda Aethiopum Salute*. Se trataba de una cruzada que con armas espirituales, conquistaría para Cristo una nueva raza, abriendo camino para la futura evangelización de Africa, para la abolición de la esclavitud en América y para el decidido pronunciamiento de la Iglesia en contra de la segregación racial.

6. Esta labor liberadora no se limitó a razonamientos escritos, sino que se llevó a la práctica en la asombrosa actividad de san Pedro Claver, que se llamó a sí mismo "Esclavo de los negros para siempre", según consta en la fórmula de su profesión religiosa. Esta ciudad de Cartagena fue testigo de su vida, un martirio continuado de casi cuarenta años, demostrando al mundo cómo la fuerza de la ley y la gracia del sacerdocio purifica y perfecciona la entraña de una cultura, ya que los esclavos, instruidos por la palabra de Dios y renacidos espiritualmente por el bautismo obtenían la más profunda liberación. Así, por ejemplo, cuando las naves que transportaban los esclavos se acercaban a estas costas, el primero que subía a ellas era Pedro Claver, para atender a los enfermos y necesitados. Se consagró por completo a la misión de catequizarlos pacientemente, bautizarlos y defenderlos con valentía de todos los abusos. Convirtió a miles y miles, dedicando siete horas diarias al ministerio de la reconciliación, orientándoles espiritualmente y ayudándoles a profundizar y asimilar las verdades aprendidas en la catequesis. Para todos tenía palabras de amor y confianza. Aquella actividad era sostenida por una profunda vida de oración que duraba hasta cinco horas diarias. Verdaderamente, cuando un apóstol ama al Señor encuentra tiempo para lo que ama, es decir, para la oración y para la caridad apostólica.

El santuario que alberga su cuerpo y el convento que fuera su casa religiosa son hoy meta de peregrinación de quienes admiran su obra y desean perpetuar en la sociedad

contemporánea la civilización del amor, "considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés, sino el de los demás" (*Fl* 2, 4), y cultivando los mismos sentimientos que tuvo Jesús (cf. *Ibid.* 2, 5).

La historia y la vida de los pueblos de América Latina han estado ligadas a la vida misma de la Iglesia. El anuncio del Evangelio ha configurado el rostro peculiar de estas amadas comunidades y ha sido motor y garantía de su progreso. Sentíos orgullosos de vuestra historia, de lo que sois, y comprometed más vuestras energías en la tarea de una nueva evangelización.

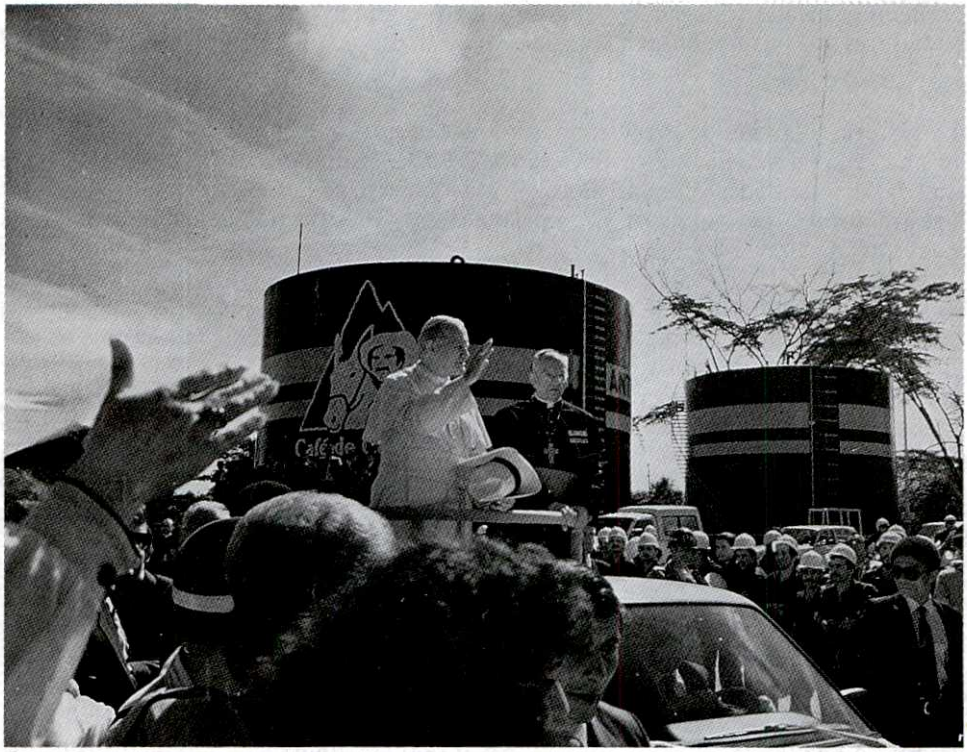
7. Quinientos años de presencia del Evangelio significan para este continente muchas gracias recibidas de Dios; gracias de las que tiene que dar cuenta la Iglesia en América Latina respondiendo con valentía a su compromiso de evangelizar las culturas. Se recibe la fuerza divina del Evangelio para responsabilizarse de una tarea evangelizadora sin fronteras. El tercer milenio de la historia de la Iglesia espera mucho de América Latina, a quien la divina Providencia, en sus arcanos designios, podría llamar a desempeñar un papel relevante en el mundo y en toda la obra de evangelización "ad gentes". Por ello, en esta hora importante, os exhorto a un compromiso conjunto de pastores y fieles.

Este compromiso misionero tiene para vosotros una característica peculiar: *llevar el Evangelio a las culturas* y situaciones humanas. San Pablo, en el texto bíblico con que hemos dado comienzo a nuestro encuentro, nos recuerda que la fe se recibe en el corazón y se expresa con los labios y con la vida: "con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación (*Rom* 10, 10). Los labios, la palabra, vienen a ser como la expresión de toda la cultura, el instrumento para la proclamación del misterio cristiano. Este es el verdadero proceso de "inculturación", mediante el cual la palabra de la cultura de cada pueblo se vuelve apta para manifestar y pregonar a los cuatro vientos que Cristo es el Hijo de Dios, el Salvador, que ha resucitado y que es el centro de la creación y de la historia humana. Así, pues, la fe, recibida en el corazón de cada persona y de cada pueblo, se expresa y vive de modo permanente en la propia cultura cuando ésta ha sido impregnada por el espíritu evangélico que es el espíritu de las bienaventuranzas y del mandamiento del amor.

8. La cultura está relacionada con la religiosidad y también con las situaciones socioeconómicas y políticas. Los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla, siguiendo las directrices y la práctica evangelizadora de San Pablo, contemplaron la integración de la cultura en la evangelización bajo la visión teológica original del señorío universal de Cristo resucitado (*Puebla*, 407). El discurso de San Pablo en el areópago de Atenas viene a ser el paradigma de toda "inculturación" (cf. *Act* 17, 22-31).

La Iglesia, por tanto, junto a su ineludible actitud de denuncia de los falsos ídolos, ideológicos o prácticos, presentes en ciertas manifestaciones culturales de todos los tiempos y latitudes (cf. *Ibid.* 405), ha de empeñarse sobre todo en hacer realidad el principio de la "encarnación". En efecto, Cristo nos salvó encarnándose haciéndose semejante a los hombres; por ello, la Iglesia "cuando anuncia el Evangelio y los pueblos acogen la fe, se encarna en ellos y asume sus culturas" (*Ibid.* 400; cf. *Ad gentes,* 10).

La misión, que es el dinamismo de Cristo presente en la Iglesia, implica exigencias de inserción en cada pueblo, de respuesta a sus legítimas aspiraciones a la luz del misterio redentor y de búsqueda de medios concretos para evangelizar cada situación cultural.



9. En el panorama actual de la iglesia en Colombia no faltan incentivos y signos claros de la Providencia divina, que urgen a una acción pastoral renovada en vistas a un mejor proceso de evangelización. Recordemos algunos de estos signos de gracia, que son también exigencias de renovación.

El ansia creciente de la Palabra de Dios, que se nota en vuestras comunidades y que se convierte muchas veces en una actitud de oración y de compromiso de caridad, pide por ello mismo una dedicación prioritaria en el campo de la proclamación de la Buena Nueva, especialmente por una catequesis a todos los niveles, sobre todo en la familia y en los ambientes juveniles. Esta dedicación a la formación catequética llevará espontáneamente hacia una celebración litúrgica más consciente y participada, que debe influir en la experiencia de una vida nueva en el Espíritu Santo, a nivel personal y social. De esta manera; el pueblo sencillo, religioso por naturaleza, encontrará, en las celebraciones litúrgicas y en la práctica de la piedad popular, motivaciones suficientes para dar razón de su fe, y los ambientes descritianizados hallarán cauces culturales que los conduzcan a su reencuentro con el Señor.

10. Nunca será demasiado el esfuerzo de los Pastores por fomentar en el cristiano una mayor coherencia entre fe y vida. Ante las transformaciones culturales, políticas, económicas y sociales de la sociedad actual, nos encontramos tal vez ante uno de los mayores retos de la historia, que reclama una nueva síntesis creativa entre el Evangelio y la vida. La Iglesia en Latinoamérica, y concretamente en y desde Colombia, está llamada a dar un alma cristiana a esta situación de cambios audaces y acelerados. Todo cristiano está llamado a una participación más activa e intensa en todos los campos de

la sociedad actual. Hay que redescubrir y vivir pues con más autenticidad las virtualidades que emanan del hecho de ser bautizado.

Efectivamente, en el bautismo, recibe el cristiano la virtud de la caridad que lo capacita para amar a Dios y a los hermanos. Si ejerciendo esta virtud, coloca a Dios en el centro de su existencia, como primer valor de la escala de valores, las obras de amor al prójimo fluirán como algo espontáneo y transformarán la sociedad y la cultura haciéndolas caminar hacia la plenitud evangélica. Esta es la originalidad cristiana, reto a los creyentes de América Latina si quieren de veras contribuir con obras, y no sólo con palabras, al advenimiento de una nueva civilización.

¿Por qué hay injusticias tan grandes en nuestro continente, que es mayoritariamente católico? La denuncia evangélica de las injusticias es parte integrante del servicio profético de la Iglesia, que no puede dejar de hablar; pero sabemos que esto no basta. Todo católico, en comunión con los Pastores, ha de ser verdadero testigo y agente de la justicia en la animación cristiana de lo temporal y en todos los sectores de la sociedad. Ello es un exigencia evangélica que reclama personas abiertas humildemente a la Palabra de Dios, fieles a la acción renovadora del Espíritu Santo, dispuestas a compartir su tiempo y sus bienes para construir una comunidad basada en el mandamiento del amor, una sociedad humana que haya asimilado los valores fundamentales del Evangelio en favor de la dignidad de cada persona, de cada familia y de cada pueblo.

11. Es hermoso comprobar que una familia que crece y se difunde no pierde su unidad. La Iglesia latinoamericana es esta gran familia que, al cumplir cinco siglos de existencia, extiende cada vez más su presencia a todos los sectores y situaciones humanas, incluso más allá de este continente. Pero ha de ser celosa en mantener su unidad frente a ideologías extrañas a su propia idiosincrasia, y frente a actividades proselitistas y sectarias que intentan fragmentar la grey de Cristo. Las comunidades cristianas perseverarán en esta unidad y comunión eclesial si profundizan en la vida eucarística y mariana, con un auténtico sentido y amor a la Iglesia. El Episcopado colombiano, que ha gozado de unidad de criterio y ha vivido en edificante comunión eclesial los setenta y ocho años de existencia de su Conferencia Episcopal; sabe que la cohesión interna de Pastores y fieles hace creíble y eficaz la presencia de la Iglesia en el mundo. Esta unidad "es ya un hecho evangelizador" (*Puebla*, 633).

No olvidéis que cuanto más ligada esté una Iglesia particular a la Iglesia universal, "en la caridad y la lealtad, en la apertura al magisterio de Pedro, en la unidad de la *lex orandi* que es también *lex credendi*... tanto más esta Iglesia será capaz de traducir el tesoro de la fe en la legítima variedad de expresiones de la profesión de fe" (*Evangeli nuntiandi*, 64). Sólo a partir de esta unidad se puede pensar en una evangelización de la pluralidad cultural.

A esta unidad nos anime la oración del mismo Jesús, dirigida al Padre durante la última cena: "Que todos sean uno en nosotros; yo en ti y tú en mí; que todos sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado" (*Jn* 17, 21).

La nueva evangelización de América Latina ha de ser pues promovida por una *Iglesia orante*, bajo la guía del Espíritu. "Nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración", recordaba en mi reciente encíclica "Dominum et Vivificantem", (No. 65).

A María, Madre de la unidad y Estrella de la evangelización confío estas intenciones, mientras a todos imparto con afecto mi Bendición Apostólica.

SALUDO A LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS Y LAICOS

CARTAGENA (06.07.1986)

SANTUARIO DE SAN PEDRO CLAVER

Queridos hermanos y hermanas:

En las postrimerías de mi visita pastoral a Colombia doy gracias a Dios que ha permitido este encuentro de oración con vosotros, queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de la Provincia de Cartagena, ante la tumba de San Pedro Claver.

El Santuario que nos acoge esta noche, dedicado a su nombre, transporta nuestro espíritu a la época en la que el santo vivió, y nos conmueve con el pensamiento de la verdadera libertad cristiana. En efecto, "para ser libres nos libertó Cristo" (Cf. *Gál* 5, 11).

Esta ciudad de Cartagena, ilustre por tantos títulos, tiene uno que la ennoblece de modo particular: haber albergado durante casi cuarenta años a Pedro Claver, el apóstol que dedicó toda su vida a defender a las víctimas de aquella degradante explotación que constituyó la trata de esclavos.

Entre los derechos inviolables del hombre como persona está el derecho a una existencia digna y en armonía con su condición de ser inteligente y libre. Mirado a la luz de la revelación, este derecho adquiere una dimensión insospechada, pues Cristo con su muerte y resurrección nos liberó de la esclavitud radical del pecado para que fuéramos libres en plenitud, con la libertad de los hijos de Dios.

Las murallas de vuestra ciudad fueron testigos de la labor apostólica de Pedro Claver y sus colaboradores, empeñados en aliviar la situación de los hombres de color y en elevar sus espíritus a la certeza de que, a pesar de su triste condición de esclavos, Dios los amaba como Padre y él, Pedro Claver, era su hermano, su esclavo hasta la muerte.

Cuando vuestros Obispos en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano señalaban la evangelización y el servicio a los pobres como tarea prioritaria de la Iglesia, se situaban en línea de continuidad con esa pléyade incontable de hombres y mujeres de todos los tiempos que, movidos por el Espíritu, han consagrado sus vidas a mitigar el dolor, a saciar el hambre, a remediar las más duras miserias de sus hermanos y a mostrarles, a través de su servicio, el amor y la providencia del Padre y la identificación de sus personas con la de Cristo, que quiso ser reconocido en los hambrientos, desnudos y abandonados (cf. *Mt* 25, 36 ss.).

Esa línea se extiende ininterrumpida desde la primera comunidad cristiana hasta nuestra Iglesia, la de hoy, en la que sacerdotes, religiosos y laicos en número cada vez mayor, entregan sus vidas a Cristo en el servicio a los enfermos, los incurables, los ancianos abandonados, los niños expósitos; los miserables desechados por la sociedad y toda clase de nuevos pobres y nuevos marginados.

Pedro Claver brilla con especial claridad en el firmamento de la caridad cristiana de todos los tiempos. La esclavitud, que fue ocasión para el ejercicio heroico de sus virtudes, ha sido abolida en todo el mundo. Pero, al mismo tiempo, surgen nuevas y más sutiles formas de esclavitud porque "el misterio de la iniquidad" no cesa de actuar en el hombre y en el mundo. Hoy, como en el siglo XVII en que vivió Pedro Claver, la ambición del dinero se "enseñorea del corazón de muchas personas y las convierte, mediante el comercio de la droga, en traficantes de la libertad de sus hermanos a quienes esclavizan con una esclavitud más temible, a veces, que la de los esclavos negros. Los tratantes de esclavos impedían a sus víctimas el ejercicio de la libertad. Los narcotraficantes conducen a las suyas a la destrucción misma de la personalidad. Como hombres libres a quienes Cristo ha llamado a vivir en libertad debemos luchar decididamente contra esa nueva forma de esclavitud que a tantos subyuga en tantas partes del mundo, especialmente entre la juventud, a la que es necesario prevenir a toda costa, y ayudar a las víctimas de la droga a liberarse de ella.

El testimonio de caridad sin límites que representa San Pedro Claver, sea ejemplo y estímulo para los cristianos de hoy en Colombia y en América Latina, para que, superando egoísmos e insolidaridades, se empeñen decididamente en la construcción de una sociedad más justa, fraterna y acogedora para todos.

Antes de concluir nuestro encuentro, deseo expresar mi agradecimiento a todas las personas que, con ilusión y generosidad, han colaborado en la preparación de esta visita pastoral a Cartagena.

A vosotros, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos os aliento en vuestras tareas de apostolado y os exhorto a una renovada fidelidad a vuestra vocación, que se traduzca en entrega total a Cristo, única fuente de felicidad, en quien se sacian todas nuestras mejores aspiraciones.

A todos los aquí presentes, a todos los que me escuchan, en particular, a los enfermos, a los que sufren, imparto de corazón mi Bendición Apostólica.

CRISTO NUESTRA RECONCILIACION

BARRANQUILLA (07.07.1986)

PLAZA DE LA PAZ

Amadísimos hermanos y hermanas, hijos e hijas de esta región de la Costa Atlántica colombiana:

1. Las palabras proféticas de Isaías, que Jesús pronuncia en la sinagoga de Nazaret, resuenan hoy en medio de vosotros con la fuerza del Evangelio y la actualidad de aquel "hoy" de Cristo con el cual podemos también afirmar que hoy y aquí, entre vosotros, se cumple esta Escritura (cf. *Lc* 4, 21).

En esta última etapa de mi peregrinación por los caminos de Colombia, como mensajero de la paz de Cristo, tengo el gozo de encontrarme en esta Plaza de la Paz, cuyo nombre aúna, hoy más que nunca, los anhelos de todos los colombianos. He querido ser en todas partes pregonero de la paz de Cristo, mensajero de ese Cristo que es "nuestra paz" (*Ef* 2, 14).

Sólo él es capaz de derribar los muros de la enemistad y hacer de nosotros hombres nuevos, reconciliados con el Padre por medio de la Cruz. El ha venido a anunciarnos la paz: "Paz a vosotros que estabais lejos y paz a los que estaban cerca. Pues por él unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un solo Espíritu" (cf. *Ef* 2, 14-18).

Saludo con el abrazo de la caridad fraterna al Arzobispo de Barranquilla, el Obispo Auxiliar, a los Obispos de Santa Marta, Valledupar y a los demás hermanos en el Episcopado, junto con sus sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de esta región atlántica.

Antes de dejar esta amada tierra de Colombia quiero proclamar en voz alta que esa paz, tan querida y anhelada por todos, *exige la reconciliación*: "un renovado abrazo entre el hombre y Dios, entre el hombre y su hermano, entre el hombre y todo lo creado" (*Reconciliatio et paenitentia*, 4). Y para alcanzarla hay que acudir a Cristo por cuya mediación el Padre ha querido obrar la reconciliación, ya que en él "estaba Dios reconciliando el mundo consigo" (*2 Cor* 5, 19).

2. El pasaje evangélico que ha sido proclamado contiene en síntesis ese mensaje de liberación mesiánica, que conlleva ante todo el *ministerio de la reconciliación*, cuya realización suprema pasa a través de la cruz y la resurrección, cuando el Padre reconcilia por su Hijo amado "todas las casas, pacificando mediante la sangre de su cruz lo que hay en la tierra y en los cielos" (*Col* 1, 20).

Por eso Jesús declara que "está sobre él" el Espíritu Santo y proclama "*un año de gracia*", un nuevo orden según la voluntad del Padre, que tiene su fundamento en el perdón de Dios a la humanidad, en el don del Espíritu de la Nueva Alianza que será capaz de llevar a cabo la libertad y la liberación que Cristo mismo anuncia a los cautivos y oprimidos.

"*El Espíritu del Señor está sobre mí*" (*Lc* 4, 18). En su bautismo Jesús había recibido el Espíritu y con la fuerza del Paráclito, se manifiesta como el Mesías prometido. El es "el ungido en el sentido de que posee la plenitud del Espíritu de Dios", aquel que posee "esta plenitud del Espíritu en sí y al mismo tiempo para los demás, para Israel y para todas las naciones" (*Dominum et Vivificantem*, 17).

No es extraño que ante estas palabras los ojos de todos los presentes en la sinagoga de Nazaret estuvieran "fijos en él" (*Lc* 4, 21). En esta solemne manifestación mesiánica está diseñado todo su programa: Es el anuncio y el cumplimiento del tiempo de gracia del Señor, de la salvación. Jesús ha venido "*a proclamar un año de gracia del Señor*".

De hecho con su venida, con sus palabras y sus gestos, Cristo introduce en el tiempo de los hombres el "hoy" de la gracia; mas, sólo en la cruz y en la resurrección tendrán plena realización las palabras y promesas que hace en la sinagoga de Nazaret.

3. El mensaje de *liberación y de reconciliación en Cristo* se proyecta en el hoy de nuestra existencia, como una luz que nos permite hacer un profundo análisis de la realidad de nuestro mundo, en el que el pecado y sus secuelas de opresión e injusticia se hacen presentes. Es un mensaje portador de fuerza sobrenatural que va abriendo los caminos de la liberación anhelada por los hombres, especialmente por los pobres, cautivos, oprimidos, y ya realizada inicialmente en Cristo. Sólo la verdad libera. Sólo el amor reconcilia. Sólo en Cristo se realiza la paz auténtica y duradera.

Ahora bien, si queremos llegar hasta la raíz de tantos males que cristalizan en estructuras de injusticia y de pecado, hemos de mirar al corazón del hombre: "Desgarrado en su interior, el hombre provoca, casi inevitablemente, una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado" (*Reconciliatio et paenitentia*, 15). El pecado, que es ruptura de la comunión, desencadena los dinamismos del egoísmo, las divisiones, los conflictos.

Llámase orgullo o injusticia, prepotencia o explotación de los demás, codicia o búsqueda desenfrenada del poder o del placer, odio, rencor, venganza o violencia, la raíz es siempre la misma: el misterio de la impiedad que separa al hombre de Dios, que lo aleja de su voluntad y levanta permanentemente muros de división.

4. La constatación de la *realidad del Pecado* como fuente primordial de división, por una parte, y el deseo de unidad que surge en todos los corazones de buena voluntad por otra, son manifestación clara de que hemos de recorrer con un renovado esfuerzo *los caminos de la reconciliación*, tanto en el plano individual como social.

El hombre "cuando examina su conciencia, siente su inclinación al mal" (*Gaudium et spes*, 13) y descubre la raíz de su propia división interior. Pero dentro de sí mismo, bajo la mirada de Dios "que escruta los corazones" (*Sal* 7, 10), resuena también la voz que llama a la unidad con Dios y con el hermano.

La unidad, la reconciliación que pasan necesariamente por el perdón y la justicia, son como una *nostalgia del corazón del hombre* a todos los niveles de la convivencia humana. En medio de las tensiones familiares, los hogares viven la nostalgia de una comunión perdida y el anhelo de una reconciliación mutua, que es fuente de paz y de serenidad para todos los que componen la Iglesia doméstica de cada familia.

Hay también una necesidad apremiante de superar, dentro del marco de la legalidad, las confrontaciones surgidas en esta época del desarrollo industrial, *entre el mundo del capital y el del trabajo*. Dichos conflictos están pidiendo soluciones que logren reforzar los vínculos de la colaboración y la compenetración recíproca, como he expuesto ampliamente en mi encíclica *Laborem exercens* (No. 11, 13). Sin un sincero espíritu de reconciliación entre las partes implicadas, no se podrá garantizar una justa paz laboral, tan necesaria para el desarrollo del país y el reconocimiento de los *legítimos derechos de las clases menos favorecidas.*

5. *Pero la palabra reconciliación tiene hoy en Colombia una resonancia conmovedora* porque está transida de anhelos y de lágrimas, de temores y de inseguridad para tantos hijos de esta noble patria. ¡Cuánto deseáis, amados colombianos, que callen las armas, que se estrechen fraternalmente las manos que las empuñan, que llegue para todos esa paz querida e invocada, buscada con esfuerzo, esperada con afán... después de tantos años de violencia que no han dejado más que lutos de muerte y heridas dolorosas, difíciles de cicatrizar!

¡Qué sabias y proféticas fueron las palabras de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI en su visita a Colombia: "La violencia no es cristiana ni evangélica; la violencia engendra nueva violencia"! (Alocución en la Misa del Día del Desarrollo, 23 agosto 1968).

¿Cómo lograr de inmediato la paz de los campos y de las ciudades; la paz que permita al agricultor trabajar sin zozobras; al ciudadano recorrer sin sobresaltos las calles de su ciudad, de día y de noche; a todos disfrutar de una vida tranquila y serena?

Sólo mediante una sincera, profunda reconciliación de cada uno con Dios y de todos entre sí; pidiendo y otorgando el perdón, renovando un compromiso de amor solidario y justo entre todos los colombianos.

6. Con demasiada frecuencia descubrimos que existen en las personas y en la sociedad rupturas que hay que subsanar, divisiones que es necesario superar. En ellas se manifiestan las fuerzas del mal, el "misterio de la iniquidad"; pero su poder se ve sobrepujado y vencido por el "misterio de la piedad", que es Cristo mismo, "camino abierto por la misericordia divina a la vida reconciliada" (*Reconciliatio et paenitentia*, 22). Dondequiera que los hombres levanten murallas de odio, de opresión, de violencia o de injusticia, allí estará Cristo con su gracia para derribar las murallas, vencer el odio y la violencia, restablecer la comunión y la paz con un amor más fuerte que el pecado, porque es capaz de superar el mal con la fuerza del Espíritu.

En vuestra Catedral de Barranquilla se levanta majestuosa la escultura de Cristo Resucitado, que es como un canto a la reconciliación de la tierra con el cielo y de los

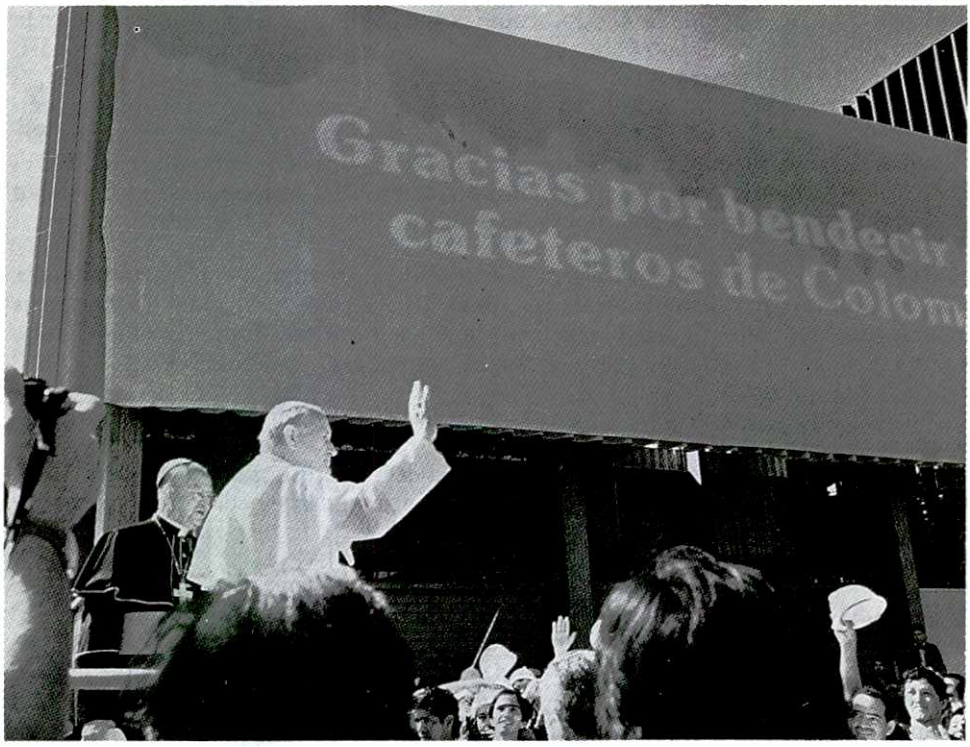
hombres entre sí. A los pies de la imagen del Resucitado las razas india, blanca y negra. son la expresión plástica de la reconciliación entre los hombres porque en Cristo ya no hay divisiones ni separaciones: todos somos hijos de Dios, todos somos "uno" en Cristo Jesús (cf. *Gál* 3, 26-28).

En efecto, Cristo es la imagen viva de nuestra reconciliación. En la mañana de su resurrección él va a anunciar a sus discípulos la paz y los reúne para comunicarles su Espíritu, el don de la reconciliación con el Padre, el dinamismo de la reconciliación entre los hombres.

En esa imagen de vuestra Catedral se manifiesta la infinita piedad de Dios para con nosotros en su Hijo crucificado, resucitado, fuente del Espíritu de amor. Este Espíritu penetra en las raíces más escondidas de la iniquidad y suscita en los corazones un movimiento de conversión que lleva a la reconciliación con el Padre y los hermanos, en el seno de la Iglesia, mediante *el sacramento de la penitencia.*

7. "*El Espíritu del Señor está sobre mí*" (*Lc* 4, 18). La plenitud de los dones, fruto del sacrificio de Jesús, se ha derramado en los corazones de los fieles para que a los que confiesan sus pecados les sea otorgado el perdón y la gracia. Del corazón de Cristo nace la reconciliación perenne que ofrece la Iglesia en la efusión del Espíritu Santo.

El Espíritu de Jesús abre al diálogo de la caridad los corazones endurecidos, hace que los enemigos se estrechen la mano, mueve a los que eran rivales a buscar el camino de la concordia. Los que se sienten perdonados, experimentan el deseo de perdonar y los que han gustado la paz de Dios se transforman en constructores de paz.



El mensaje de Jesús, su obra redentora, el don de su Espíritu están presentes en la Iglesia para realizar la reconciliación universal, para vencer el pecado y sus consecuencias, para construir *un orden nuevo en la justicia y el amor.*

Los cristianos de todos los tiempos, vosotros, amados hijos de Colombia, estáis llamados a vivir según estas exigencias evangélicas, las únicas capaces de transformar con las energías de la Resurrección de Cristo las estructuras injustas que son fruto del pecado.

8. La primera exigencia de la reconciliación en Cristo, que es don misericordioso del Padre; es la *conversión personal* como actitud previa para la concordia entre las personas. Superar la ruptura radical del pecado para reconciliarse con Dios, consigo mismo y con los demás, presupone una transformación interior que exige esfuerzo y sacrificio, renuncia y cruz, según el espíritu de las bienaventuranzas. A esta conversión radical, a esa transformación de la mente y del corazón, que culmina en el sacramento de la reconciliación, os invito a todos, para que seáis mensajeros de paz, para que seáis hombres y mujeres reconciliados y reconciliadores.

No hay reconciliación verdadera donde no hay perdón, porque el perdón es el acto más profundo del amor de Dios hacia nosotros; y es, al mismo tiempo, el acto más noble que puede realizar el cristiano, un gesto por el que se asemeja al Padre que está en los cielos (cf. *Lc* 6, 36). El perdón, como he expuesto en mi encíclica "Dives in misericordia", es el momento original del amor cristiano, la expresión de esa misericordia sin la cual aun las exigencias más fuertes de la justicia humana corren el riesgo de ser injustas e inhumanas, como con frecuencia la historia, incluso reciente, nos ha hecho constatar (cf. No. 7).

Por eso, sabiendo que me dirijo a hombres y mujeres fieles de la Iglesia, os aliento a que construyáis comunidades, familias, parroquias que sean signos de paz y de unidad en la caridad. Y con el apóstol San Pablo os repito: "Revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, paciencia, soportándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros... y que la paz de Cristo presida vuestros corazones" (*Col* 3, 12-15). A esa paz he venido a exhortaros; para que entre vosotros crezca y se afiance la solidaridad en el esfuerzo de construir una patria más justa y fraterna, un gran hogar donde puedan vivir en armonía todos los colombianos.

9. Queridos hijos e hijas de esta Nación católica: ya próxima a concluirse mi visita pastoral a Colombia, vuelvo mi mirada agradecida al afecto sincero con que me habéis acogido, al entusiasmo de vuestra participación, a la profunda fe y religiosidad que he podido constatar en cada una de nuestras celebraciones comunitarias.

En vuestro País, como en otras naciones de América Latina, en medio de tanta riqueza de humanidad y de fe cristiana, quedan tantos problemas por resolver. La injusta distribución de las riquezas, la insuficiente tutela de los derechos de los más débiles, la desigualdad de oportunidades, el desempleo y otras grandes cuestiones, piden un inmenso *esfuerzo solidario de todos en la promoción de la justicia social.*

Junto a estos problemas existen también esos males sociales que vuestros Obispos, han denunciado recientemente: la violencia terrorista y guerrillera, la tortura y los secuestros, el abuso del poder y la impunidad de los delitos; el uso de la droga y el abominable crimen del narcotráfico. Todo ello está pidiendo a este pueblo que saque a relucir sus mejores reservas de fe y de humanidad, para erradicar esas lacras sociales que no corresponden a vuestros más auténticos sentimientos humanos y cristianos.

He percibido, amados hijos de Colombia vuestra profunda aspiración y vuestro ardiente anhelo de paz. Ha surgido como un clamor constante de todas las gargantas, de todos los corazones. Antes de dejar este amado suelo de Colombia, quiero asumir una vez más este clamor vuestro. Hago un llamamiento a todos los colombianos. En particular a quienes están en la guerrilla, para que se pongan en consonancia con ese clamor por la paz de todo el pueblo. Que todos, de manera especial los que han empuñado las armas, participen sinceramente en la búsqueda de la paz y se abran a las iniciativas que se han emprendido y a las que se emprenderán en el futuro para una reconciliación nacional, en el pleno respeto de la vida humana y conforme a las exigencias de la justicia.

Con palabra de esperanza y como compromiso de fe os animo a dirigir vuestra mirada a Cristo, Redentor del hombre, Salvador del mundo. El es nuestra reconciliación y nuestra paz.

Junto a él, en una *nación consagrada al Sagrado Corazón de Jesús*, todos los colombianos podrán sentirse hermanos, unidos en el perdón mutuo, en la comunión solidaria de los bienes materiales, en el esfuerzo de todos para encontrar los caminos de la reconciliación y de la paz que serán también los del progreso material y espiritual, personal y social.

En esta hora de vuestra historia os exhorto a permanecer fieles en vuestra fe y a manifestarla en vuestras obras.

Confío a Dios, infinitamente misericordioso, este llamamiento mío de Padre y Pastor, para que haga germinar la semilla que he ido esparciendo a lo largo y a lo ancho de vuestro País, en la tierra fértil de tantos corazones generosos.

Al mismo tiempo os invito a dirigiros conmigo a la Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra, a quien veneráis con especial cariño en vuestra Iglesia Catedral como Reina y Auxiliadora. Bajo su amparo maternal seguid trabajando para hacer de Colombia una patria grande, una tierra acogedora para todos sus hijos, una nación católica que sepa vivir en la solidaridad, la concordia y la paz.

¡Señor, asiste con tu gracia a Colombia! ¡Consérvala para siempre unida en la fe y en el amor! ¡Tú, eres nuestra Paz, haz que reine en los corazones de todos los colombianos tu paz! Amén.

DISCURSO DE DESPEDIDA

BARRANQUILLA (07.07.1986)

AEROPUERTO "ERNESTO CORTISSOZ"

Señor Presidente de la República,
Amados hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
Queridísimos colombianos todos:

1. Llega el momento de poner fin a esta visita pastoral que, en el nombre del Señor, he tenido el gozo de realizar, cumpliendo así mi ferviente deseo, como Pastor de la Iglesia universal, de encontrarme con los hijos e hijas de la noble Colombia.

Han sido siete jornadas de intensa comunión en la fe y en la caridad, durante las cuales he tenido ocasión de sentir la presencia de una Iglesia y de una sociedad viva e ilusionada que, con su confianza puesta en Dios, mira esperanzada hacia el futuro.

En nuestros encuentros de oración y celebraciones eucarísticas, he querido llevar a cabo el mandato recibido de Jesucristo de confirmar a mis hermanos en la fe (cf. *Lc* 22, 32).

Han sido jornadas de gracia que a todos nos han enriquecido. Me acompañarán siempre en el recuerdo y en la plegaria inolvidables momentos, lugares y personas que me han hecho apreciar los valores más genuinos, humanos y cristianos, del alma noble de Colombia.

2. Doy gracias a Dios porque he encontrado aquí *una Iglesia llena de vitalidad*, rebosante de generosidad, unida en la caridad, bien organizada y sobre todo bien anclada en los fundamentos, en la doctrina y las normas que le dio su divino Fundador. Esta es la base necesaria y la garantía segura para lanzarse a una *nueva evangelización* que, por medio de las celebraciones del quinto centenario de la primera evangelización, prepara a Colombia, como a toda América Latina —continente de la esperanza—, a entrar gallarda y decididamente, con la lámpara de la fe irradiando luz y calor, en el tercer milenio del cristianismo.

Sois *una nación católica*. No dejéis debilitar el orgullo legítimo ni mermar la responsabilidad que ello entraña. Los insoslayables problemas que tanto os preocupan afrontadlos con clarividencia, con espíritu de fraternidad, con plena colaboración por parte de todos y principalmente con la mirada puesta en Dios, cuya ayuda no os ha de faltar.

¡*Adelante*! El Papa se va, pero queda con vosotros. El Papa os conforta, os anima, quiere estar a vuestro lado, quiere acompañaros por los difíciles caminos que tendréis que recorrer. ¡Animo!, pueblo colombiano. Quiero animaros especialmente a vosotros, jóvenes, que tenéis en las manos el futuro de vuestro país. ¡*Adelante* siempre, "con la paz de Cristo"!

Me he sentido feliz entre vosotros. He apreciado mucho vuestra proverbial hospitalidad, vuestra acogida siempre cordial; vuestro entusiasmo. Me habéis abierto sin reservas las puertas de vuestras casas y de vuestros corazones. Ahora, en el momento de la despedida, os repito la exhortación que hice al comienzo de mi pontificado; ¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Acoged su mensaje de paz! ¡Dejaos reconciliar por Dios!

3. Deseo expresar mi más profundo agradecimiento al Señor Presidente de la República y a todas las autoridades de la Nación, de las que he recibido continuas pruebas de cortesía y atención en los lugares por los que he pasado. Que el Señor sostenga y premie los esfuerzos que realizan para asegurar a su patria un porvenir de paz, justicia y bienestar.

Gracias a los obispos de Colombia. ¡Cómo me he sentido dichoso compartiendo con vosotros estos días! Pido al pastor de los Pastores que os mantenga siempre tan unidos, tan generosos, tan entregados a vuestros sacerdotes, religiosas, seminaristas y fieles, en cada una de vuestras Iglesias locales. Al regresar a las diócesis llevad a todos el eco de mi saludo de despedida. Mi agradecimiento va también a las numerosas personas y entidades que con tanta dedicación y desprendimiento han colaborado eficazmente en la preparación y desarrollo de mi visita pastoral.

Mi última mirada desde este extremo del país se dirige a la Virgen de Chiquinquirá. Que Ella, Madre de la Iglesia y Reina de Colombia, durante este año mariano, obtenga de su Hijo abundantes dones divinos para este amado y bendito pueblo.

¡Hasta siempre, Colombia!

FEDERACION NACIONAL DE CAFETEROS DE COLOMBIA



El Papa y los niños cafeteros de Pereira.